

EJÉRCITO Y SEMI-COLONIA

JORGE ABELARDO RAMOS

EDITORIAL SUDESTADA
1968

AL LECTOR

En el presente volumen que publica la Editorial Sudestada reúno algunos estudios escritos en los últimos años sobre la historia y la conducta política del Ejército argentino. Como la importancia de las Fuerzas Armadas en la política de nuestro país – y, en general, en todos los países coloniales o semi-coloniales- ha sido creciente, se comprenderá por qué un político ajeno a la milicia profesional se preocupa por la naturaleza del Ejército. Lo inusitado de estas preocupaciones adquiere ribetes de escándalo cuando este político es precisamente un político marxista. El Teniente Coronel Orsolini advertía con cierta tristeza que el único libro sobre la historia del Ejército había sido escrito precisamente por el autor de estas líneas¹. Si los militares no hacen otra cosa que ocuparse de política, es perfectamente natural que los civiles no tengan más remedio que ocuparse de los militares. A mayor abundamiento, un escritor marxista de un país semicolonial está obligado a enjuiciar desde su óptica el papel alternativo que las fuerzas armadas juegan en el proceso de liberación o subordinación del país.

La clase obrera en la Argentina comprende cada vez más que el mundo tiende a polarizarse entre las dos fuerzas de nuestra época: el imperialismo y el socialismo. Toda la experiencia histórica demuestra que los movimientos de liberación nacional que no asumen en el curso de su lucha divisas y métodos socialistas de lucha, no logran permanecer en el poder o son corrompidos en él. El más notable militar surgido en el Ejército argentino desde la desaparición del General Roca, insiste categóricamente en los últimos años en dos tesis básicas: que el mundo se encamina hacia formas socialistas de existencia, con las peculiaridades que exija la índole de cada país, y que la necesidad de unir América Latina, de acuerdo al plan bolivariano, se vuelve impostergable para escapar a la servidumbre y el atraso². Por lo demás, así como los militares argentinos culminan generalmente su carrera ingresando a la vida pública en actividades políticas, muchos civiles deciden entrar a la historia como soldados con las armas en la mano. ¡La revolución contemporánea confunde los oficios! Pero estos es propio de todas las revoluciones: Belgrano era un abogado que la necesidad transformó en general victorioso.

¹ MARIO HORACIO ORSOLINI, *Ejército argentino y crecimiento nacional*, p. 245, Ed. Arayù, Buenos Aires, 1965.

² Tal es el contenido de las cartas escritas por el General Perón en los últimos dos años y en su último libro *“América Latina: ahora o nunca”*, Ed. Dialogo, 1968.

La izquierda cipaya de la Argentina consideró siempre al Ejército como una entidad “reaccionaria”. El nacionalismo oligárquico, por su parte, glorificó a los militares como virtuosos cruzados o, según Lugones, como “la última nobleza de la República”. Para la izquierda cipaya, los militares eran reaccionarios cuando sostenían los gobiernos populares, y progresistas cuando los derriban. Para los nacionalistas oligárquicos, los militares eran hijos de inmigrantes en el primer caso y patriotas en el segundo. Pero ambas tendencias, obedeciendo a patrones cosmopolitas de pensamiento – Stalin o Maurras- coincidían políticamente en los momentos decisivos. Así, unos y otros apoyaron las sediciones militares de 1930 y 1955.

Es por esa razón que en los presentes trabajos describo los períodos fundamentales de la historia del Ejército en conexión con la historia del país. Desde otro punto de vista el triunfo de la revolución cubana generó la difusión de una “teoría de la guerrilla”, elaborada por Ernesto Guevara, a cuya vida heroica rendimos homenaje aquí. Nuestra crítica a esa teoría de la guerrilla, que no disminuye en nada los títulos a la gloria ganados por Guevara con su sangre, está dirigida no tanto a los aspectos puramente militares o técnicos, sino a su errónea concepción político- estratégica de la revolución latinoamericana. Creemos que este trabajo, escrito en 1963, reviste una ardiente actualidad, lo que justifica su inclusión en un volumen de este carácter.

Desde 1880 hasta 1930 el Ejército estuvo subordinado al poder civil. Dejemos de lado el motín masón-clerical-mitrista de 1890, que sólo arrastró a un regimiento porteño y la revolución cívico- militar de 1905, que no contó con el apoyo de todo el Ejército. En realidad, el Ejército permaneció en sus cuarteles detrás de Roca y de Yrigoyen durante el medio siglo que coincide nítidamente con el período de la expansión agrícola-ganadera y la Edad de Oro de nuestra inserción en el sistema mundial del Imperio Británico.

Con la crisis de 1930, el Ejército sale de sus cuarteles para no regresar más a ellos. Desde esa fecha los únicos presidentes civiles son Ortiz, Castillo, Frondizi, Guido e Illia, pero ninguno termina su período legal. Ortiz renuncia al poco tiempo; Castillo gobierna en condominio con el Ejército; Frondizi ofrece sin éxito a los altos mandos sucesivas cenas de Sinigaglia, pero finalmente es derribado; Guido es un prestanombre del poder militar. Illia es arrojado de su despacho por una brigada de gases lacrimógenos.

Desde 1930 ocupan el gobierno los siguientes militares: Uriburu, Justo, Rawson, Ramirez, Farrell, Perón, Lonardi, Aramburu y Onganía. El único de dichos militares que cuenta con el apoyo popular antes, durante y después de ser derribado, es el General Perón.

Como se ve, el Ejército y la política marchan juntos en la Argentina de las últimas cuatro décadas. Este fenómeno no ha merecido la atención de los sociólogos profesionales, salvo para la emisión de sus elaboradas banalidades. Creo de utilidad ofrecer en este libro un conjunto dialéctico de respuestas no codificadas a un problema que ha llegado a constituirse en el interrogante fundamental de la vida argentina. Naturalmente, explicar la naturaleza del Ejército en un país semicolonial no puede hacerse sin historicizar el tema en debate, en otras palabras, sin mostrar sus orígenes y su conflictivo desarrollo. El psicologismo político y hasta los cautos sociólogos que comienzan a entrar de puntillas en los meandros de la sociedad argentina no han logrado descubrir todavía las relaciones funcionales de “institución” y “clase social”. No saben muy bien los sabihondos, que consideran al marxismo “superado” por sus galimatías cuantificadoras, si el Ejército pertenece a la primera categoría o a la segunda. En teoría es juzgado como un grupo, pero en la práctica del análisis lo sitúan como una clase. En un país semi-colonial las fuerzas armadas tienden a sustituirse a uno o varios sectores de las clases dominantes, generalmente a aquellas que como la burguesía nacional carecen de suficiente homogeneidad social y autoconciencia como para defender el desarrollo del capitalismo nativo

frente a sus adversarios de la oligarquía terrateniente o el imperialismo extranjero. Justamente el atraso histórico del país es el que determina la debilidad política e ideológica de la burguesía. Como la historia argentina lo demuestra, el Ejército asumió en varias oportunidades ese papel subrogante: se transformó en partido político de una clase inmadura; al ser derrotado, depuró sus filas para ceder el paso a otros oficiales que interpretaban los viejos intereses agrario-comerciales. Ese fue el caso de la “Revolución libertadora” de 1955. Pero el desenvolvimiento capitalista del país había generado desde los tiempos de Perón nuevos intereses creados que ningún partido civil estaba en condiciones de defender. Así, el Ejército depurado reinstaló en su seno nuevos agrupamientos de oficiales que propendían a hacerse intérpretes del capitalismo nacional en las condiciones de restauración oligárquica de los últimos años. Una combinación de “nacionalismo laico”, nacionalismo desarrollista o “nacionalismo católico”, con numerosas variantes coexistía al lado de oficiales declaradamente antinacionales, “democráticos”, “occidentales” o “liberales”, vinculados por razones de familia, sea a los intereses imperialistas extranjeros o a viejas dinastías agrarias³. Pero todos los matices de este “nacionalismo” tienen un denominador común: el temor a la acción del pueblo, su soberbia autoritaria, su confianza en la eficacia de los tecnócratas, su fe religiosa en los “expertos”, su rencorosa desconfianza hacia las “ideologías”. Esta actitud refleja la propia situación social y política de la burguesía nacional en los tiempos actuales, así como el poder mundial del imperialismo yanqui y sus secuencias intimidatorias. Tiene todas las características de un “nacionalismo defensivo”, dispuesto a capitular ante la primera amenaza exterior.

Por lo demás, el desarrollo capitalista de la Argentina, sea por las inversiones extranjeras o por la presencia de un débil capitalismo nacional, ha permitido la formación de una “clase militar negociante” integrada por oficiales retirados de alta graduación. Esta “clase” estableció así una conexión íntima entre sus antiguos camaradas en actividad y las empresas de las que los antiguos generales o almirantes forman parte. Si se trata de compañías extranjeras, los oficiales retirados, ahora convertidos en “directores”, se destacan como los más eficaces agentes de relaciones públicas para obtener concesiones o apresurar gestiones en los círculos gubernamentales. Si, por el contrario, se trata de oficiales vinculados a compañías de capital nacional, como las grandes distribuidoras de gas licuado, su actividad como capitalistas los convierte en adversarios declarados de los intereses petroleros que aspiran a comercializar el gas dentro del mercado interior. En este caso, el “nacionalismo” de este sector de la “clase militar negociante” posee un fundamento bastante sólido, que transmite con explicable ardor a sus camaradas en actividad. De este modo, sea en las Fuerzas Armadas o por medio de sus sectores

³En 1942/1943 ocupan directorios en compañías vinculadas con la industria naval los almirantes Manuel Domecq García, Ismael Galindez, Juan Martín y Enrique Plate. El Almirante Galindez y su colega Domecq García, en especial, defendieron desde sus cargos los intereses de la Electric Bond & Share y el monopolio inglés del transporte, respectivamente. Después de 1945, el célebre gorila General Fernando Huergo se desempeñó como asesor de la Petroquímica S.A., filial de los monopolios yanquis del petróleo. El Capitán de Fragata Carlos Celestino Pérez es gestor de contratos de cinco compañías particulares extranjeras de gas; por rara coincidencia su hermano el Ingeniero Pérez, era Administrador General de Gas del Estado. El ex interventor de la CGT, Almirante Patrón Laplacette, junto a sus colegas Robbio y González Vergara figura en los directorios de bancos, compañías metalúrgicas y diversas corporaciones de todo origen. El General Lanusse pertenece a la “crème” del género: procede de una familia de rematadores de hacienda, vendedores de campo y empresarios de la construcción, en una estrecha vinculación con la oligarquía tradicional. Ver un análisis de los aspectos gentilicios y vinculaciones económicas de las fuerzas armadas en ROGELIO GARCIA LUPO, “La oligarquía militar argentina”, “Marcha”, Número 1376, 27 de octubre de 1967, Montevideo; *Ibid.*, “El ejército como vehículo económico”, “Marcha”, 4 de junio de 1965; *Ibid.*, “Ejército y relaciones públicas”, “Marcha”, 6 de agosto de 1965, Montevideo.

pasivos, los problemas económicos de un país semicolonial encuentran un sistema peculiar de vasos comunicantes para transmitir antagonismos y asperezas que no llegan con frecuencia al conocimiento público.

Como puede verse, nunca el Ejército ha estado tan cerca de la sociedad civil y tan lejos de los ideales sanmartinianos y bolivarianos que presidieron su nacimiento. La historia dirá oportunamente si algún sector de las fuerzas armadas se unirá al pueblo argentino en la lucha por la segunda emancipación.

J.A.R.
Buenos Aires, enero de 1968.

ORIGENES DEL EJERCITO ARGENTINO

Los argentinos nacieron a la vida histórica antes de su emancipación de España. Las Invasiones Inglesas constituyeron su bautismo de fuego, al mismo tiempo que la primera expresión de nuestras relaciones seculares con Gran Bretaña. El 6 de setiembre de 1806, Liniers daba a conocer un bando para convocar a los vecinos de 16 a 50 años a fin de organizarlos en milicia. Estas milicias populares tenían un carácter eminentemente democrático puesto que los soldados elegían a sus oficiales y estos a los jefes superiores. Las primeras fuerzas estaban compuestas por criollos y españoles, pero a partir de la conspiración de los monopolistas encabezados por Alzaga en 1809, los cuerpos integrados por peninsulares fueron desarmados y al producirse la Revolución de Mayo las incipientes fuerzas armadas en Buenos Aires eran totalmente formadas por hijos del país. Los cuerpos criollos eran Patricios, Arribeños (así se llamaba a los soldados procedentes de las provincias interiores), Patriotas de la Unión, Húsares de Pueyrredón, Cazadores Correntinos. Granaderos Provinciales. También se formó un cuerpo de artilleros en el que sirvieron pardos y morenos. Recordemos dos hechos importantes: el pueblo criollo en armas se improvisa en Ejército para combatir la invasión británica. Así nace el Ejército argentino; y la palabra “argentino” se creará por esa misma razón. El poeta López y Planes, autor de nuestro himno, escribirá un poema titulado “Triunfo argentino” para cantar esa victoria nativa. Así quedan bautizados los hijos del Plata (del latín “argentum”) para siempre. La milicia se hará Ejército y el nativo se hará argentino al nacer ambos para la historia en lucha con Inglaterra. Será útil no olvidarlo, aunque desdeñen este origen el almirante Rojas y los cipayos que militaron luego en ese Ejército. La inminente Revolución de Mayo, al abolir la esclavitud en una de sus primeras Asambleas nacionales, correspondería al heroísmo demostrado por los soldados negros y se justificaría a sí misma. Con las primeras fuerzas armadas en las Provincias Unidas del Río de la Plata, integradas por criollos de Buenos Aires y del Interior, se definía el carácter nacional del Ejército Argentino que en esos momentos nacía. La Revolución de Mayo ampliaría sus cuadros al organizar las primeras expediciones enviadas al Alto Perú, a la Banda Oriental y al Paraguay, incorporando a sus filas a miles de hombres del pueblo. Provenían de todas las clases sociales: eran artesanos, gauchos, jornaleros, abogados, estancieros y hasta fogosos miembros del bajo clero que abrazaron la causa de la revolución enfrentándose con el papado romano que la condenaba. Pero corresponde sin duda al genio político y militar de San Martín el mérito histórico de haber creado el programa político y al mismo tiempo el núcleo operativo más importante del primer Ejército argentino.

A este americano en España le toca en suerte vivir uno de los grandes momentos de la historia moderna: la supremacía europea de Napoleón, bajo su manto imperial se escondía la Revolución Francesa, que influiría decisivamente en los destinos de España y de América.

Bonaparte invade la península, destruye el agonizante absolutismo borbónico, introduce en España mejoras legislativas de todo orden y se enfrenta al mismo tiempo con la heroica resistencia del pueblo en armas. Una revolución nacional y democrática comienza el 2 de mayo de 1808 en Madrid: "La Patria está en peligro; Madrid parece de la perfidia francesa; españoles, españoles: acudid a salvarla."

Este grito clásico de todos los levantamientos nacionales resuena en los oídos de San Martín y de toda su generación. Y así como el contenido históricamente avanzado del régimen de Napoleón emplea métodos reaccionarios al intentar imponer el progreso de los tiempos por medio de una tutela extranjera, detrás de la defensa del rey Carlos IV y su hijo, el pérfido Fernando VII, el pueblo español esconde su propia defensa, la reafirmación de la soberanía nacional, el establecimiento de los derechos constitucionales, la proclamación de la democracia moderna a través del pueblo en armas. Tales equívocos son muy frecuentes en la historia. Nada sería más falso por otra parte que atribuir a la invasión napoleónica la razón exclusiva del levantamiento popular y la revolución nacional española; la agresión francesa será solo el factor desencadenante de un laborioso y lento proceso de disgregación del absolutismo que atravesaba España desde hacía varios siglos.

LA MASONERIA EN EL EJERCITO ESPAÑOL

La débil burguesía española, en su lucha con la nobleza y el clero, apoyados estos últimos en el atraso agrario y la putrefacción feudal de la vieja España, había logrado expresarse políticamente tanto en el Ejército como en la burocracia. La masonería tenía sus hombres entre los propios ministros del rey Carlos IV – Conde de Aranda, Floridablanca- entre los jefes militares, la burocracia y la intelectualidad española. Sistema de acción política secreta, la masonería había tomado sus símbolos de los gremios medievales de albañiles; formalmente se proponía difundir los principios del altruismo y de la hermandad en el mundo entero, mediante la creación de logias cuyos complicados ritos y misteriosos símbolos no pudieron esconder desde el siglo XVIII la orientación burguesa y liberal que la dominaba. En términos generales, puede afirmarse que bajo el escudo de la masonería, pudo luchar exitosamente la burguesía europea y americana tanto contra el absolutismo, como contra el feudalismo y el clero que dominaban todos los resortes de la vida pública, de las ideas dominantes y de las palancas del poder. El carácter secreto de la masonería se derivaba de la naturaleza defensiva del combate librado en diversas épocas por la burguesía.

Los oficiales americanos que luchaban en el ejército español no pudieron sustraerse a esta renovadora y vigorosa corriente de ideas que despertaba a la península y que desnudó a plena luz la invasión francesa. La acefalia del poder determinó la formación de juntas populares en toda España y poco después en las principales capitales de América Hispánica. El joven teniente coronel José de San Martín, vinculado con Matías Zapiola, un marino porteño en España y con Carlos de Alvear, decidió regresar a su patria. San Martín había pertenecido a la logia de Cádiz, junto con Zapiola y Alvear. Al llegar a Buenos Aires, desconocido sin familia, hasta mirado con desconfianza por la cerrada ciudad porteña, decidió fundar una nueva logia a la que llamó Lautaro. Mucho se ha discutido si esta logia tenía o no un carácter masónico, vale decir si estaba subordinada o asociada a las masonerías europeas o inglesas. Esto carece de toda importancia política si se considera que la acción pública y los resultados objetivos de la lucha sanmartiniana respondieron con toda evidencia a los intereses de su país y de América Latina. Lo que resulta indiscutible es que la organización de la logia Lautaro se derivaba

irresistiblemente de las difíciles y casi insalvables dificultades que San Martín debía enfrentar en la ciudad de Buenos Aires a causa de los intereses de la oligarquía mercantil porteña. En la ausencia de un partido político capaz de apoyar desde el gobierno sus planes de emancipación americana, San Martín debió crear un partido político, o por mejor decir, un Estado Mayor político de carácter secreto en las propias filas del Ejército.

Los nacionalistas argentinos actuales han considerado siempre a la masonería con gran hostilidad. Atribuyen a este tipo de organización un carácter poco menos que demoníaco, perverso, antirreligioso y sobre todo antinacional. Es preciso aclarar, en primer término, que la masonería en nuestro país ha seguido el destino paralelo al del liberalismo y es de toda mala fe identificar la masonería o las logias de los tiempos de San Martín con la masonería de los tiempos modernos. San Martín era un revolucionario hispanoamericano cuyo objetivo central, frustrado y grandioso, fue el de crear una América hispánica unida, democrática e independiente. Debió valerse para ello de los recursos que estaban a su alcance y sobre todo combatir denodadamente con la mezquindad de la oligarquía porteña que sólo deseaba la independencia para ejercer el comercio libre, subordinado al Imperio británico.

Las logias masónicas europeas habían constituido, desde las guildas medievales hasta la revolución francesa, la forma conspirativa normal en la lucha de la burguesía del Viejo Mundo contra el predominio feudal y absolutista. En ese sentido, los masones representaban el liberalismo revolucionario del mismo modo que la orden de los jesuitas constituía el partido secreto de la Iglesia romana en la lucha contra el jansenismo y todas las heterodoxias derivadas de la reforma protestante. La masonería, que no tenía un carácter religioso, contempló con simpatía todas las corrientes protestantes que se levantaron a partir del siglo XVI contra la soberbia romana, brazo espiritual del feudalismo agonizante. Por otra parte, el tema mismo de la masonería está lleno de equívocos. San Martín ingresó a la Logia de los Caballeros Racionales, fundada en Londres por Francisco de Miranda, el ilustre venezolano. Esta logia gozaba de las simpatías británicas porque Inglaterra apoyaba la independencia de las colonias americanas con el objeto de debilitar la influencia mundial de la península.

EL DOBLE CARÁCTER DE LA MASONERIA AMERICANA

Pero las logias masónicas del siglo XIX no constituían sino una forma, cuyo contenido variaba según fueran los intereses específicos que movían las acciones de sus participantes. De ahí que sea totalmente erróneo considerar a San Martín y Rivadavia políticamente identificados sobre la base de una común condición masónica. La masonería en América como en Europa, estaba dividida entre sí, y aun internamente. Masones ambos, San Martín y Rivadavia expresaban dos concepciones políticas totalmente diferentes. El primero encarnaba la ideología revolucionaria de la generación militar surgida de la España en armas y cuyo objetivo era la creación del Estado nacional latinoamericano. Rivadavia, a su vez, interpretó los intereses de la burguesía importadora y exportadora de la ciudad de Buenos Aires, íntimamente asociada al Imperio Británico. Su filiación de masón no era más que el signo de todos los liberales de la época.

San Martín aspiraba a aplicar los principios revolucionarios del liberalismo a su propia patria americana: independencia política, proteccionismo, liberación de los indios, unidad nacional, educación popular, la emancipación de los esclavos, libertad de imprenta, abolición de la inquisición y de la censura previa, de los azotes en las escuelas, de las torturas policiales, la inviolabilidad del domicilio, las garantías individuales, la división de poderes. Rivadavia por su parte, entregaría las finanzas del país a los banqueros ingleses, las minas de La Rioja a un consorcio británico, la Banda Oriental a las exigencias brasileñas primero, y luego a la “independencia política” de esa provincia exigida por los intereses balcanizadores de Gran

Bretaña; negaría más tarde los derechos electorales a los sirvientes y a los peones, anularía la autonomía de las provincias y desataría la guerra civil. ¿Cómo identificar por una simple denominación de masones a San Martín y Rivadavia, a la juventud militar revolucionaria procedente del movimiento nacional de la España democrática con los abogados nativos del comercio importador pro-británico? Según vemos, las logias masónicas no eran en modo alguno semejantes, ni era semejante la masonería en Europa a la masonería en América, donde también estaba dividida por intereses antagónicos. En síntesis, las logias masónicas no tenían de secreto más que sus ritos orientales, simple decoración artística y pseudo-filosófica de muy remoto origen, pero cuyas tendencias debían verse a los ojos de todo el mundo en la acción práctica de sus integrantes más destacados.

Desde la segunda mitad del siglo XIX y en lo que va del presente, la masonería en la Argentina careció, sin ninguna clase de distinciones, de toda progresividad histórica. En nuestro tiempo las “tenidas masónicas” se sobreviven como formas políticas singulares de la penetración imperialista. Los masones son en nuestros días excelentes comensales y amables anfitriones en los hoteles de lujo. En el siglo que las masas deciden públicamente sus destinos, la masonería proporciona a mercaderes y abogados un desabrido menú ético. La degradación política de la burguesía argentina puede medirse en el hecho de que ni siquiera bajo la forma masónica ha logrado defender sus intereses; desaparecido hace más de un siglo el partido militar de San Martín, el capital extranjero, desde Rivadavia hasta hoy, domina totalmente la masonería argentina.

LA LOGIA LAUTARO EN EL EJÉRCITO

La caída del partido morenista y la oscura muerte de su jefe en alta mar deja en Buenos Aires un vacío político que sólo colmará San Martín al llegar en 1812. Pero lo hará con sus propios métodos. Advierte que la revolución recién iniciada entrará en agonía sin no se traduce en actos destinados a ganar el apoyo de las amplias masas populares del interior y destruir con medios militares el foco central de la reacción absolutista en América, radicado en la Lima de los virreyes. El técnico se consagra a instruir y formar el primer Regimiento de Granaderos a Caballo y el político crea con los jóvenes oficiales de la Logia Lautaro. Adopta para bautizarla el nombre de un indomable caudillo indígena de la tierra chilena, y este sentimiento profundamente americano de San Martín no abandonará jamás al vástago de la cuna indígena de Yapeyù, amigo de gauchos salteños y de montoneras litorales. Los nombres de los primeros afiliados a la Logia Lautaro habrán de reaparecer durante varias décadas en las convulsas jornadas del país que nace: Carlos María de Alvear, Chilavert, Castelli, Monteagudo, Necochea, Quintana, Tomás Guido, Juan José Paso, Posadas, Rondeau, Balcarce, Álvarez Jonte, Belgrano, Pueyrredòn. El juramento inicial de la Logia se expresaba en esta fórmula:

“Nunca reconocerás por gobierno legítimo de la patria sino aquel que sea elegido por libre y espontánea voluntad de los pueblos, y siendo el sistema republicano el más adaptable al gobierno de las Américas, propenderás por cuantos medios estén a tu alcance a que los pueblos decidan por él.”

BUENOS AIRES Y LAS GUERRAS CIVILES

La activa ciudad contrabandista, comercial, improductiva, burocrática y cosmopolita abrazó el librecambismo con furor y codicia, pues el librecambio con Inglaterra la enriquecía; pero al mismo tiempo esa misma política iría a empobrecer y sumir en la miseria a todas las provincias mediterráneas que carecían de productos exportables y que solamente podían encontrar en el desarrollo y modernización de sus industrias artesanales la posibilidad de alcanzar una vida digna junto a la libertad política. Los porteños se resistieron a distribuir las

rentas aduaneras con todas las provincias argentinas, a las que en rigor pertenecían, en igualdad de derechos con Buenos Aires. Su política librecambista, si bien permitía prosperar a los ganaderos y comerciantes, arruinaba las manufacturas del interior. Tales fueron los dos elementos claves de las guerras civiles inminentes. De ese hecho derivan todas las interpretaciones históricas posteriores que se hicieron con respecto a la Revolución de Mayo. Mitre ha tenido un papel preeminente en esa deformación interesada de nuestro pasado. Del mismo modo que Rivadavia, Mitre expresaría los intereses de la burguesía comercial porteña y tendría el mayor empeño en presentar a la Revolución de Mayo como producto de la necesidad del libre cambio y en consecuencia, como feliz producto de la amistad inglesa. Esta interpretación maliciosa y profundamente errónea desligaba a la revolución de Mayo del conjunto de la revolución americana y sobre todo de sus implicancias con la revolución nacional y popular de España. Toda la historia ulterior de San Martín y su fracción política militar, así como el secreto de las guerras civiles sobrevivientes se fundarán en la absorción ilegítima del poder nacional por los facciosos de la burguesía porteña.

En ese año de 1812, San Martín intervendrá por primera y última vez en la política interna de Buenos Aires. Puede decirse que la famosa revolución del 8 de octubre de ese año, en la cual la guarnición de Buenos Aires al mando de San Martín y de Alvear, se concentran en la Plaza de la Victoria y exigen con la muchedumbre adicta a la logia Lautaro y a la Sociedad Patriótica, la caída del gobierno, está directamente inspirada y dirigida por el futuro Capitán de los Andes. La política localista del primer triunvirato inspirado por Rivadavia había suscitado inocultable repulsión; su declarada hostilidad a Belgrano, al inaugurar éste la bandera nacional en Jujuy; sus dilaciones para convocar a la Asamblea General de todas las provincias y su marcado espíritu de liberalismo conservador, le habían enajenado la simpatía de la juventud patriótica de Buenos Aires y de todo el interior provinciano que cada vez más observaba con recelo la política porteña. En esa jornada de Octubre San Martín impuso a los lautarianos en el segundo triunvirato y obligó a la convocatoria de la Asamblea General, que sería conocida en la historia con el nombre de Asamblea del año XIII.

El Segundo Triunvirato no juró por Fernando VII y retomó con los restos reverdecidos del partido morenista, la línea revolucionaria, nacional y americana del extinto secretario de la Primera Junta. San Martín y la Logia Lautaro enfrentarían a Rivadavia, que oponía la resistencia conservadora y porteña a convocar un Congreso General de las provincias. Pero si Moreno había carecido de fuerza militar, San Martín representaba ya la voluntad del nuevo ejército. Después de vencer en San Lorenzo, San Martín recibe la orden de hacerse cargo del ejército del Norte comandado hasta ese momento por Belgrano. Desde su nuevo destino advirtió la realidad de las provincias y la incurable ceguera de las facciones porteñas que habían empezado nuevamente a imponerse primero en el seno de la Asamblea del año XIII y luego en el régimen directoral. La propia Logia Lautaro amenazaba con descomponerse rápidamente e inutilizar todos los esfuerzos de San Martín por crear un Ejército Nacional y batir a los españoles en toda América. La fracción porteña de la Asamblea del año XIII había rechazado a los diputados enviados por Artigas, el gran caudillo del Plata, provocando su alejamiento irremediable. Al mismo tiempo, San Martín se vincula personalmente con Martín Güemes en Salta, y reconoce la eficacia técnica de la guerra gaucha que habrá de librar el salteño contra los españoles en el Norte, cerrándoles el paso de entrada hacia las provincias argentinas. Ya en 1814 San Martín había elaborado su plan para la campaña de los Andes y buscaba desembarazarse de su cargo en el ejército del Norte. Los primeros temblores de la guerra civil en las provincias lo habían llevado a la convicción de que era imposible organizar un ejército nacional dentro del territorio argentino. Solamente podría mantener la disciplina de sus fuerzas si atravesaba la cordillera, liberaba a Chile y seguía hacia el Perú. Había tomado definitivamente partido por la revolución

latinoamericana y se negaría una y otra vez a desenvainar su espada en los conflictos civiles provocados por la oligarquía porteña.

SAN MARTIN Y LAS INDUSTRIAS MILITARES

San Martín concentra su energía en la tarea de organizar el futuro ejército de los Andes. Hace de Mendoza su cuartel general, su fuente de aprovisionamiento y su escuela de oficiales, su centro de informaciones y su base política. Al mismo tiempo que instruye en el arte militar a los novatos oficiales, envía diputados al Congreso de Tucumán, que presidirá Laprida, un hombre suyo, un sanjuanino, y que habrá de declarar la independencia. La Declaración de la Independencia en Tucumán, en 1816, obedece a la inspiración directa de San Martín desde Mendoza, que participa de modo invisible en la conducción de las deliberaciones y en las resoluciones fundamentales. Finalmente, un hombre de la Logia Lautaro, Pueyrredón, es elegido Director Supremo de las Provincias Unidas, y se decide a apoyar el plan sanmartiniano para la campaña de Chile. En ese momento San Martín echa las bases de la industria metalúrgica y siderúrgica en la Argentina, con la invaluable ayuda de Fray Luis Beltrán. Primitiva como era, y nacida de la improvisación de la guerra, señala la primera intervención militar en la construcción de la industria pesada. Quede aquí establecido otro elemento capital en la historia del Ejército: fundador de industrias básicas, el liberalismo revolucionario de su jefe supremo nada tenía que ver con el liberalismo económico de la oligarquía porteña. Popular, nacionalista e industrialista, tal era el Ejército de San Martín.

La reacción clerical se complace en ocultar el jacobinismo de este revolucionario insigne. Si Saavedra habíase congratulado epistolarmente de la caída de Moreno, ese “fatal” Robespierre, a su vez San Martín hacía saber a Guido que la salud de la revolución era la suprema ley:

“Estoy viendo a mi lancero (seudónimo de Guido)- escribía- que dice:”que plan tan sargentón el presentado”; yo conozco que así es, pero mejor es dejar de comer pan que el que nos cuelguen. ¿Y quién nos hará zapatos, cómodas, cujas, ropas, etc., etc.? Los mismos artesanos que tienen en la Banda Oriental. Más vale andar con ojotas que el que nos cuelguen. En fin, amigo mío, todo es menos malo que el que murrangos nos manden, y más vale privarnos por tres o cuatro años de comodidades que el que nos hagan morir en alto puesto y, peor que esto, el que el honor nacional se pierda.

Hasta aquí llego mi gran plan. Ojalá tuviésemos un Cristóbal o un Robespierre que lo realizase, y a costa de algunos años diese la libertad y esplendor de que es tan fácil nuestro suelo.”

Con el apoyo en masa de las provincias bajo su mando, San Martín se dispone a atravesar la Cordillera y caer sobre los españoles que dominaban Chile. Ha empleado hasta ahora todas las artes del político más consumado. Utilizando los diversos talentos y aptitudes de la emigración chilena que lo rodea en Mendoza, ha recreado y ampliado su Estado Mayor y preparado las condiciones para instalar un gobierno en Chile al día siguiente de la victoria inevitable. Para sostener la campaña creó en Mendoza una nueva Logia Lautaro y ese Estado Mayor de políticos militares lo respaldó en la fabulosa empresa. En los primeros días de Enero iniciaba la travesía y el 12 de febrero triunfaba en Chacabuco. En Chile funda una nueva logia Lautaro, mediante un acuerdo con O'Higgins. Y comienza a preparar la emancipación del Perú. Así organiza el ejército unido de chilenos y argentinos. Pero a sus espaldas, detrás de la cordillera, ya hervía la guerra civil. Las fracciones porteñas en pugna con las provincias sublevadas querían enredar en las discordias intestinas al gran americano. San Martín, en las proximidades de Santiago de Chile, asesta un golpe definitivo a la reacción absolutista española

en los campos de Maipo. Esa victoria resonante hará volver los ojos instantáneamente a toda América hacia el fundador del Ejército Argentino.

LA RUPTURA CON LA OLIGARQUÍA PORTEÑA

San Martín se consagra a preparar en jornadas agotadoras el ejército que habrá de embarcarse en Valparaíso para desembarcar en Lima y poner fin al dominio español en América del Sur. El campamento de su ejército se encuentra en Rancagua, próximo al puerto de Valparaíso. En ese momento decisivo llega a Rancagua la noticia de que el gobierno de Buenos Aires ha dejado de existir. El Director Pueyrredón es reemplazado por el general Rondeau y la guerra civil se expande por todo el territorio de las provincias con fuerza devastadora. El nuevo Director ordena que el Ejército de los Andes y el Ejército del Norte, encabezado por Belgrano, bajen a Buenos Aires con el objeto de emplearlos en afirmar la hegemonía porteña sobre el resto de la República. Estamos en presencia de un momento capital en la historia del país, en el desarrollo de la Revolución Americana y en la crónica íntima del Ejército Argentino.

Durante los años anteriores San Martín había mantenido relaciones con los caudillos del interior y del litoral, instándolos a colaborar en la campaña de emancipación americana. Lejos de considerarlos como “anarquistas” a los cuales sólo restaba imponer la “ley”, según la expresión de Pueyrredón, San Martín los veía como jefes populares armados representativos de los intereses provincianos frente a la prepotencia porteña. Tenía una absoluta fe en la capacidad combatiente de los caudillos y las montoneras, como lo reiterará innumerables veces. La identificación del ejército nacional encarnado por San Martín con las milicias irregulares de la campaña no ha sido jamás desmentida.

Al obedecer Belgrano la orden de Rondeau, su ejército se sublevaba en la posta de Arequito al mando del general Bustos y se negaba a combatir contra las montoneras. San Martín advierte claramente el destino que le aguarda en caso de obedecer la orden del Directorio de Buenos Aires, como lo había hecho Belgrano. Todo convergía para que la guerra civil estallara: la nueva constitución, unitaria, el desprecio por la opinión de las provincias y el proyecto aprobado por el congreso de instalar en el Río de la Plata una monarquía con el príncipe de Luca bajo la protección de Francia. Es en tales circunstancias que el Ejército comandado por San Martín rehúsa aplastar a los milicianos gauchos de las provincias. Estos últimos defendían en esos momentos la dignidad nacional y la organización del país. San Martín vuelve sus espaldas a la rapaz oligarquía portuaria, antes interesada en la conservación de sus rentas aduaneras y en la venta de sus vacas que en la consolidación de la República y en la emancipación de América. Había dos caminos para elegir: o el ejército se convertía en la policía de los comerciantes o se transformaba en el brazo armado de la revolución americana. San Martín no podía dudar. Dirigió un mensaje al cuerpo de oficiales acantonados en Rancagua y solicitó se nombrase otro comandante en jefe del ejército en vista de la desaparición del poder nacional que lo había nombrado. Reunida la oficialidad, resolvió confirmar en su cargo al generalísimo por votación unánime de la asamblea militar, pues se estableció

“como base y principio que la autoridad que recibió el general de los Andes para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país, no ha caducado ni puede caducar, pues su origen, que es la salud del pueblo, es inmutable.”

En este notable documento, conocido como el Acta de Rancagua, se funda la desobediencia histórica de San Martín, la autonomía del ejército libertador y su ruptura con el gobierno porteño. Famoso como es, este episodio no ha sido debidamente apreciado en la historia política del Ejército Argentino pues tiene un solo significado: en la base de su origen está la defensa de la soberanía patria y el principio inmovible que enfrentará al pueblo

argentino es negar su propia esencia ¡Que los oficiales de nuestro tiempo lo tengan bien presente! Sin dudar un solo instante más, San Martín se embarca en Valparaíso y parte hacia la guerra con el poder absolutista en Perú. Con este trascendental movimiento de sus tropas, la revolución americana expande sus fronteras y San Martín rehúsa ser el verdugo de su pueblo. El Ejército sanmartiniano se transforma en el partido político armado del pueblo argentino en América. A sus espaldas estalla el oscuro ciclón del año 20: se inaugura la era de los caudillos, de los ejércitos provinciales y de la fuerza facciosa de línea que Buenos Aires de ahora en más tendrá para defender su tesoro, su crédito, su aduana y su puerto.

EJERCITO DE LINEA Y MONTONERA IRREGULAR

Ya se ha dicho que el ejército de los argentinos aparece en forma embrionaria en Buenos Aires, aunque integrado por nativos de todas las provincias, en la lucha contra el Imperio Británico. Un militar nacido en Yapeyú y formado en la España revolucionaria, nacional y democrática, le dará alta jerarquía técnica e impondrá en su lucha tácticas que recién Napoleón acaba de exponer en Europa. El ejército será indisoluble de una Logia, esto es de un partido político secreto de índole militar, destinado a independizar la lucha emancipadora de las intrigas y de los intereses regionales o portuarios perfectamente visibles en la ciudad de Buenos Aires. En el desarrollo de su acción, San Martín tropezará constantemente con la estrechez y la mezquindad del núcleo saavedrista, primero, de sus sucesores rivadavianos o unitarios después y entablará cordiales relaciones epistolares con los caudillos de las provincias que apoyarán, según se verá, sus campañas americanas.

Pero una pregunta se impone a esta altura del relato. ¿A qué razón profunda se debe que mientras Buenos Aires desde el principio y aún después de la disolución del ejército nacional por la desobediencia de San Martín, dispone de ejércitos de línea, uniformados, bien armados y disciplinados, con oficiales que perciben sueldos regulares, mientras que todo el resto del país, sólo podrá expresarse militarmente a través de la guerra gaucha, de la lucha de montoneras, de la guerra de recursos?

¿Se debe quizá, como lo sostuvo Sarmiento en su famosa impostura de “Facundo”, a que Buenos Aires encarnaba la civilización y las provincias la barbarie? Alberdi ha dado una respuesta esclarecedora, por supuesto semidesconocida, que sus panegiristas antinacionales han ocultado con todo cuidado. La transcribimos ahora porque expresa con notable relieve el fundamento material de esa indignidad técnica y de esa barbarie puramente exterior de nuestras milicias gauchescas, que lucharon por organizar el país y por defender su soberanía sin contar con las rentas usurpadas por la opulenta Buenos Aires. Dice Alberdi:

“Los pueblos resistían no la independencia respecto de Buenos Aires, que esta provincia pretendía sustituir a la de España. Confundiendo Buenos Aires la causa de la junta con la causa de la Revolución, ella misma ponía a las provincias en la dura necesidad de contrariar la Revolución, en cierto modo, con el objeto de resistir la junta, defendiendo su libertad local que la junta atacaba bajo el escudo de la defensa de América. Ese mal hizo el egoísmo de Buenos Aires a la revolución de la independencia; adulteró y comprometió su grande y santo interés con el suyo local, antinacional y pequeño. Buenos Aires calificaba esa resistencia de indisciplina y desorden, y no era así. He aquí como la democracia, o el nuevo principio, daba esos jefes a los pueblos. Los pueblos, en aquella época, no tenían más jefes regulares y de línea, que los jefes españoles. No podían servirse de éstos para hacerse independientes de España; ni de los nuevos militares que Buenos Aires les enviaba, para hacerse independientes de Buenos Aires. Alguna vez, temiendo más la dominación de Buenos Aires que la de España, los pueblos se valían de los españoles para resistir a los porteños, como sucedió en el Paraguay y en el Alto Perú; y en seguida echaron a los españoles sin sujetarse a los porteños. Más de una

vez Buenos Aires calificó de reacción española, lo que, en ese sentido, sólo era reacción contra la segunda mira de la conquista. ¿Qué hacían los pueblos para luchar contra España y contra Buenos Aires, en defensa de su libertad amenazada de uno y otro lado? No teniendo militares en regla, se daban jefes nuevos, sacados de su seno. Como todos los jefes populares, eran simples paisanos las más de las veces. Ni ellos ni sus soldados, improvisados como ellos, conocían ni podían practicar la disciplina militar. Al contrario, triunfar de la disciplina, que era el fuerte del enemigo, por la guerra a discreción y sin regla, debía de ser el fuerte de los caudillos de la guerra de la independencia. De ahí la guerra de recursos, la montonera y sus jefes, los caudillos; elementos de la guerra de pueblo; guerra de democracia, de libertad, de independencia. Antes de la gran revolución no había caudillos ni montoneros en el Plata. La guerra de la Independencia los dio a luz, y ni ese origen les basta para tener perdón de ciertos demócratas. El realismo español fue el primero que llamó caudillos, por apodo, a los jefes americanos en que no querían ver generales. Lo que resistían los pueblos no era la libertad, era el despotismo que se les daba junto con la libertad; lo que ellos querían era la libertad sin despotismo: ser libres de España y ser libres de Buenos Aires. Artigas y Francia así lo decían; Macaulay y Guizot, no lo hubieran dicho de otro modo. La prueba de que tenían razón, es que lo que ellos defendían ha triunfado al fin sin ellos, y es el orden que hoy existe después que todos los caudillos yacen en la tumba. Si no existe del todo en realidad, existe en apariencia. La apariencia es un homenaje que la iniquidad tributa al derecho. Lo que empieza por ser apariencia, acabará por ser realidad.”

Tal era el espectáculo que presentaba la república en ese sombrío año 20 en que San Martín salva para la historia su ejército. A su vez las fuerzas militares que permanecían en el territorio argentino, integradas en su mayor parte por provincianos, eran presas de una fulminante disolución. Y así como muchos caudillos se improvisaron generales, muchos generales se hicieron caudillos. Son los años nocturnos de las masas y las lanzas; el espectro de una disociación general de las viejas Provincias Unidas del Río de la Plata se insinúa a través de la efímera República de Tucumán o de la República de Entre Ríos. Al imponer su hegemonía al país, la oligarquía portuaria de Buenos Aires forzaba al “federalismo”, es decir, a la separación y al aislamiento de aquellas provincias que no querían ser subyugadas. A la balcanización de América Latina, derivada de las intrigas inglesas y de la debilidad de la inmensa región, parecía que sobrevendría la propia balcanización de las provincias del Plata y su impotencia histórica definitiva.

LA DISOLUCION DEL EJÉRCITO NACIONAL

Sobre las ruinas del ejército argentino, se alzaron las milicias provinciales de distinguidos oficiales o caudillos empíricos, según los casos, cuyas batallas se estudian en los institutos militares. La crisis del país origina la crisis del ejército, sumido en la más completa orfandad. Por un lado el victorioso ejército de los Andes, recorría América sustraído por el genio de San Martín a los disturbios civiles. Un pequeño sector de los militares porteños defendían los intereses reaccionarios de la provincia de Buenos Aires y de la ciudad puerto. Todo el resto se había instalado con ínfimos recursos en las miserables provincias desprovistas de rentas. “Su disolución en 1820 y 1827, escribe Juan Álvarez, dejó sin medios de vida a buena parte de los miembros del ejército, el clero y la administración nacional, bruscamente cesantes. Las provincias interiores no tenían para que mantener el crecido número de jefes y oficiales que habían exigido las guerras contra España o contra el Litoral, y la situación de esos hombres, tornóse un grave problema, cuando la provincia de Buenos Aires, propietaria de la Aduana exterior, se negó a utilizarlos por más tiempo. Vemos así, que desde 1822 a 1827, por decretos sucesivos del gobierno de dicha provincia, fueron dados de baja y separados del ejército 16 generales, 85 jefes y 190 oficiales. Cierta es que en 1826 llamóse a muchos de ellos

con motivo de la campaña del Brasil; pero terminada ésta repitiòse la situación de desamparo.”

La inmensa mayoría de estos hombres ha caído en el olvido. Sus títulos para la gloria están confinados en los diccionarios biográficos, manejados por especialistas; no les ha tocado ni siquiera un poco del resplandor póstumo que rodea a los hábiles abogados porteños, distribuidores de la fama y escritores de la historia oficial. Idéntico destino corrieron los gobernadores de provincia o los estadistas del interior que lucharon por la organización del país. Buenos Aires jamás erigió una estatua al brigadier Pedro Ferré, gobernador de Corrientes, al ministro Manuel Leiva que acabó sus días en la más horrenda miseria o al presidente Derqui, alimentado de lástima en una pensión montevideana e insepulto su cuerpo tres días por falta de dinero para inhumarlo. La ciudad soberbia y cosmopolita habría de tener sus célebres predilectos como Rivadavia o Mitre, procónsules del capital británico y autores con su partido de la engañosa leyenda escolar. Ni en el Colegio Militar, ni en la Escuela Naval se enseña todavía que al mismo tiempo que San Martín ocupaba Perú y asumía el título de Protector con la simpatía y el apoyo de caudillos provincianos como Heredia y Bustos para proseguir su campaña, debía enfrentarse con el odio irreprimible y el sabotaje consiente del núcleo rivadaviano de Buenos Aires.

El diario “El Argos” de Buenos Aires mencionará las palabras del ministro Rivadavia que arrojan una viva luz sobre la posición porteña frente a la ayuda reclamada por San Martín para rematar la campaña de Perú:

“Buenos Aires ya había hecho más de lo que había podido por aquellos pueblos y había llegado a conquistar su independencia, siendo justo que probasen merecerla los que reclamaban al presente su conversión”.

Ante el insistente pedido de ayuda de San Martín la Junta de Representantes de Buenos Aires, bajo la influencia del ministro Rivadavia, consideraba que no era posible que el gobierno de Buenos Aires arrojase “a esa aventura” los fondos de su provincia “en el momento en que la tierra ha sido invadida por los bárbaros”.

San Martín caracterizaría desde la emigración la personalidad de Rivadavia en una carta al chileno Pedro Palezuelo:

“Tenga usted presente, escribía San Martín, lo que se siguió en Buenos Aires por el célebre Rivadavia, que empleó en sólo madera para hacer andamios para componer la fachada de lo que llaman Catedral, 60.000 duros; que se gastaban ingentes sumas para contratar ingenieros en Francia y comprar útiles para la construcción de un canal de Mendoza a Buenos Aires; que estableció un Banco donde apenas había descuentos; que gastó 100.000 pesos para la construcción de un pozo artesiano al lado de un río en medio de cementerio público, y todo esto se hacía cuando habían un muelle para embarcar y desembarcar los efectos, y por el contrario, deshizo y destruyó el que existía de piedra y que había costado 600.000 pesos fuertes en el tiempo de los españoles; que el ejército estaba sin pagar y en tal miseria que pedían limosna los soldados públicamente, en fin, que estableció el papel moneda, que ha sido la ruina del crédito de aquella república y de los particulares. Sería de no acabar si se enumerasen las locuras de aquel visionario y la admiración de un gran número de mis compatriotas, queriendo improvisar en Buenos Aires la civilización europea con sólo los decretos que diariamente llenaban lo que se llamaba Archivo Oficial.”

SAN MARTIN Y LA REACCION CLERICAL

Pero que San Martín no se dejaba manejar ni confundir tampoco por los enemigos clericales de Rivadavia, lo demostraría en esos mismos días. Como es bien sabido, Rivadavia realizó la conocida reforma eclesiástica, que despertó una violenta resistencia de los sectores más reaccionarios del clero español en Buenos Aires. Las medidas adoptadas por Rivadavia fueron típicamente regalistas, esto es, estaban dentro de la mejor tradición progresiva de su tiempo y tendían a imponer el control del Estado sobre toda clase de actividades civiles, educacionales o religiosas.

CLERO CRIOLLO Y CLERO ABSOLUTISTA

Esta política no procedía del ateísmo de Rivadavia, que era católico como lo había sido Carlos III, otro firme regalista. Se trataba pura y simplemente de simplificar la administración eclesiástica, de impedir los escándalos frecuentes que estallaban en los conventos y monasterios, de abolir el fuero clerical, suprimir los diezmos, reducir los frailes de cada convento a treinta como máximo y diez y seis como mínimo e impedir que nadie, hombre o mujer, pudiera hacer votos de fraile o monja sin tener más de treinta años. También estableció la curia eclesiástica con la jurisdicción correspondiente. La reforma eclesiástica, en realidad, estaba dirigida esencialmente contra el absolutismo español en América, pues la inmensa mayoría del clero criollo culto había abrazado firmemente la causa de la revolución americana, transformándose sus figuras más destacadas en hombres públicos, diplomáticos, oradores o publicistas.” *Esta absorción del clero criollo por la política*, escribe López, *había dejado los servicios menores del culto en manos de la escoria del gremio, españoles algunos, que rompieron la disciplina y violaron el más elemental decoro. Muy luego, la impunidad garantida por el descuido y por el fuero eclesiástico aumentó hasta el extremo el licencioso estado de los conventos, que no sólo orgías sino riñas y asesinatos a puñal tenían lugar allí dentro por causas torpes.”*

A esto debe agregarse la abundante emigración producida en España con el triunfo del liberalismo revolucionario durante los primeros años de la revolución napoleónica, que arrojó a las playas de América a miles de clérigos absolutistas y ultrareaccionarios. Todos ellos pertenecían a un partido absolutista- católico, conocido como el partido apostólico, cuyo programa era la defensa del trono y del altar y el exterminio del liberalismo. Bajo la influencia de la Santa Alianza y del Papa, esta multitud de gentes de sotana invadió los distintos países de América y constituyó el núcleo más parasitario y subversivo del clero. Es con esta masa de clérigos holgazanes y turbulentos que el partido católico resistirá las medidas reformistas de Rivadavia y estallará el motín encabezado por Tagle en 1823. El partido apostólico comprometido en la conspiración de Tagle, buscará el apoyo de las fuerzas nacionales que se oponían al gobierno de Rivadavia por muy otras razones y llegará hasta solicitar la ayuda de San Martín. El jefe del Ejército de los Andes rechazó con energía este intento, pues en este aspecto no podía sino estar de acuerdo con Rivadavia en su condición de liberal revolucionario formado en el Ejército español. Así lo dice expresamente en una carta a Guido:

“Usted sabe que Rivadavia no es un amigo mío... a pesar de esto sólo pícaros consumados no serán capaces de estar satisfechos de su administración, la mejor que se ha conocido en América.”

Frente a la reacción clerical extranjera, San Martín no podía sino sostener a Rivadavia. De ahí que resulta por lo menos asombroso el intento del nacionalismo clerical contemporáneo de atribuir al Ejército Argentino una beatería y un catolicismo militante de tipo romano que jamás tuvo, puesto que el nacionalismo de San Martín, como será luego el de Roca, fue un nacionalismo liberal y democrático, mucho antes que los nacionalistas infundieran a la palabra

nacionalismo un sentido cavernícola y que el liberalismo se hiciera antinacional, negando así sus propios orígenes.

LA BURGUESÍA PORTEÑA TRAICIONA LA REVOLUCION AMERICANA

Cuando el partido rivadaviano vuelve sus espaldas al destino de la revolución americana, bajo el pretexto de la escasez de sus recursos, ¿cuál era el estado real de la opulenta provincia? Vicente Fidel López, un porteño embebido en la tradición familiar, que ha escuchado estos sucesos por boca de su padre, el ilustre autor del himno nos lo dirá:

“Sucedió en Buenos Aires en 1821 lo que sucede entre los pasajeros y la tripulación que se salvan de un naufragio inminente: la alegría puso en contacto todos los espíritus. Ya no había amenazas internas ni externas. La España estaba reducida a la impotencia y envuelta en todas las miserias de la pobreza, de la crisis final y de la guerra civil. Artigas hundido en el bátraco paraguayo, “in profundis”, y Ramírez muerto. Nada y nadie quedaba que pudiera perturbar la alegría de los que habían llegado a puerto después del terrible vendaval. Al menos si alguien quedaba, no se le veía la cabeza ni se oía su voz. Busto será un caudillo incómodo, pero bonachón y pacífico. La provincia de Buenos Aires estaba, pues, libre y entregada al espíritu de progreso en todos los sentidos: progreso político por medio del sistema representativo con cámaras, elecciones, debates públicos y magistrados responsables. La provincia estaba toda entera como en una fiesta de familia: y contados eran, quizá no pasaban de seis, los hombres de nombre o de influjo que no habían concurrido con los brazos abiertos y con el semblante amigable a estrecharse y poner su contingente en este acuerdo común. Con la paz y la tranquilidad pública los intereses agrícolas habían tomado un vuelo rápido. El comercio inglés buscaba con avidez los cueros de nuestro ganado y los demás productos de nuestros campos. Con este favor se levantaron ricos y bien inspirados, al norte y al sur, nuestros viejos hacendados, los Miguez, Castex, Obligado, Lastra, Suárez, Acevedo, Anchorena y cien otros...”

Se comprenderá bien la razón por la cual el ejército debió constituirse en partido político bajo la inspiración de San Martín frente a esta oligarquía estrecha y seudoculta, engeguedada por la sed de riqueza, desinteresada de todo lo que no fuera la prosperidad de la ciudad y el goce de su puerto. ¡El cuero y el minué, Lerminier y el tasajo, todo era perfecto en esa París aldeana!

La negativa de la fracción rivadaviana de apoyar a San Martín tendrá consecuencias trágicas para el país. Al carecer de los recursos que podía aportarle su propia tierra a través de la ciudad de Buenos Aires (apropiada del puerto y de las rentas aduaneras de todo el país), San Martín se encuentra sin fuerzas para enfrentar a las tropas de La Serna en el Perú, integrada por 18.000 veteranos; vese obligado a ceder a Bolívar el honor de concluir en Ayacucho con el poder absolutista.

Sometido a la impotencia, San Martín renuncia a su vida pública, abandona el Perú y se refugia en Europa. Ese es todo el secreto de su célebre “renunciamiento”. De ese drama los historiadores porteños han extraído las frases sobre la “santidad” sanmartiniana y su “desinterés” por el poder. ¡Qué ironía, y que tragedia! Frustrado así su gigantesco plan, que consistía en independizar Chile para libertar al Perú y reintegrar las cuatro provincias del Alto Perú al seno de las Provincias Unidas lo reemplaza Bolívar. Cuando éste se disponía a devolver al Río de la Plata las provincias altoperuanas, el congreso rivadaviano de Buenos Aires aprueba una ley que acuerda “Soberanía” a esas provincias⁴.

⁴ Ver detalles de este episodio en RAMOS, *Historia de la Nación Latinoamericana*, Peña Lillo, Buenos Aires, 1968

La política de disgregación territorial es típica de Rivadavia y del imperialismo británico. La derrota de San Martín implicará una derrota política del ejército, que ya no habrá de rehacerse durante mucho tiempo. Rivadavia licenciará a centenares de militares, liquidándoles por contaduría el valor de su grado a cada uno, pagándoles su total en títulos de la deuda pública; jubiló a los soldados de la Independencia para realizar en paz el sueño mercantil de la gran aldea.

LA GUERRA CON EL BRASIL RESTABLECE EL EJERCITO NACIONAL

El desprestigio de la política rivadaviana, sobre todo entre los hacendados bonaerenses, había afectado la candidatura de este curioso ejemplar de prócer para suceder al general Martín Rodríguez como gobernador de Buenos Aires. Por el voto de la Junta de Representantes triunfó el general don Juan Gregorio de Las Heras, uno de los más destacados jefes que acompañaron a San Martín en sus campañas americanas. Pero Las Heras, muy porteño, había conspirado contra el libertador en Perú y estaba distanciado de él. En realidad, era un prisionero del núcleo unitario porteño, encarnado en la figura de Manuel J. García, ministro de Relaciones Exteriores y de Hacienda, símbolo de los intereses británicos en el Plata.

El imperio del Brasil ocupaba desde hacía diez años la Banda Oriental, bautizándola como Provincia Cisplatina. Debe señalarse que las fricciones argentino-brasileñas en el Río de la Plata prolongaban en el Nuevo Mundo la ruptura de la unidad nacional ibérica, sostenida en Europa por los intereses británicos.

La chispa decisiva fue producida por la proeza de los 33 orientales acaudillados por Lavalleja. Procedentes de Buenos Aires, desembarcaron en la costa oriental, levantaron la campaña, derrotaron a las fuerzas brasileñas de ocupación y fueron aclamados por el pueblo hermano. La hazaña conmovió a todo el país y era evidente que si los argentinos no concurrían a sostener los derechos orientales, Brasil terminaría por aplastarlos: esperaba cinco mil veteranos contratados en Austria; su revancha era inevitable e inminente. El apoyo argentino a su provincia oriental implicaba la guerra con el Brasil y a esto se oponía con todas sus fuerzas el partido rivadaviano. García, ministro argentino y agente inglés, todo al mismo tiempo, consideraba que la prosperidad de la provincia sería comprometida en ese caso por una aventura funesta. Pero el 25 de agosto de 1825 el congreso de los Pueblos Orientales, reunido en la ciudad de la Florida, declaró solemnemente que:

“El voto decidido y constante de la Provincia Oriental era por la unidad con las demás provincias argentinas, a que siempre perteneció por los vínculos que el mundo conoce.”

No había más remedio que aceptar la realidad: el Congreso de las Provincias Unidas del Río de la Plata dictaba pocos días después una ley por la cual reconocía incorporada de hecho la Banda Oriental. El emperador del Brasil declaró la guerra; bajo la presión de las circunstancias el Congreso dominado por los unitarios porteños disimuló su repugnancia, y dictó una ley de creación del Ejército nacional, integrado con los contingentes provinciales. Fue una de las guerras más populares en la historia militar del país y quizá la ley más saboteada por el gobierno que debía dirigirla. Porque con el pretexto de la guerra del Brasil, la mayoría unitaria del Congreso argumentó la necesidad de crear un poder nacional fuerte para conducir con eficacia las operaciones. Ganó con ese argumento la voluntad del general Las Heras, gobernador de la provincia. Este renunció y el 1 de febrero de 1826 se votó la ley de Presidencia, designándose para el cargo a Rivadavia.

RIVADAVIA INVADE LAS PROVINCIAS

Inmediatamente Rivadavia dio un golpe disolviendo la Legislatura bonaerense y el gobierno de la provincia, y centralizando en sus manos todo el poder nacional. Excusándose en las necesidades de la guerra, Rivadavia envió jefes y tropas porteñas, encabezadas por oficiales del tipo de La Madrid, un hombre arrojado y obtuso, para remover las autoridades provinciales. Mientras las provincias se disponían a enviar sus fuerzas para contribuir a la guerra del Brasil, Rivadavia promovía la guerra civil con sus medidas absorbentes y oligárquicas. La constitución unitaria dictada al mismo tiempo por el Congreso era rechazada por todos los caudillos. Simultáneamente el Ejército Nacional reconstituido bajo el comando del general Carlos María de Alvear había obtenido decisivas victorias contra el imperio. Para consumar la triunfante campaña, Alvear necesitaba refuerzos y caballadas. Ahora le tocaba el turno a Rivadavia. Se repetiría aquí el mismo e increíble episodio de los tiempos de Rondeau: era imposible ayudar a emancipar y reunificar a nuestra provincia oriental, pues se necesitaban las fuerzas de Alvear para aplastar la anarquía de los caudillos insurgentes de nuestras propias provincias. El ejército argentino debía ejercer una vez más funciones de policía contra su pueblo. Sin vacilar un minuto, Rivadavia iniciaba urgentes negociaciones de paz con el Emperador, exactamente en el mismo momento en que las armas argentinas triunfantes en Ituzaingò podían garantizar la reincorporación de la Banda Oriental.

Rivadavia envió a García con instrucciones reservadas para firmar una paz a cualquier precio en Río de Janeiro. Téngase presente que detrás de García estaba el Imperio Británico, resuelto a impedir la reincorporación de la Banda Oriental a las provincias argentinas que fortalecería la creación de un país poderoso, dueño de ambos puertos en el gran estuario. En lugar de dictar condiciones, García aceptó las del emperador derrotado, reconociendo sus derechos en la Banda Oriental y aceptando su reincorporación al Brasil. La indignación de las provincias argentinas y de la propia Buenos Aires fue tan general, que originó la caída de Rivadavia, y su ruina política definitiva.

La caída del gobierno rivadaviano arrastró consigo la disolución del congreso unitario, del régimen presidencial y de las pomposas instituciones construidas en el vacío por el estadista europeizante. Dorrego ocupó su lugar en calidad de Gobernador de la provincia de Buenos Aires. Era un antiguo oficial de San Martín y de Belgrano, un bolivariano notorio, federal y democrático; dispuesto a conciliar con los caudillos, conservaba todavía los viejos ideales americanos de la generación sanmartiniana. Como la guerra incomodaba los intereses del comercio británico, los ingleses estaban interesados en la paz, lo mismo que sus dilectos amigos García y Rivadavia. Dorrego también estaba dispuesto en firmarla, a condición de garantizar la reincorporación de la Banda Oriental a las provincias argentinas.

CANNING CREA LA SOBERANIA URUGUAYA

Debe recordarse, por otra parte, que todo el interior y los caudillos representativos contribuían a la integración del ejército nacional para la guerra contra el Brasil: Bustos, Quiroga y López proporcionaban importantes contingentes. Pero la diplomacia inglesa actuó rápidamente y con eficacia. Designada como mediadora por el gobierno de Rivadavia, mandato que no había revocado Dorrego, propuso una fórmula de transacción que consistía en reconocer por ambos bandos la independencia absoluta de la Banda Oriental. Esta iniciativa británica creaba un Gibraltar rioplatense, una base histórica de operaciones imperialistas para debilitar al Brasil y a la Argentina, sobre todo a esta última, y sostenía un sistema de dos puertos con intereses contrapuestos en la boca del Plata. Dorrego rehusó aceptar esta proposición fatal; pero la diplomacia británica lo doblegó financieramente. El Banco Nacional creado por Rivadavia tenía una mayoría de accionistas ingleses y era el principal proveedor de recursos para el Ejército y el gobierno. Como lo dirá Lord Ponsonby en

cartas de un cinismo esclarecedor, los ingleses aplastaron la voluntad de pelear de Dorrego y lo obligaron a firmar el infame tratado de 1828.

A la pérdida de las cuatro provincias altoperuanas, se agregaba la segregación de la Banda Oriental. Dorrego, Tomás Guido, confidente de San Martín, Juan Ramón Balcarce, héroe de las guerras de la independencia, intervinieron en las negociaciones y aceptaron el indigno final. Si algo faltaba para indicar que el viejo partido militar creado por San Martín estaba definitivamente ultimado, estos nombres prestigiosos al pie del acuerdo no harían sino corroborarlo. Pero la paz con el Brasil produciría otra víctima y ésta sería el mismo Dorrego. Al desmovilizarse los ejércitos de Ituzaingò, envuelto en desprestigio el gobierno de Dorrego por aceptar la herencia rivadaviana, el partido unitario porteño se preparó para otra fechoría. La división de veteranos porteños que volvía del Brasil, encabezada por el general Juan Lavalle (este último del género de La Madrid, porteño, fanfarrón y sin una sola idea en la cabeza) seducido por las insinuaciones unitarias, vio en Dorrego al causante de todos los males y al amigo de los caudillos bárbaros. El 1 de diciembre de 1828, Lavalle amotinó su división y derrocó a Dorrego, lo persiguió en Navarro y lo fusiló sobre el campo, asumiendo toda la responsabilidad ante la historia. Una desgarradora guerra civil incendió el territorio argentino.

El Ejército nacional se disolvió nuevamente en facciones provinciales y conservó, según los casos, algunos caracteres más o menos regulares, según fuesen los recursos de la provincia que los sustentaban. En este caso, Buenos Aires sería por sus rentas aduaneras la más capaz de mantener un ejército de línea. La inmolación de Dorrego permitió el ascenso al poder de la provincia del general Lavalle. Su única base de apoyo era el partido unitario ligado al comercio internacional. A su vez, los ganaderos bonaerenses, vinculados por su función a la tierra de origen, económicamente más fuertes que los comerciantes, con una comprensión más profunda de la psicología gauchesca, y que por coincidencia de intereses habían apoyado hasta ese momento a los gobiernos unitarios, cambiaron de frente. Mientras que la burguesía comercial rivadaviana insistía una y otra vez en organizar el país bajo su hegemonía, para arrasar las economías artesanales y ganar ese mercado interior a los productos manufacturados de Inglaterra, los ganaderos tenían frente al interior una actitud puramente pasiva y en último análisis indiferente.

ROSAS Y EL EJÉRCITO

Toda su política se dirigía a exportar en paz su sebo, su cuero, su tasajo. Se imponía encontrar, en consecuencia, una política capaz de no suscitar la constante rebelión de las provincias en virtud de la prepotencia porteña y aislar a Buenos Aires del foco de miseria y perturbaciones que irradiaba el Interior. Para prestar a esa política un color grato al interior, los ganaderos se hicieron federales; su jefe, Juan Manuel de Rosas, el más rico y perspicaz de todos ellos, retuvo para Buenos Aires, lo mismo que los unitarios rivadavianos, el control del puerto único y las rentas proporcionadas por el tráfico aduanero. Pero no envió ejércitos al interior para arrasar las economías industriales ni pretendió imponerles Constituciones unitarias. Por el contrario, postergó mientras le fue posible toda tentativa de organización nacional, que sólo podía perjudicar a Buenos Aires, al nacionalizar las rentas de la Aduana y federalizar la Capital. Llegó así a un “statu quo” con los caudillos. Ensayó un sistema de protección industrial de tipo arancelario, para preservar las industrias primitivas de la competencia extranjera, calmando así la inquietud del interior mediterráneo. Al litoral embravecido, que exigía la libre navegación de los ríos para comerciar también él con el exterior, lo amansó mediante acuerdos temporarios, dádivas en cabezas de vacas o en último caso, abierta represión.

A los comerciantes unitarios los dejó hacer dinero, pero los apartó de los negocios públicos con mano de hierro. Mientras la provincia y la ciudad se enriquecieron prodigiosamente bajo su gobierno, el interior vegetó como lo había hecho siempre. Pues la protección arancelaria otorgada por Rosas con su Ley de Aduana de 1835 no constituía sino una defensa pasiva de aquellas industrias primitivas de las provincias. Estas requerían, por el contrario, una protección activa, una financiación y una tecnificación que sólo podía obtenerse con una política económica nacional fundada en los recursos aduaneros del país usufrutuados por Buenos Aires. Es aquí donde Rosas se detiene y es aquí donde se define su política bonaerense y los límites de su pregonado nacionalismo. Porteño como lo había sido Rivadavia, Lavalle, y como lo será Mitre, la política de Rosas tendrá mayor amplitud y un sentido nacional más profundo, sobre todo en las relaciones con el exterior.

Los comerciantes porteños eran simples intermediarios de Europa, traficantes de abalorios, de efectos, de modas e ideas europeas. A su vez, los ganaderos bonaerenses eran propietarios de sus medios de producción en tiempos en que los hacendados sabían montar a caballo y no se vestían en la sastrería *Pool* de Londres. Las diferencias son notorias y evidentes por sí mismas. Pero la pasividad de Rosas ante la indigencia provinciana tendrá profundas consecuencias históricas, como ya se verá. Durante su largo gobierno, que abarca casi dos décadas de la historia nacional, el Ejército continuará parcelado en legiones provinciales, obedientes a diferentes caudillos. Circunstancialmente estas fuerzas se “confederaran”, pero sin fusionarse como un ejército homogéneo. Buenos Aires tendrá, como cabe imaginar, un ejército bien montado, vestido y alimentado, y con el armamento que podía comprarse con una tesorería floreciente. Los ejércitos de provincia, por el contrario, antes y durante Rosas, serán ejércitos harapientos y miserables, recelosos siempre ante la política porteña, con oficiales improvisados, sueldos incobrables y uniformes irreconocibles.

Tampoco el vencedor de Rosas en Caseros, el entrerriano Urquiza, generalísimo del Ejército Grande, encabezará en esa ocasión un Ejército y una política realmente nacional. El desfile por las calles de Buenos Aires realizado el 20 de febrero (aniversario de Ituzaingò) de las tropas pertenecientes al imperio esclavistas, bastará para señalar el carácter espúreo de la alianza que dio la victoria a Urquiza en Monte Caseros. Su ejército estaba formado por soldados entrerrianos, correntinos, orientales y brasileños. Las restantes provincias argentinas no aportaron un solo soldado a la campaña, aunque la siguieron con tensa expectativa, pues alimentaban la esperanza de que al fin el país podría ser organizado y sacado de su marasmo.

LOS CAUDILLOS RECREAN EL EJERCITO NACIONAL

La personalidad de Urquiza - caudillo y entrerriano, al fin- como bien se pudo ver en seguida, inspiró confianza a las provincias interiores. La reunión de los caudillos gobernadores en la ciudad de San Nicolás de los Arroyos demostró que Urquiza estaba dispuesto a emprender el gran camino de la organización nacional. Importa a nuestro asunto destacar que los viejos caudillos gauchos que se unieron en San Nicolás echaron las bases de la organización definitiva de la República. Así como el Acuerdo reconocía el Pacto Federal del 4 de enero de 1831 como “Ley Fundamental de la República”, en el artículo 15 se designaba al general Urquiza como:

...”general en jefe de los ejércitos de la confederación con el mando efectivo de todas las fuerzas militares que actualmente tengan en pie cada provincia.”

Esto implicaba de hecho el restablecimiento del Ejército argentino. El Acuerdo de San Nicolás designaba asimismo a la ciudad de Santa Fe como asiento

de un Congreso General federativo para organizar la Nación. Esto no era todo, sino tan sólo el comienzo. Los caudillos gobernadores resolvieron también la organización de una administración nacional y la supresión de las aduanas interiores. Pero suprimir las aduanas interiores, que en su inmensa pobreza aportaban algunos pesos fuertes al erario provincial, sin nacionalizar la aduana de Buenos Aires que recibía toda la renta del país, era hundir a las provincias en un abismo de indigencia.

La burguesía porteña advirtió de inmediato el complejo de fuerzas que empezaba a formarse con el Acuerdo de San Nicolás. Intuyó con claridad meridiana que el próximo paso sería la nacionalización de las aduanas, y quizá la federalización de la ciudad porteña. La temida organización del país, que iría a distribuir la riqueza porteña entre todos los argentinos, parecía inminente. Los unitarios porteños estaban estupefactos: ¿Para esto hemos derribado a Rosas? Y los rosistas porteños los miraban con una mezcla de indignación y desprecio: ¡Para esto lo han derribado! Pero las antiguas disputas facciosas se volatizaron en pocos días. Unitarios y federales de Buenos Aires, su patria chica, su verdadera patria, se abrazaron para fortalecerse. Así fue como se presenció el incomparable espectáculo de la ciudad fenicia que olvidaba sus disputas pasajeras y se disponía a desconocer la voluntad nacional.

La legislatura porteña rechazó por mayoría el Acuerdo de San Nicolás, ya que la creación de un Ejército nacional al mando de un caudillo entrerriano implicaba que por primera vez en la historia argentina el conjunto de provincias tendría la fuerza necesaria para imponerse a la provincia de Buenos Aires. En estas circunstancias hace su aparición en la política argentina el coronel Mitre, intérprete de los intereses importadores y del ideario de Rivadavia al cual llamara

“El más grande hombre civil en la tierra de los argentinos”.

Mitre encabeza en la legislatura la oposición porteña al Acuerdo de San Nicolás. La ciudad estaba amotinada; el gobernador López y Planes se ve obligado a presentar su renuncia, y en medio del caos bonaerense Urquiza disuelve la legislatura y otorga el poder al general Galán. Mientras tanto, el Congreso General Constituyente se disponía a reunirse en Santa Fe, y Urquiza parte de Buenos Aires para asistir a sus sesiones. Tal es el momento elegido por las tropas porteñas para dar un golpe de estado el 11 de setiembre. Se reconstituye la disuelta legislatura y se elige gobernador de la provincia a Valentín Alsina, uno de los más característicos representantes de la ceguera unitaria y de la infatuación porteña.

Alsina promulga de inmediato una ley por la cual la provincia de Buenos Aires desconoce los actos de los diputados de Santa Fe. Al mismo tiempo retira a Urquiza el manejo de las Relaciones Exteriores, se da a sí misma el carácter de un Estado independiente y establece relaciones diplomáticas con todos los países del mundo. La burguesía comercial, apoyada en su puerto y en su aduana, en sus tropas de línea, regularmente pagadas, y en la simpatía de las potencias extranjeras, desafía la voluntad nacional y erige su propia soberanía. Queda inaugurado un nuevo período de sangrientas guerras civiles, que enfrentarán a Buenos Aires con todo el resto de la Confederación Argentina. Esta última establece su capital en la ciudad de Paraná. El Ejército recién creado se divide una vez más. Al lado de Buenos Aires la tropa facciosa del mitrismo y junto a Urquiza el resto del Ejército nacional. Las mejores figuras de las fuerzas armadas y los viejos soldados de las guerras de la independencia, rodearán a Urquiza, a quién también apoyaran Alberdi, Lucio V. Mansilla, el general Guido. Esta generación, conocida como la de los hombres del Paraná, reunirá lo mejor del Ejército argentino y de la inteligencia nacional.

EL EJERCITO FACCIOSO DE MITRE

El separatismo durará casi diez años, demarcando en la carta geográfica el problema pendiente desde la Revolución de Mayo. Así sobrevendrán Cepeda y Pavón. Los ejércitos de la Confederación Argentina, enfrentados a los ejércitos porteños, vencerán en Cepeda y llegarán hasta las puertas de Buenos Aires para firmar un pacto que la ciudad violará poco después. En la batalla de Pavón, Urquiza, después de arrollar con su caballería entrerriana a las tropas de Mitre, volverá a su caballo y se irá “al tranco” hacia el Palacio San José, abandonando la victoria en el campo de batalla y los derechos políticos de las provincias en manos de la oligarquía mitrista. Esta traición de Urquiza a los intereses nacionales, deja sin base al presidente de la Confederación Argentina, que ya lo era don Santiago Derqui.

Con el fin de buscar un arreglo, Derqui renuncia y entrega el gobierno al Vice-presidente, el general Pedernera. Pero los recursos para seguir la guerra, o los tenía Buenos Aires, o los tenía Urquiza; y este último ya había pactado con los porteños entregándoles el Interior a su libre arbitrio. Él se reservó la tranquilidad de sus estancias, sus cabezas de ganado y su provincia. Pedernera, totalmente paralizado, no tiene a su vez más remedio que renunciar. Declara en crisis los poderes nacionales. Dicho en otros términos, entrega el gobierno a la oligarquía porteña, la que después de un simulacro electoral elige Presidente de la Argentina al general Bartolomé Mitre, la más siniestra figura del ejército portuario. En 1862 comienza esta presidencia trágica, que habrá de singularizarse por la eliminación de los últimos gauchos y de los caudillos sobrevivientes de la vieja Argentina.

Para extirpar los focos nacionales de resistencia en el interior, y abrir el camino a las manufacturas inglesas, Mitre habrá de emplear la espada de varios oficiales uruguayos, pertenecientes al Partido Colorado de la Banda Oriental, y que constituirán sus principales elementos en el ejército argentino: Rivas, Sandes, Arredondo, Flores. Célebres degolladores, sobre todo Sandes, asesino del Chacho, y Venancio Flores, monstruo de crueldad en Cañada de Gómez. Mientras que junto a Urquiza habían estado los elementos federales del Ejército, del lado de Mitre estarían los uruguayos del partido Colorado, vale decir, la réplica montevideana del partido Unitario Porteño, y como éste cosmopolita, “civilizador” y comerciante.

Montevideo desempeñará en la Banda Oriental el mismo papel antinacional que Buenos Aires con respecto a las provincias argentinas. Cuando Urquiza abandona las banderas nacionales, todo el poder y los recursos de la Nación pasan a manos de Mitre y la burguesía porteña. El ejército se encuentra de hecho unificado bajo la dirección porteña; militan todavía en sus filas viejos oficiales aguerridos, formados en las luchas civiles, que enfrentarán al malón del salvaje, harán guardia en el fortín de fronteras, y observarán enmudecidos la acción de Mitre y sus oficiales orientales contra el pueblo inerme de las provincias. Se insinúan ya en el país las grandes líneas de un proceso que habrá de modificar profundamente su estructura económica, su composición nacional y sus partidos políticos. La burguesía comercial importadora representada por Mitre promueve la llegada de capitales extranjeros. Las líneas férreas se extienden por el Litoral, donde ha sido ya aniquilado el criollo, y que poblarán poco tiempo después los colonos de los países meridionales de Europa. El país se dispone a convertirse en la granja del mundo y a transformarse en su factoría agropecuaria.

Pero el crimen más atroz de la presidencia de Mitre se convertirá, por la extraña fecundidad de la historia, en el punto de partida para la recreación del Ejército argentino y de su ideología nacional. La guerra del Paraguay, determinada por la estrategia implacable de Gran Bretaña a través de su lugarteniente brasileño, no solamente habrá de diezmar los cuadros militares en el frente sino que provocará paradójicamente una revalorización de los problemas argentinos. La generación militar que volverá ensangrentada de

los esteros paraguayos, incubará en su espíritu la más absoluta condena del mitrismo y de la política antinacional de Buenos Aires.

EL EJERCITO ARGENTINO EN EL PARAGUAY

La leyenda del “tirano” López y de su dictadura en el Paraguay no resiste el menor análisis. El mariscal Francisco Solano López es una de las figuras más heroicas y notables de la historia militar de América Latina y del mundo entero. Ya llegará el día en que los profesores de historia de los colegios militares argentinos, expliquen a cadetes y oficiales las razones que llevaron a la oligarquía porteña, a la corte esclavista brasileña y a los comerciantes montevidianos a aplastar a la República de Paraguay. Alberdi, con su habitual clarividencia, calificó a la guerra del Paraguay como una guerra civil, es decir como una lucha fratricida, y no como una guerra internacional. Solamente la oligarquía porteña podía considerar a Paraguay una nación extranjera, esa misma oligarquía desinteresada del destino de las provincias altoperuanas, y que impuso la creación de una nueva “nación” en la Banda Oriental. Pero para las masas populares argentinas, vinculadas a la provincia paraguaya desde los orígenes más remotos de nuestra historia, la guerra contra los hermanos de Asunción constituyó un crimen imborrable.

El general Mitre debió emplear varias divisiones del ejército y gastar millones de pesos fuertes para sofocar las incesantes sublevaciones que sacudieron las provincias argentinas durante la guerra del Paraguay. Estos levantamientos incesantes se proponían derribar el gobierno mitrista y unirse con el Paraguay contra el Brasil. El general Felipe Varela se levantará en Salta y en nuestras provincias centrales para oponerse en su cruzada a la guerra del Paraguay; será el último de nuestros generales montoneros y esa condición le impedirá ser prócer en los libros de texto.

La guerra del Paraguay fue desencadenada por la invasión del Brasil a la Banda Oriental, viejo objetivo de la política lusitana. El Imperio brasileño buscaba climas templados y campos de pastoreo para los ganados de Río Grande, y la apertura del río Paraguay que ahogaba el tráfico del Matto Grosso. Pero la posición geográfica peculiar que relacionaba al Paraguay con Uruguay, hacía de este último lo que Alberdi la llave de comunicación con el mundo exterior del primero. Dueño el Brasil del Uruguay, Paraguay podría ser considerada una colonia brasileña. De ahí que Solano López considerara el ataque a la Banda Oriental como una amenaza inmediata para su propia soberanía.

El apoyo que Mitre dio desde el comienzo al Brasil, involucró a las provincias argentinas en esa guerra, pero es bueno señalar que en las circunstancias de 1865 Paraguay constituía un poderoso ejemplo para los ensangrentados pueblos argentinos del interior, y un camino a seguir para desembarazarse de la oligarquía portuaria. A raíz del aislamiento impuesto por el control del río Paraná ejercido por Buenos Aires desde 1810, Paraguay había logrado desarrollar una poderosa industria, levantar fundiciones de hierro, crear arsenales para el Ejército, construir barcos, organizar estancias ganaderas del Estado, instalar con sus propios recursos telégrafos y ferrocarriles, sin necesidad de acudir a los empréstitos extranjeros y de caer en manos del capital europeo. La oligarquía porteña temía que en cualquier momento se pudiera sellar una alianza entre el Paraguay y las provincias interiores para abatir los privilegios porteños. El aniquilamiento del Paraguay era el último paso exigido por los intereses de la oligarquía de Buenos Aires y del imperialismo británico que deseaba penetrar en el interior sudamericano. El órgano mitrista, “La Nación” acusaba a Solano López de “Atila de América” y de “tirano bárbaro”, pero no mencionaba el hecho de que los aliados de Mitre fundaban su poder en Río de Janeiro sobre la esclavitud y que la trata de negros

constituía el negocio más fructífero del mismo Imperio que pretendía llevar la “civilización” al Paraguay.

Los argentinos no querían ir a la guerra y los famosos regimientos de voluntarios destinados al abismo guaraní iban frecuentemente engrillados hasta el punto de concentración; también se improvisaban soldados con la población de los presidios; los brasileños, por su parte, compraban esclavos, los vestían de uniforme y los enviaban al frente. La guerra del Paraguay duró cinco años, desmintiendo a Mitre, que había profetizado la victoria en tres meses. Miles de jóvenes argentinos murieron en la selva, víctimas de una guerra fratricida y de la colosal ineptitud militar de Mitre, que obligó a reemplazarlo en el mando de los ejércitos de la Triple Alianza.

La presidencia de Mitre había concluido en 1868 en medio del desprestigio más espantoso. La sola pretensión de imponer un sucesor en la figura de Rufino de Elizalde, antiguo adulón de Rosas en Palermo y emparentado con diplomáticos brasileños, suscitó un movimiento general de indignación en todo el país. Al surgir la candidatura de Urquiza y de Alsina, el Ejército decide expresarse a través del general Lucio Mansilla, que lanza la candidatura de Sarmiento.

SARMIENTO Y AVELLANEDA

Sarmiento es un sanjuanino lleno de talento, aunque comprometido reiteradamente con la política porteña. Pero su carácter independiente, su voluntad de realizador, su ambición de progreso, permitirán a las provincias, bajo la presión del Ejército nacional retemplado en la fragua de su reciente infortunio, iniciar una contraofensiva contra la oligarquía porteña y barrer del escenario político al mitrismo. Esa nueva generación militar provinciana cavilará sobre los problemas argentinos en los vivacs del Paraguay aniquilado y encontrará en la personalidad de un joven teniente coronel llamado Julio Argentino Roca a su encarnación visible. Las primeras medidas de espíritu nacional que adopta Sarmiento provocan inmediatamente la resistencia de Buenos Aires. El sanjuanino nombra a un tucumano llamado Nicolás Avellaneda, ministro de Instrucción Pública. Este ministro notable se consagra a organizar en todo el territorio del país las escuelas que habrán de enseñar a leer y a escribir a miles de niños de las abandonadas provincias del interior y que darán al mismo tiempo medios de vida a centenares de maestros y maestras. Por primera vez los recursos del país son puestos al servicio del pueblo, Sarmiento fundará el Colegio Militar y la Escuela Naval, creando la carrera de las armas. La ciudad se indigna por estos gastos. Un amigo tucumano, José Posse, escribía a Sarmiento:

“Por más que busco los orígenes de la oposición que nace, no veo más que el porteñismo comprimido que se escapa por la primera rotura que le viene a la mano. ¡Un presidente provinciano es cosa escandalosa!... La Cuestión Capital es un cáncer que te ha dejado Mitre, cuyo remedio está en los arcanos de la providencia. Desde el principio he dicho que no la palabra sino el cañón ha de resolver la cuestión”.

El problema de la Capital, que se arrastraba desde la Revolución de Mayo y cuya solución veía proféticamente el amigo de Sarmiento, habría de resolverlo, precisamente, la misma generación militar que lo había llevado a la Presidencia, que sostendrá luego a Nicolás Avellaneda y que triunfará en 1880. El sucesor de Sarmiento será otro provinciano – Avellaneda- , que vence con el apoyo del interior y de Adolfo Alsina, caudillo popular de la campaña bonaerense. En la ciudad de Buenos Aires enfrenta Mitre a Nicolás Avellaneda. Este sólo contó al principio con once partidarios, según ha recordado Carlos Pellegrini, que era uno de ellos, el más eminente. Su indiscutible triunfo encolerizó al partido

mitrista, que consideraba una injuria insoportable admitir por segunda vez un Presidente de la Nación que no fuese nacido en la ciudad mercantil. De ese despecho nació la revolución de 1874, destinada a oponerse a la asunción del cargo por Avellaneda.

Algunas fuerzas militares porteñas encabezadas por el general uruguayo Arredondo, el viejo degollador de montoneros, se levantaron en esa asonada; Mitre desembarcó en el Tuyú con seis mil soldados, pero con seiscientos milicianos el comandante Arias lo derrotó en La Verde, obteniendo la rendición del célebre estratega. Por su parte, Sarmiento nombró a un joven coronel de relevante talento militar, llamado Julio A. Roca, para que enfrentase al veterano Arredondo en Santa Rosa. En una maniobra clásica, que sorprende y paraliza a su adversario, Roca lo captura junto con sus tropas; la batalla de Santa Rosa se estudia en las escuelas militares pero no sería inútil que también se estudiase la significación política de quien la ejecutó. Nicolás Avellaneda lo asciende al generalato sobre el campo de batalla.

Arias, un simple comandante y Roca, un coronel de treinta años, habían desechado la conspiración mitrista, y con ellos está todo el ejército. Esto cobrará mayor significación cuando se estudien las raíces históricas del roquismo. Recién nacido, el gobierno de Avellaneda, salvado por la eficacia militar de Roca, acentuará la orientación nacional tímidamente esbozada por Sarmiento. Inaugurará por primera vez desde muchos años atrás una legislación proteccionista, destinada a estimular el desarrollo de las industrias argentinas.

Poniendo fin al insensato librecambismo de la era mitrista, Nicolás Avellaneda, fiel representante del nacionalismo democrático de las provincias, alienta el desarrollo económico interno del país. Ese hecho bastaría para situar históricamente a su presidencia. Cuando ésta concluye habrá de plantearse el gran problema que constituía la pesadilla de todos los gobiernos argentinos desde el año 10: la federalización de la ciudad de Buenos Aires y la creación de una plataforma nacional de poder.

Como ya se había dicho, no serían las palabras, sino las armas las que resolverían el problema. El presidente de la Nación era un huésped de la ciudad de Buenos Aires, según la expresión sarcástica de Carlos Tejedor, proto-porteño y gobernador de la provincia. Los conflictos de jurisdicción eran incesantes y se resolvían siempre en detrimento de la autoridad nacional, que carecía de ciudad, de puerto, de rentas, y en consecuencia, de poder. La cuestión Capital se complicó con la renovación presidencial o, por mejor decir, esta última fue un pretexto para resolver aquella. Carlos Tejedor era candidato de los intereses porteños para la presidencia de la República; las provincias levantaron por su parte la candidatura del general Julio A. Roca, que regresaba como vencedor del desierto. Había expulsado a los indios que robaban ganado para venderlo en la frontera chilena. Así entregó a la soberanía argentina más de veinte mil leguas. La eficiencia militar del joven general no estaba puesta en duda, pero sus dotes políticas no harían sino asombrar con el tiempo. La polarización de las fuerzas y la significación política de ambas será tan diáfana como claro el problema que habrían de resolver los contendientes. Finalmente, se realizan las elecciones nacionales. Por una aplastante mayoría provinciana Roca gana la primera magistratura. Un diario porteño escribía:

“Avellaneda subió en 1874 a la presidencia de la Nación porque contó con el apoyo de Adolfo Alsina y su partido de gran influencia en Buenos Aires; pero Roca no tiene puntal alguno en esta provincia; se sostiene con los batallones de línea, compuestos por indios reclutados o enganchados, que a pesar de tener vencidos sus contratos no se les libera del servicio. Roca se empeña en gobernar a la República, olvidando que ésta no es gobernable si se carece de apoyo de Buenos Aires.”

ROCA COMO POLITICO Y MILITAR

Buenos Aires se consideraba un Estado dentro del Estado, como lo prueba esta asombrosa cita. Ejército de línea y barbarie provinciana eran una sola cosa para aquella ciudad históricamente asociada al comercio exterior, que había abandonado a su suerte al Ejército de los Andes, a la Banda Oriental, a las provincias altoperuanas y a la Confederación Argentina en los tiempos de Urquiza. Sin embargo, la hora había llegado. Tejedor se niega a reconocer su derrota y se lanza a la guerra. Sería la más sangrienta de nuestras luchas civiles: 3.000 muertos quedaron sobre los campos de batalla de Corrales, Barracas y Puente Alsina. El ejército argentino llevó 40.000 hombres de las provincias hacia Buenos Aires, rescató la ciudad y fundó en ella una Capital para todos los argentinos. El autor ha ensayado una interpretación de Roca y del roquismo que reproducirá a continuación:

“Julio Argentino Roca era un hombre procedente del norte criollo. Procedía de esa Argentina precapitalista que al vivir en su mayor parte bajo las condiciones de una economía natural, había conservado, como en un viejo arcón, el perfume del pasado, las tradiciones más hondas, el nacionalismo más profundo y la visión global de la patria, atmósfera formativa necesariamente extraña a la ciudad puerto, comercial y cosmopolita.

Hijo de un guerrero de la Independencia, desde niño aprendió el juego terrible de las armas y no leyó en libros las razones poderosas que levantaron durante setenta años a las provincias interiores contra la metrópoli. Muchacho de quince años, Roca arrastró en la batalla de Pavón un cañón para ponerlo a salvo y recibir su bautismo de fuego. Era nuestro antiguo ejército una formación irregular de soldados gauchos, paisanos de lanza, caballo y cuchillo, triple sistema técnico que constituyó la base de la guerra civil y que desapareció con el Remington, el ferrocarril y la inmigración. Nuestro soldado era un voluntario, arrancado a su majada y a su hogar por el caudillo provinciano, jefe rural de gran prestigio, que al asumir la defensa del suelo natal suscitaba la adhesión apasionada y viril de sus habitantes.

La desintegración de la economía artesanal por la invasión comercial inglesa planteada después de Caseros, congrega en el ejército, “nacional” desde el acuerdo de San Nicolás, a decenas de miles de hombres. Debe tenerse presente que la numerosa oficialidad de nuestras fuerzas armadas había nacido directamente de la improvisación de la lucha, de la intuición guerrera y del coraje.

Las vicisitudes internas del país habían impedido la organización sistemática de una enseñanza militar regular. Recién el provinciano Sarmiento creará la Escuela de Guerra; Roca, por medio de Ricchieri, echará las bases de una moderna institución castrense, cuyo origen montonero, es decir, popular, será su mejor heráldica.

EL ORIGEN POPULAR DEL EJERCITO ARGENTINO

¿Qué soldados formaban el ejército de Roca? Rivero Astengo, en su documentada biografía de Juárez Celman, nos ha mostrado la figura del General roquista Eduardo Racedo, tipo característico de un oficial de aquellos tiempos: “*Expresión genuina de su medio, ningún aire era mejor aire que el de su tierra, ningún arte comparable con el arte intuitivo del payador o del músico pampeano, ninguna elocuencia superior a la elocuencia de las proclamas con que los viejos caudillos sabían animar a sus huestes; ningún paisaje, en fin, superior en bellezas a los paisajes del suelo patrio... Racedo conocía, como pocos, los rincones todos del territorio nacional; ríos y montañas, caminos y desfiladeros, hombres y cosas. Era la encarnación del baqueano descrito por Sarmiento, y además, algo así como el resumen sintético de la historia militar de la Nación.*”

El ejercicio de las armas no era sólo una profesión obligada para el hidalgúelo de provincia, arrebatado por las peripecias patrias y la gloria al alcance de la mano, sino que la abogacía y el comercio, en las condiciones misérrimas del país anarquizado, debían dejarse generalmente para un núcleo muy reducido en el interior y para la gran ciudad del Plata. Así, en muchos momentos no hubo en la vieja Argentina otro medio de vivir que el oficio de morir, ni otra perspectiva que el generalato, duramente ganado en el combate al arma blanca.

Pero cuando desaparecen los ejércitos provinciales y se exterminan los caudillos más rebeldes, cuando después de Pavón y de Mitre aparecen Sarmiento y Avellaneda, el ejército se estaba haciendo nacional por primera vez, la oficialidad, aunque con sueldos irrisorios, cobraba sus haberes y los soldados enganchados encontraban en la estructura militar el primer apoyo estatal jamás conocido en el país.

El avance del ferrocarril destruía al mismo tiempo, no sólo las primitivas manufacturas locales, dejando sin profesión al artesano, sino que también aplastaba ese vasto sistema de comunicación apoyado en la carreta, abandonando a la desocupación y a la vagancia a miles de hombres que habían sustentado el sistema moribundo ¿Dónde ir, a qué partido adherirse, en qué dirección desplazarse? Esa multitud de tejedores, troperos, plateros, pastores, gauchos nómadas, talabarteros, boyeros y pequeños agricultores, es barrida por la industria europea y por la inmigración extranjera, que acapara las tierras fértiles del Litoral y expulsa al criollo: miles de ellos ingresarán al Ejército de línea, sostenido por el presupuesto del Estado y que no necesitará de muchos instructores para enseñar a esos soldados el manejo de las armas ni programa alguno para infundirles conciencia nacional. ¡Conciencia nacional les sobraba, la llevaban en las venas y en las cicatrices!

El artesano de las provincias mediterráneas producirá para su propio consumo o abandonará su oficio, retrogradando a la agricultura en pequeña escala; otros cuidarán algunas cabras, lo indispensable para subsistir. El gaucho más o menos errabundo del Litoral se hará soldado de frontera, cabo, sargento o policía, o morirá en los últimos encuentros con Santos Guallama o López Jordán. Si sobrevive, será peón de campo, de estancia o de chacra, al servicio de la gran compañía anónima (pues el patrón patriarcal ha desaparecido y sus hijos son accionistas de un emporio) o a las órdenes de un chacarero italiano, al que habrá enseñado probablemente el manejo de los útiles de labranza.

Toda esa masa desplazada se hará roquista, roquista será también la burguesía intelectual provinciana, esos doctores o pequeños terratenientes de San Luis, La Rioja o Tucumán, poseedores de campos chicos o grandes que no rinden nada, herencia remota del español que hendió la selva con su espada. No estamos en presencia del terrateniente o ganadero bonaerense, propietario de una fábrica de vacas para la exportación, a un paso del puerto y en conexión con el extranjero. Hablamos de esa nobleza provinciana que llevaba nombres viejos, cuyos antepasados tenían escudo de armas de Castilla o de Navarra, pero que eran apenas vecinos respetados, cuyos hijos tomaban los hábitos, que eran una dignidad para comer, o el doctorado en Córdoba, para conseguir pleitos de veinte pesos fuertes.

La burocracia provincial – un ministerio, una fiscalía- era la solución decorosa en un medio primitivo sin porvenir. Federal por tradición, liberal por su cultura y ambiciones, nacionalista porque estaba enterrada en el país hasta los huesos, esa burguesía provinciana contempló la división del país en dos bandos: el aborrecido mitrismo metropolitano y el roquismo – nacional, federal, progresista, provinciano. Y se hizo roquista. En el ejército ùnese ese mundo de desarraigados del antiguo orden social argentino, aportando

su conciencia nacional, su voluntad de una vida mejor, su heroísmo veterano. Con ese ejército venían los 40.000 hombres que reintegraron su capital histórica al país de Facundo.

En la composición política del roquismo deben incluirse también a aquellos estancieros medianos o grandes que producían para el mercado interno, desconectados de Europa, lo mismo que las poderosas corrientes populares del rosismo bonaerense, execradas por el unitarismo triunfante después de Caseros y que debieron refugiarse en el alsinismo para poder sobrevivir. Don Bernardo de Yrigoyen no será el único caso representativo, pues debe añadirse asimismo en ese sector, a esa población gaucha de las viejas estancias de Buenos Aires, para las cuales el rosismo había constituido un recurso defensivo: la organización moderna de las nuevas estancias ligadas férreamente al comercio de exportación destruirá todo vestigio de aquellos tiempos más libres del gauchaje. Las fuerzas aludidas compondrían la porción decisiva de aquel país que Roca conoció y encarnó en un momento de transición, un país semi- bárbaro pero auténtico, fiel a sí mismo, y autor de su historia, país que al desintegrarse el complejo de fuerzas cuya síntesis fue el roquismo, cambiaría a tal punto, que vendría a justificarse la expresión de Sarmiento sobre la “barbarie cosmopolita”. Porque la Argentina de Roca en 1880 sufría una evolución tan vertiginosa, que sus contemporáneos pudieron asistir estupefactos a la remodelación y el reemplazo de una estructura por otra, en menos de la edad de una generación⁵.”

EL ROQUISMO Y LA IGLESIA

La primera presidencia de Roca, joven general de 37 años de edad, se distinguirá por su voluntad de reconstruir el Estado nacional unificado por vez primera desde los orígenes de la nacionalidad, y modernizar su legislación. No sólo se fundarán más de seiscientas escuelas, cifra enorme para la época, sino que se instalará el Registro Civil, la escuela laica obligatoria y gratuita, la secularización de los cementerios. Todas estas medidas chocarán con el odio sordo de la derrotada burguesía portuaria, del partido mitrista y también con la hostilidad declarada del Partido Católico, que considera vulneradas las prerrogativas de la Iglesia. Roca conducirá el conflicto con el clero con notable habilidad. Lejos de suprimirlo mecánicamente por métodos administrativos o dictatoriales, deja que se desarrolle un gran debate.

Los católicos fundan un diario titulado “La Unión”, dirigido por José Manuel Estrada, y donde se ataca la política presidencial con virulencia. Monseñor Clara, obispo de Córdoba, publicó una pastoral desafiante contra el poder nacional y el nuncio apostólico, Monseñor Mattera, se solidarizó con la pastoral, mientras llamaba a la grey católica a desobedecer las órdenes del gobierno. Roca le dio un plazo de 24 horas para abandonar el territorio argentino. Luego de intensas discusiones, el Congreso Nacional aprobó las leyes renovadoras.

La política de la Iglesia Romana al oponerse a las reformas civiles indicadas por el progreso, reproducía en la Argentina la hostilidad hacia todos los movimientos nacionales de la historia, desde la Revolución Francesa y la Alemania bismarckiana hasta el proceso de unidad nacional italiana. La generación militar de Roca supo poner en su lugar los intereses temporales de la iglesia y adecuar la legislación argentina a las necesidades de su tiempo. Un acentuado realismo, esto es una política del Estado, caracteriza

⁵ Fragmento de “*Revolución y contrarrevolución en la Argentina*”, Tomo I, 3ª edic., Ed. Plus Ultra, Buenos Aires, 1965.

toda la acción de Roca y del Ejército de su tiempo, heredero de la fuerza sanmartiniana. Habían conquistado el desierto para ensanchar la soberanía territorial argentina, al mismo tiempo que federalizaban la Capital, recobrando un centro nacional de poder y establecían la Ley de Educación común para reafirmar la soberanía del Estado en la política de cultura.

Como muy bien ha observado Arturo Jauretche en su trabajo “Ejército y política”, en la impecable batalla de Santa Rosa Roca liquida el ejército de Rondeau, heredero de las incesantes camarillas porteñas a lo largo de setenta años de historia argentina. De ahí que en la historia política del Ejército argentino se dibujen dos figuras típicas y constantes que se relevan sistemáticamente según sean las relaciones de fuerzas en el país: el ejército de San Martín y el ejército de Rondeau, el de Mitre y el de Roca, la milicia facciosa y el Ejército del pueblo al servicio de la nación. Hasta la estrategia de la campaña del desierto permite comprender el sentido nacional del ejército roquista. Su diferencia de concepción con el plan de Adolfo Alsina, Ministro de Guerra y Marina de aquellos momentos, distinguirá al hombre del interior. Alsina, según es sabido, había concebido una campaña que consistía en la construcción de una serie de líneas y fortificaciones sucesivas, para ganar dos mil leguas al desierto. El criollo expulsado del litoral y muerto de hambre en las provincias interiores, refugiado en el ejército de línea, debería vivir una doble agonía en los fortines junto al salvaje, transformado en salvaje él mismo. El general Fotheringham, figura característica del viejo ejército, ha evocado en sus memorias la vida en los fortines:

“No era cuestión de un día o dos sin comer; de un mes o dos sin sueldo, de estaciones sin vestuario; de fatiga excesiva por un tiempo limitado. Era una “vida” de tarea de día y de noche; una vida de fatigas, de mala comida, de vestuario de invierno en verano y de verano en invierno por dos o tres años; en cuanto al pago de haberes ni se pensaba en ello, pues no se efectuaba, puede decirse nunca, y como la costumbre hace ley, esas pequeñas privaciones no se notaban. Era el estado natural fisiológico: un brusco cambio favorable, tal vez hubiera sido hasta pernicioso.”

El plan de Alsina era un plan bonaerense. Se dirigía a establecer la tranquilidad alrededor de la provincia de Buenos Aires. La muerte de Alsina se unió a la impracticabilidad de su plan. El general Roca, al ocupar el Ministerio de Guerra, llevó a cabo con un éxito fulminante la conquista del desierto. Su estrategia tenía un evidente sentido nacional: consistió en una gran operación ofensiva que arrojó a los indios más allá del Río Negro, destruyó sus tolderías y quebró para siempre su intercambio doloso con los comerciantes chilenos. Pero esa política militar de Roca no solamente obtuvo para el país 20.000 leguas, sino algo sin duda más importante: fue la liberación del soldado criollo, enterrado de por vida en el fortín de frontera, que la conquista del desierto reintegró a la civilización. Bastará recordar lo que dice Martín Fierro en su poema inmortal, para medir la importancia histórica de esa campaña.

EL EJÉRCITO EN LA REVOLUCION DEL 90

La adulteración maliciosa de la historia argentina incluye también la del Ejército. La oligarquía porteña, a pesar de las derrotas que ha sufrido desde la aparición de Roca e Yrigoyen en el proceso político nacional, conservó sin embargo el predominio intelectual en la formación de las nuevas generaciones desde Caseros.

La revolución del 90, que en otra oportunidad hemos calificado como “contrarrevolución”, por sus objetivos antagónicos con la del 80, forma parte de la impostura general. Debe ser mencionada aquí, pues constituye otro capítulo del ejército de

facción que reaparece periódicamente en nuestras disensiones civiles como reflejo de los intereses antinacionales.

El sucesor del general Roca en 1886 fue su concuñado Juárez Celman. Perteneían al mismo partido, el Autonomista Nacional, pero la poderosa irrupción del imperialismo en ese período que transformó en menos de una generación la sociedad argentina, envolvió su gobierno y lo arrastró en la marea de inversiones, créditos, concesiones y peculados característicos de la época. Téngase presente que Juárez Celman era un hombre de formación liberal y de espíritu progresista; como gobernador de Córdoba impulsó la economía de la provincia y su nombre está asociado al dique de San Roque, iniciativa condenada por el clero como obra del demonio.

Las leyes juaristas originaron una campaña de violenta oposición del partido católico que lo atacaba por liberal. Pero su insensato liberalismo económico, que lo llevó a sostener la desdichada tesis de que "el estado es mal administrador", facilitó la penetración imperialista y toda suerte de negociados con los especuladores nacionales y extranjeros. La debilidad de la burguesía nacional argentina, todavía en germen, hicieron del ilustrado y liberal estanciero cordobés Juárez la víctima elegida para pagar todas las culpas de la época. Figuraban entre sus proyectos la instalación de fábricas de locomotoras, la explotación minera, la creación de numerosas fábricas. Tuvo la funesta ilusión alberdiana de que abriendo las puertas indiscriminadamente al capital europeo, éste construiría en la Argentina la misma sociedad industrial y civilizada que había logrado el Viejo Mundo. Va de suyo que esta ilusión sería desmentida por los hechos: el capital europeo no venía al país a desarrollar el capitalismo nacional e impulsar las fuerzas productivas, reproduciendo en nuestra tierra el proceso industrial europeo, sino a someter a la Argentina como suplemento agrario de la industrializada Europa.

Las fábricas de locomotoras no se construyeron, como había esperado Juárez Celman; los ingleses prefirieron vendernos locomotoras hechas a cambio de nuestra producción agropecuaria.

EL NACIONALISMO LIBERAL DE ROCA

La política económica de Juárez Celman no contaba con la aprobación del General Roca. Cuando el presidente se decidió a vender a un consorcio extranjero las obras de Salubridad, de acuerdo a su conocido criterio de que el Estado es un "mal administrador" y que entregar a los capitales privados la conducción de los servicios públicos era una manera de estimular la radicación de capitales extranjeros y el progreso del país, Roca se encontraba viajando en Europa. En tal oportunidad escribió a un amigo en Buenos Aires una carta reveladora:

"Ese proyecto de venta de las obras de salubridad, escribía Roca, ha sido, también, desgraciado, y se ha arrojado a los opositores como buena presa para clavar sus dientes llenos de ponzoña. Yo aconsejé en contra, pero no me hicieron caso... Si a pesar de todo el proyecto se convierte en ley, será una ley contraria a los intereses públicos en el sentido de la mayoría de la opinión de la capital tan esquilada por las compañías de gas y otros servicios. A estar a las teorías de que los gobiernos no saben administrar, llegaríamos a la supresión de todo gobierno por inútil, y deberíamos poner la bandera de remate a la Aduana, al Correo, al teléfono, a los puertos, a las Oficinas de Rentas y a todo lo que constituye el ejercicio y deberes del poder."

Tal era el juicio de Roca, y con él el del Ejército fundado por San Martín que echara las bases, al preparar el ejército de los andes, de la industria metalúrgica argentina. Pero como al fin y al cabo Juárez Celman había sido elegido por las provincias con

el apoyo del partido roquista, Roca no hizo sino dejar establecida su opinión y esperar los acontecimientos.

La crisis cíclica del capitalismo que estalló en Gran Bretaña se evidenció por una suspensión radical de la corriente de empréstitos a la Argentina. Esta brusca interrupción de capitales ocasionó un “crack” en la Bolsa, donde se nutría todo género de negocios frecuentemente fantásticos y que existían tan sólo sobre el papel. La desaparición del “respaldo” que los empréstitos británicos ejercían sobre la especulación trajo como lógica consecuencia una caída súbita de todos los valores bursátiles y un alza vertical del valor de oro. El gobierno se encontró en serias dificultades para hacer frente a sus obligaciones; comenzó a imprimir billetes en forma desenfrenada, para encontrar numerario, pero esta medida llevó la inflación a un nivel escandaloso. Las fortunas de los agiotistas, jugadores de Bolsa y comerciantes y estancieros metidos a especuladores se desvanecieron tan rápidamente como se habían amasado.

La prensa porteña, asociada desde su origen al comercio de importación y a los intereses extranjeros- “La Nación” de 1870 es la misma que la de 1968- formó coro a las lamentaciones de los especuladores y enderezó la indignación de las parroquias céntricas contra el gobierno. Lo acusaba de ser el autor de todos los males y el responsable único de una catástrofe mundial. La oposición mitrista, los prohombres del partido católico, los elementos descontentos del partido autonomista y la inevitable tribu de “varones consulares” que la ciudad de Buenos Aires tiene siempre como reserva para lanzar en pelotón como jueces en las grandes crisis nacionales, se nuclearon rápidamente alrededor de Mitre. Este nombre bastaría al estudioso contemporáneo para ponerlo sobre alerta.

EL MOTIN DEL 90 Y LA ACTITUD DEL EJÉRCITO

La crisis europea del 90 se utilizó como plataforma para conspirar contra el gobierno de Juárez, en realidad, contra el gran partido autonomista cuyo inspirador era Roca, que se mantenía en segundo plano por los errores de Juárez Celman. La conspiración estalló el 26 de julio, su jefe militar era el General Manuel Campos, hombre de Mitre y su jefe civil era Leandro Alem. Su objetivo era derrocar a Juárez y ofrecer la persona de Mitre como candidato de “unión nacional”.

Es de importancia destacar que el General Campos, cabeza de la sublevación militar, era al mismo tiempo banquero. Accionista y director del Banco Nacional Inmobiliario, con un capital de cuarenta millones de pesos, Campos estaba estrechamente ligado a los especuladores y bolsistas perjudicados por la crisis. También era accionista del mismo Banco, el general Emilio Mitre. El jefe de la revolución del 90 tenía en consecuencia una triple relación con la familia Mitre: como militar, banquero y correligionario. A esto debe agregarse que los financistas del movimiento revolucionario se reclutaron entre los principales accionistas de los bancos y de la Aristocracia ganadera porteña: Ernesto Tornquist, Leonardo Pereira Iraola, Félix de Alzaga, Torcuato T. de Alvear, Carlos Zuberbühler, según lo ha demostrado el historiador Juan Pablo Oliver. A todo lo dicho es preciso agregar que así como el Ejército se mantuvo fiel al orden legal, la marina de guerra se adhirió a la revolución; no continuaba la tradición de Brown, en este caso, pero prefiguraba la actitud del Almirante Rojas. Y si se desea agregar el toque definitivo al cuadro, diremos que la opinión pública de Montevideo, que no se equivoca nunca cuando es preciso luchar contra los intereses nacionales del Plata, evidenció sus simpatías por la revolución de los banqueros y hasta se propuso fletar un barco para enviar hombres y armas.

Se levantaron contra el gobierno de Juárez unos pocos regimientos de la Capital Federal; el resto de la guarnición porteña sostuvo al gobierno. Y todo el Ejército Nacional en las provincias no movió un solo hombre. Eso sería suficiente para indicar que el golpe del 90 es una *revolución porteña*, aislada por completo de las aspiraciones del resto del país. Carlos Ibarguren en sus *Memorias*, así lo confirma. Después de tomada la Casa de Gobierno, dice, “*inmediatamente partirían tropas al interior del país y al litoral, para favorecer las revoluciones de las provincias.*”

¡El mitrismo al desnudo! ¡La Capital Libertadora! ¡Las provincias irredentas! Bien es sabido que todo concluyó en el mayor de los fracasos.

Juárez Celman renunció, aislado de su partido, por sus propios errores. Pero el Autonomismo roquista siguió en las palancas del poder a través de Carlos Pellegrini, que había salido días antes al frente de las tropas leales para aplastar la asonada porteña. Carlos D'Amico dirá luego: “Nadie siguió a la revolución, porque era mitrista.” El Ejército, como en el 80, permaneció firme al lado del gobierno y reprimió al grupo militar faccioso, que incurría una vez más en el viejo localismo porteño.

EJERCITO E INMIGRACION

A la Ley de Educación común, la complementará Roca en su segunda presidencia, y por medio de Ricchieri, con la Ley del Servicio Militar Obligatorio: con la práctica popular de las armas y la educación gratuita echa los cimientos de la democracia argentina. Con Roca desaparecerá el sistema de conchabo, de la leva forzosa, del voluntariado, democratizando la composición del Ejército y democratizando el acceso a la cultura. Esta función civilizadora del Ejército no la cumplirá solo: el roquismo militar tenía su gran aliado civil en el Partido Autonomista Nacional, centro de la generación del 80.

Pero la época de Roca era una época de transición, y el Ejército no podía sino reflejar esa transformación vertiginosa del fin de siglo. La Argentina de 1900 veía desaparecer a los guerreros antiguos. Desde la primera presidencia de Roca hasta la segunda han pasado veinte años. En este período ha ocurrido algo extraordinario, que ha revolucionado a la sociedad argentina: el proceso inmigratorio parece ahogar en un momento al núcleo criollo original. De acuerdo al primer censo nacional de 1869, el país contaba con 1.830.214 habitantes. En 1909, se calculaba la población argentina en 6.805.684 habitantes. De esa cifra eran extranjeros 2.531.853. Un ministro italiano llegó a hablar de la Argentina como de una “colonia italiana sin bandera”.

Pareció por un momento que el país perdería sus características propias y hasta su lengua, pues llegó a sostener la necesidad de legalizar un sistema bilingüe en la República Argentina. Esa masa inmensa de trabajadores inmigrantes penetró profundamente hasta los cimientos mismos de la sociedad argentina; pareció conquistar y fue conquistada, asimilada y fusionada totalmente por el joven país que ya tenía una vieja historia. El gigantismo de la economía agropecuaria, la penetración imperialista extranjera, la consolidación de la oligarquía terrateniente, los férreos lazos que el mercado mundial estableció con la Argentina, fueron otros tantos fenómenos que Roca comprendió al mismo tiempo que se producían y que indicaban el lento hundimiento de las bases originales de su poder político. El país de donde Roca procedía se estaba desvaneciendo, y aún no se sabía que rostro iría a adoptar la patria nueva que surgía. Pero no sería un mero accidente que el teórico y propulsor de la protección industrial en la Argentina, Carlos Pellegrini, fuera un hijo de inmigrantes italianos y compañero de Roca en la conducción del Autonomismo Nacional, así como el organizador del Ejército argentino moderno, el teniente general Pablo Ricchieri, fuera igualmente vástago de

inmigrantes. La fusión se realizaba obscura e irresistiblemente en beneficio del país. Pero ese singular proceso debió manifestarse también y sobre todo en la esfera de la política. Se estaba gestando de un modo invisible un nuevo movimiento político que tendía a absorber al criollaje antiguo de las provincias interiores, canalizado por el roquismo, y a los hijos argentinos de las caudalosas corrientes inmigratorias que aún no habían ingresado en la política. El Ejército argentino y su jefe más penetrante, no podían ignorar el sentido de esta revolución. Por esa razón Roca comprendió la significación de la aparición de Hipólito Yrigoyen en la vida nacional. Los roquistas de las provincias fueron haciéndose radicales, lo mismo que los argentinos nuevos del litoral, y cuando Roca sintió llegar la hora de su ocaso, le dijo un día al general Ricchieri que siguiera a Yrigoyen, la gran figura que se perfilaba en el horizonte político de la República. Este testimonio ha sido proporcionado por Ricardo Caballero en sus interesantes memorias.

Así fue como se produjo este traspaso sutil de poderes, y así fue cómo al abandonar Roca la escena política y asumir el gobierno un representante típico de la oligarquía pro-británica, el doctor Manuel Quintana, estallará la revolución radical de 1905, y ya habrá en ella militares radicales. El Ejército argentino verá en el radicalismo de Yrigoyen al gran movimiento nacional de sus días y numerosos militares se harán sus partidarios. Pero el Ejército profesional del nuevo siglo no actuará directamente en la política. Un gran sector del pueblo argentino organizado en partido, abrirá nuevos rumbos a la democracia representativa, al restablecimiento de la tradición latinoamericana, a la política ferroviaria, a la política cultural a través de la Reforma Universitaria. Durante todo un período será inmovible para el Ejército el precepto constitucional que establece que el Presidente de la Argentina, no sólo es el Jefe Supremo de la Nación, sino el Comandante en Jefe de sus Fuerzas Armadas. Así lo demostrará el general Dellepiane en 1919, cuando los sucesos desgraciados de la semana trágica.

De la huelga de la casa Vasena brotará la chispa para la huelga general revolucionaria; cuando Yrigoyen se resista a reprimir con mano de hierro la aventura de los anarquistas y el ministro Dellepiane asuma el control de la Capital, escuchará insinuaciones de la oligarquía aterrorizada y pérfida, que lo invitará a tomar el poder desplazando al gobernante popular. Dellepiane, representando al Ejército, rehusará escuchar esta invitación. Del roquismo al yrigoyenismo, la supremacía del poder civil sobre las fuerzas armadas no será sino la expresión jurídica de la identificación completa del Ejército con una política nacional.

YRIGOYEN Y LAS LUCHAS INTERNAS DEL EJÉRCITO

Hipólito Yrigoyen no sólo había heredado el criollaje provinciano del roquismo y el aluvión inmigratorio con los que elaboró su gran movimiento. Por sugestión de Roca, el teniente general Ricchieri estableció vinculaciones con el caudillo radical, cuando Roca decidió dar por terminada su vida política. Y así como el general Eduardo Racedo, hombre del roquismo había recogido, como gobernador roquista de Entre Ríos, el caudal político del viejo y heroico jordanismo federal, Yrigoyen asumiría la herencia roquista y jordanista de esa provincia, y de varias otras al extender su movimiento a toda la Nación.

Pero al mismo tiempo Yrigoyen trabajó muy de cerca en los medios militares. Gran parte de su tarea entre 1900 y 1912 consistió en adoctrinar y persuadir a jóvenes oficiales del Ejército sobre la significación radicalismo. Por esa razón el Ejército que presenció el asombroso triunfo yrigoyenista en 1916 estaba ya virtualmente ganado por las banderas del caudillo.

Pero es importante señalar que ni su primer gobierno ni mucho menos el segundo, eran invulnerables a la crítica. El período iniciado en 1916 se caracterizó por la gratitud expresada por Yrigoyen hacia aquellos oficiales que habían sacrificado sus carreras, padecido postergaciones en sus ascensos, o sufrido prisiones, por su participación en las revoluciones radicales de 1893 y 1905. Fueron numerosos los reconocimientos de antigüedades, los ascensos de militares en situación de retiro, las profusas pensiones y las violaciones en el orden de los méritos y de la antigüedad para otorgar mandos privilegiados y posiciones honrosas. Los ascensos y promociones eran frecuentemente realizados por virtudes o razones estrictamente políticas y violando las normas reglamentarias. A esto deben añadirse las medidas de índole política que debió adoptar Yrigoyen en su primer gobierno, destinadas a remover el viejo aparato del Estado oligárquico y las situaciones provinciales. Fueron enviadas a provincias veinte intervenciones federales, muchas unidades del Ejército, dice don Juan V. Orona, autor de un estudio sobre la revolución de setiembre y de quien tomamos estos datos, eran distraídas de sus funciones específicas y ocasionaron una instrucción militar deficiente a seis clases llamadas bajo bandera. Tales son los motivos visibles de cierto descontento en el Ejército que comienza a manifestarse alrededor de 1921. Sin embargo, las razones de fondo de esa inquietud deben buscarse en otras causas.

Los oficiales jóvenes de 1921 tenían ante su vista cinco años de gobierno radical. La heroica leyenda del movimiento penetrado de desinterés electoral había concluido. El radicalismo de las eternas conspiraciones ya era gobierno. Por escaso que fuera su ímpetu revolucionario, su sola presencia al frente del Estado conmovió la vieja estructura, al menos en sus estamentos más superficiales y en consecuencia más visibles. Si no hubo revolución verdadera, hubo al menos una revolución administrativa, y el desorden propio de las renovaciones. Tampoco es posible olvidar que el fundamento de clase del Ejército es la clase media penetrada del seudo moralismo que imparte la oligarquía desde sus diarios para el consumo ajeno; esa pequeña burguesía de uniforme, que por razones profesionales era educada dentro del orden más estricto, desde su cuartel veía a la Casa de Gobierno convertida en un comité y en una antesala de postulantes. Se enteraba de los peculados minúsculos de los nuevos burócratas y de los nuevos influyentes. Por el contrario, la oligarquía había mantenido un estado pequeño y una administración más o menos eficiente. No hacía pequeños negociados, sino tan grandes que no se veían, pues se fundaban en la situación semicolonial del país: sus personeros eran abogados de las compañías extranjeras que pleiteaban con éxito contra el Estado, como el presidente Quintana; o estancieros millonarios que no necesitaban robar si eran elegidos senadores. El radicalismo, en cambio, pobló la administración pública de toda clase de gente oscura, sin recursos ni relaciones fuera del comité, y al ser un movimiento tan vasto y complejo pululaban en sus filas los irremediables ventajeros, oportunistas y coimeros de todos los tiempos. Robaban en pequeño, como los inspectores municipales, y multiplicaban los escándalos. Para la moral oligárquica esto era inadmisibles pues la gentuza enguantada de los altos fondos de la riqueza pecuaria aborrece a los recién llegados. Esto les pasa siempre a los que llegaron anteayer. En el fondo les resultaba intolerable que el presidente Yrigoyen fuera neutralista, que rechazara las insinuaciones del embajador inglés cuando éste pretendió supervisar la nómina de los ministros del gabinete; que mejorara los sueldos de los obreros ferroviarios, despidiendo de mala manera a los directores de empresas extranjeras, que prohiciera la Reforma Universitaria iniciada en Córdoba en 1918 y que rompió las ventanas de un claustro sofocante y aristocrático a los tiempos nuevos; que abriera las puertas de la Casa de Gobierno a los pobres, a la chusma, a las viudas, a las maestras sin puesto, a los negros de provincia.

LOS JOVENES OFICIALES Y EL RADICALISMO

Por todo esto la oligarquía odió a Yrigoyen; por todo esto y por mucho más que no hizo, pero que prometió hacer. Y como la prensa argentina – es decir la prensa porteña internacional, la misma hojarasca venal que se renueva desde los tiempos de Rivadavia- cubriera a Yrigoyen de calumnias, de burlas y de lodo, pareció que “todo el país” había puesto en la picota al viejo caudillo. Nada era menos cierto, pero el clima ideológico y la moralina de los vendepatria así lo hacía suponer. Las bromas envenenadas contra el “Peludo”, su presunta ineptitud y su locura eran el comentario obligado del Buenos Aires “culto” de la época.

La oficialidad no tenía más remedio que leer los diarios y sentirse influida de algún modo por la “opinión pública” prevaleciente, sobre todo en Buenos Aires, ciudad portuaria especialista en crear reputaciones o deshacerlas. No obstante, la masa fundamental del Ejército permaneció indiferente a la calumniosa campaña. Sólo un reducido núcleo de oficiales se constituyó en Logia, llamada “Centro General San Martín” para presionar al Ministerio de Guerra, ganar las elecciones en el Círculo Militar y expandir su influencia. El principal inspirador de la Logia será el coronel Luis J. García y por su acción en el Círculo Militar se constituyó una comisión directiva adicta en las elecciones de 1921. Es curioso que entre los miembros de esta comisión figuraran el mayor Pedro Ramírez (Presidente provisional en 1943); teniente coronel Manuel A. Rodríguez (Ministro de Guerra del gobierno de Justo); Mayor Juan Pistarini (Ministro de Obras Públicas del gobierno de Perón); Mayor Benjamín Menéndez (jefe de la revolución militar de 1951); capitán Arturo Rawson (Presidente Provisional el 4 de junio de 1943); mayor Rodolfo Márquez (Ministro de Guerra en el gabinete del Presidente Ortiz en 1939).

Durante el gobierno de Yrigoyen la Logia se redujo a controlar las elecciones del Círculo Militar; al subir Alvear al poder, en cambio, solicitó al nuevo presidente que no delegara en ningún momento el mando en el vicepresidente, Elpidio González, hombre de Yrigoyen, y en segundo lugar, que no nombrara Ministro de Guerra al general Dellepiane, titular de ese cargo durante el gobierno anterior. Alvear accedió a estas significativas exigencias, que por otra parte consultaban sus propias opiniones. El nuevo presidente, aunque llegado al cargo por determinación exclusiva de Yrigoyen, se independizó políticamente de su jefe, y se rodeó del ala derecha conservadora del radicalismo. A esta corriente se la llamó “antipersonalista” (o sea, antiyrigoyenista) o también los “galeritas”, por su origen social más aristocrático que la chusma indocumentada del radicalismo yrigoyenista. Alrededor de Alvear se nuclean los sectores oligárquicos del ambiguo partido; y este fenómeno se refleja en el Ejército, con la aparición del Centro General San Martín y sus maniobras logistas. La logia impondrá ante el ánimo de Alvear la figura del General Justo como nuevo Ministro de Guerra, y con este nombramiento no solo quedará definido el Presidente, sino también la Logia misma.

Si el lector ha conservado el hilo de este relato, le sabrá a mieles ese hecho: poco antes de concluir el gobierno de Yrigoyen – en 1921- se cumplía el centenario del nacimiento de Mitre. La prensa antinacional batió los tambores de una apoteosis. Yrigoyen no dijo una sola palabra: su gobierno tampoco organizó ningún homenaje al hombre funesto. En tales circunstancias, el general Justo, Director del Colegio Militar, entre las aclamaciones de “La Nación” y del público oligárquico, sacó a la calle a los cadetes y les hizo rendir un homenaje a Mitre en la casona de la calle San Martín. General mitrista, militar faccioso, niño mimado de la oligarquía, Agustín P. Justo será el presidente fraudulento de la década infame.

EL GENERAL JUSTO Y SU LOGIA OLIGARQUICA

Del mismo modo que el antipersonalismo preparó sus fuerzas para librar la batalla de renovación presidencial de 1928 e impedir una nueva presidencia de Yrigoyen, la Logia inspirada por el general Justo, fortalecida por la posición de éste en el Ministerio de Guerra, ubicó sus principales hombres en los puestos claves del Ejército, en un movimiento concéntrico destinado al mismo propósito. Pero la resistencia de Alvear a intervenir la provincia de Buenos Aires, como lo exigían Leopoldo Melo y la oligarquía radical, para bloquear una nueva victoria de Yrigoyen, desanima a las huestes del General Justo en el Ejército y la Logia se disuelve poco antes de concluir la presidencia de Alvear. Sus integrantes serán acusados por la prensa radical en 1928, poco después de subir por segunda vez Yrigoyen al gobierno, de haber conspirado bajo el mando de Justo para impedir la toma del gobierno.

Resulta evidente que la mayoría del Ejército continuaba apoyando al régimen constitucional; sus hombres más representativos, como el General Dellepiane, el General Baldrich, el General Mosconi y otros, no se prestarán a las confusas maniobras de la logia justista, que recién mostrará su verdadero rostro durante la década infame de 1930-43. Es útil destacar que la acción del General Mosconi al frente de los yacimientos petroleros argentinos podrá ejercerse durante los gobiernos radicales. El 6 de setiembre de 1930 cortará su acción defensora del petróleo y su propia carrera. Cuando Yrigoyen asume el gobierno en 1928, a pesar de la amistad de Mosconi con Alvear, confirmará a aquel en su puesto técnico y lo apoyará en su vigorosa campaña de organización de la riqueza petrolera argentina. Pero el caudillo está muy viejo, su movimiento se desfibra y una devastadora crisis mundial lo arrastrará consigo como el representante de otra edad. La Argentina entra en el vórtice de la crisis en 1930 y ella entierra al radicalismo histórico. El Ejército no podrá escapar a esta profunda conmoción⁶.

1959

DE ROCA A ARAMBURU⁷

En las horas tenebrosas de la Guerra del Paraguay, el joven Roca leía a Tácito, junto al vivac. Soldados legendarios como Racedo construían el Ejército y alimentaban su tradición popular participando en los fogones donde Martín Fierro cantaba sus últimas coplas. Ese Ejército criollo nacido en las invasiones inglesas, endurecido o diezmado en las guerras de la Independencia y del Imperio, en las luchas civiles, en los bloqueos internacionales, en Cepeda, Pavón y los Corrales, ha desaparecido, tragado por el abismo de la historia. Un ayudante de Roca, el general Ricchieri, bajo la inspiración del notable tucumano, implantó hace medio siglo la Ley del Servicio Militar Obligatorio, pivote, junto con la enseñanza gratuita y laica, de la democratización de la vida argentina. Pero como el Ejército no puede sino reflejar la sociedad que lo nutre, forzoso es concluir que las fuerzas armadas han manifestado siempre en nuestro país no una ideología pura y simple, sino ante todo las influencias dimanantes de cada época. De aquel Ejército de Roca, que heredaba la tradición viva de los montoneros y de las legiones gauchescas, hemos venido a parar a un Ejército que admite en sus filas al general Luis Rodolfo González, el célebre disertante del Círculo Militar e interventor de la cadena de los diarios.

⁶ De *"Historia Política del Ejército"*, Ed. Peña Lillo, Bs. Aires, 1959.

⁷ publicado en la revista *"Política"*, primera época, Número 1, octubre de 1958

Bastaría esta mención para medir la dramática crisis ideológica de nuestro Ejército. La indiscutible influencia que los cuadros de oficiales ejercen todavía en la política argentina, aun en pleno “Estado de Derecho” justifica esta nota y obliga a remontar la mirada para esclarecer el origen del ejército argentino, que los epígonos del general González se empeñan en ocultar. La “tarea específica” y el carácter “democrático” de las fuerzas armadas disfrazan en nuestros países el designio imperialista y oligárquico de separar los medios de los fines, el fusil de la conciencia nacional, el pueblo del Ejército. A los “democráticos” se unen los “nacionalistas”. Estos últimos, impregnados de las ideologías apolilladas de Charles Maurras, del Vaticano y del Duce, económicamente industrialistas y políticamente reaccionarias, aspiran a un Ejército todopoderoso, elevado por encima de la sociedad: un jefe providencial es su necesaria consecuencia, y su espada, unida a la cruz de Roma, sería la suprema garantía de un Estado justo y jerarquizado. Allí abajo, en el verde valle medieval, el pueblo, beneficiario feliz de un régimen patriarcal al estilo de Oliveira Salazar o de Franco. Unos y otros no responden ya a los tiempos. El Ejército argentino no fue así en el pasado, y tampoco lo será en el porvenir. Se trata de dos formas especiales de confundir a los oficiales y al pueblo mismo sobre la historia de las fuerzas armadas y su programa, en una época decisiva donde se enfrentan poderosos grupos imperialistas y países semicoloniales que pugnan por liberarse de su yugo.

DE SAN MARTÍN A ROCA

El siglo XIX engendra el movimiento de las nacionalidades y San Martín viaja a América para contribuir a la fundación de un gran estado latinoamericano. La Logia Lautaro a la que perteneció, perseguía esos fines y no tenía el carácter reaccionario y proimperialista de las masonerías modernas. Del mismo modo, las fracciones políticas del Ejército que proponen la candidatura de Sarmiento a la presidencia, hastiadas de la carnicería mitrista en el Paraguay, si bien es cierto que eran liberales, no eran antinacionales, como afirman los clericales de nuestros días, porque no siempre ni en todas partes el liberalismo burgués marchó contra la corriente de la historia. Muy por el contrario, expresó las fuerzas del progreso, a semejanza del cristianismo, que después de haber sido un vasto movimiento de clases oprimidas, se transformó en un bastión del viejo orden y en el brazo espiritual de todos los opresores. La verdadera tradición del Ejército argentino es nacionalista, popular y democrática. Cuando el liberalismo se transforma en expresión política de la oligarquía, sobre todo a partir de la presidencia de Quintana, el liberalismo pierde su nacionalismo; y veinte años más tarde surge un nuevo nacionalismo antiliberal, impopular y antidemocrático, epifenómeno ideológico de los totalitarismos europeos. El divorcio entre nacionalismo y liberalismo influyó en el Ejército, puesto que se trataba de un fenómeno general, y los militares fueron “democráticos” a la manera del general González o “nacionalistas” a la manera de Uriburu, Lonardi o Bengoa.

EL EJÉRCITO EN TIEMPOS DE IRIGOYEN

Cuando la inmigración y la penetración imperialista hacen palidecer la estrella de Roca, la vieja sociedad argentina precapitalista intenta sobrevivirse políticamente en un nuevo movimiento, que también abrazaba los nuevos sectores de la nacionalidad en formación. El Ejército reflejará esa fusión. Si un General Levalle era bastante raro en el ochenta y tantos, un Ricchieri a principio de siglo indicará que los descendientes del inmigrante integran ya la reserva nacional por excelencia: los cuadros del Ejército. Era un hecho auspicioso, y un triunfo de la capacidad asimilativa de los argentinos frente a colectividades europeas renuentes a la integración con el joven país. Yrigoyen fue el símbolo político de ese proceso de mixturación. Y los oficiales que habían combatido a lanza en la Argentina de ayer, estudiaban balística con las becas que les daba Roca, a quien apoyaron cuando los trece ranchos provincianos marcharon sobre la soberanía de Buenos Aires para nacionalizarla de una vez y realizar la profecía de Alberdi: la Grande Argentina con Buenos Aires por Capital. Guerreros gauchos como Galaza,

que usaban bota de potro bajo los pantalones planchados, doblegaron a la oligarquía portuaria e hicieron de la gran ciudad un patrimonio común de los argentinos. Yrigoyen recibió ese Ejército, que era tanto una fuerza armada como el partido político de Roca; y el genio de este comprendió que su hora había llegado al entregar a Yrigoyen, por medio de Ricchieri, discretamente, la inmensa heredad del criollaje del Norte. Véase los recuerdos de Ricardo Caballero a este respecto. Yrigoyen era un caudillo civil; la edad de hierro quedaba atrás, pero debió manejarse, no obstante, con el ejército, que lo respaldó frente a las maniobras de la oligarquía despechada. Los oficiales, cadetes en los tiempos de Roca, enseñaron a los cadetes nuevos que el movimiento popular en el poder era constitucional, y debía respetarse. No había comandos paralelos en esos días. El presidente no sólo era el “Jefe Supremo de la Nación”, como lo establecía además de la Constitución una vieja tradición argentina, sino también el “Comandante en jefe de las Fuerzas Armadas.” Por eso Yrigoyen pudo gobernar durante dos presidencias, sin que el ejército lo traicionara. Y si el 6 de setiembre un general retirado lo volteó, no fue precisamente porque el general Dellepiane no supiera ni quisiera resistir – sobrados medios tenía para deshacer con un mano la farsa aristocrática- sino porque el yrigoyenismo como tal había irremisiblemente concluido para la historia.

LA GENERACIÓN MILITAR DE 1930

El nacionalismo popular de Yrigoyen había sido ahogado por la heterogeneidad social del movimiento que lo sustentaba, y por las vacilaciones del caudillo estanciero. La crisis mundial de 1929 le infligió el golpe de gracia. La prensa venal, vendida en su conjunto a las grandes fuerzas imperialistas, organizó el escándalo. La juventud militar que hace su carrera durante la década del 30 presencia el triunfo indisputado de la oligarquía más cínica y cerril. Un general, Agustín P. Justo, es la personificación de un Ejército “específico”, “apolítico” y “profesional”, que tolera y apoya las más grandes infamias antinacionales de que haya memoria en sus anales. Un ministro de Guerra, el general Rodríguez, llamado por solícitos exégetas el “hombre del deber”, crea la doctrina del carácter eminentemente profesional y aséptico de la carrera militar. Esa doctrina permite a la pandilla civilista y oligárquica vender sistemáticamente la soberanía económica de la Nación. Mientras todo esto ocurre, la oficialidad se recluye en sus cuarteles y se limita a observar el panorama nacional e internacional. En ese momento, las potencias fascistas, que se autodenominaban “naciones proletarias”, desarrollan la campaña preliminar a la segunda guerra imperialista. La circunstancia de que los ingleses eran los beneficiarios exclusivos del régimen oligárquico argentino, originó una corriente de simpatía de la nueva generación del Ejército hacia los adversarios de nuestros opresores directos. Esta simpatía se teñía con un nacionalismo vernáculo, rosista, hispanizante. No se trataba en verdad sino de una reacción puramente defensiva, puesto que la influencia de los totalitarismos europeos, aspirantes a opresores, se contradecía con el carácter argentino del nacionalismo popular necesario.

Era una variante de la colonización espiritual argentina en las filas del Ejército. Y como el radicalismo había caído en manos del antipersonalismo cipayo, encarnado por Alvear, los oficiales se convirtieron en los únicos nacionalistas de la República; FORJA estaba ahogada por la propaganda entreguista y “democrática”. Y el socialismo revolucionario, representante de los intereses históricos de la clase obrera y heredero del socialismo nacional planteado hacia medio siglo por Manuel Ugarte, estaba en pañales.

LOS HOMBRES DEL 4 DE JUNIO

En tales circunstancias, el grupo de coroneles que en 1930 eran capitanes – Perón, Silva, Sosa Molina, Lucero, González- asesta al viejo régimen tambaleante el golpe del 4 de junio de 1943. Sabían muy poco y estaban llenos de ideas confusas, pero lo poco que sabían lo llevaron a

cabo. Las ideas confusas- autoritarismo, clericalismo- quedaron en el camino, junto con los asesores nacionalistas que las propagaban. Lo otro ingresó para siempre en la política argentina. Era simplemente, la idea de la “industrialización de Estado” como parte de la práctica gubernamental. La segunda idea, movilización de la clase obrera, vendría a sostener la primera. Y esto ocurrió el 17 de octubre de 1945. El coronel que vio mejor y más lejos el poder intrínseco derivado de una asociación de las dos ideas, fue Juan Domingo Perón. Ese fue todo su secreto, pero había que tenerlo. No lo llevaba consigo desde su nacimiento como Júpiter a Minerva, pero supo descubrirlo en la marejada. Aquella generación militar nacionalista madurada entre el 30 y el 43, se hizo en su mayor parte, peronista. En su origen, el peronismo fue una alianza entre el Ejército y el Pueblo. Hacía mucho tiempo que esa formidable fusión se había perdido, y en un país semicolonial, cercado e indefenso, era la fórmula hasta que llegara el momento en que la clase obrera sustentara al partido socialista, revolucionario capaz de interpretarla y dirigirla.

Sin embargo, tan sólo doce años fueron suficientes para aniquilar a esa generación y a sus jefes. Las razones de ese hundimiento son múltiples, pero pueden reducirse a una sola: el peronismo llevó adelante una revolución incruenta en condiciones de prosperidad general; pero no podía funcionar en tiempos difíciles, a menos que llevara los confusos postulados de su doctrina más allá de los límites burgueses fijados por su jefe. Al no preparar al país políticamente para experimentar las nuevas tareas, al no plantear los fundamentos de una genuina ideología revolucionaria, Perón dejó en manos de la oposición todo el viejo arsenal oxidado de la “democracia”, así como había dejado en pie a la CADE y a las estancias, a los frigoríficos y al poder económico de la burguesía comercial. Se detuvo en la mitad del camino. Y el Ejército no supo qué hacer. Los mejores ideólogos que tenía Perón eran nacionalistas católicos, y el catolicismo era su programa, un programa antiguo y prestigioso, el metro de plata para todas las dificultades inexplicables. El conflicto con la Iglesia hizo del jefe militar un apóstata. Los oficiales descubrieron un día que ya no entendían nada; y cuando Perón advirtió que con la ayuda norteamericana podía extraer petróleo y zafarse de los ingleses; se hizo una coalición con respuestas para todos los participantes: a los militares la Fe y el Petróleo, y a los otros, a la ralea de Santander, las “libertades democráticas” y el paralelo 42. Los ingleses unieron a masones y clericales, a nacionalistas y contrabandistas y organizaron el 16 de setiembre. El Ejército cayó en la trampa, y ya no se repuso.

LONARDI, ARAMBURU, SOLANAS PACHECO

Como Lonardi se había levantado contra Perón, los peronistas que habían permanecido en el Ejército en silencio, no lo quisieron sostener cuando les pidió ayuda en la noche del 13 de noviembre. Aramburu, después de derribar a Lonardi, depuró el ejército de peronistas. No a todos, por supuesto, pues muchos de ellos quedan, pero arrinconados. Entre los que quedaron está Aramburu mismo, que ostenta su grado de general discernido en tiempos de Perón. Porque Aramburu pertenece, al fin y al cabo, a esa generación que sostuvo al régimen peronista y que contribuyó a modelarlo. Aramburu podría ser calificado como un peronista de extrema derecha, uno de tantos reaccionarios que cobijaba el gobierno de Perón y que le confería un carácter tan contradictorio. Cuando Rojas, prototipo de los que llevan el luto por Nelson con verdadera unción, clamaba desde el gobierno contra aquellos funcionarios subalternos que no se apresuraban “a desmontar la maquina totalitaria”, se estaba refiriendo precisamente a todo el dispositivo administrativo de la Argentina moderna, a ese Estado y a esa burguesía (nacionalismo pasivo) que representaban a su modo un dique de contención a la libre empresa y a las maniobras del imperialismo extranjero. Aramburu expresó en el gobierno ese poder moderador, una temerosa política burguesa sin obreros, sin sindicatos, repleta de concesiones a la oligarquía, pero no era la oligarquía misma, la que ya no podrá gobernar jamás este país. El

Ejército, después de Aramburu, ha quedado en estado de asamblea, completamente confundido, diezmado y a la defensiva. Tiene horror a la simple idea de un golpe de Estado, que le susurran las raleadas huestes gorilas. El gobierno de Frondizi reposa en esa confusión, y en ese desaliento encuentra su fuerza. La burguesía industrial, por medio del grupo Frigerio, intenta tranquilizar a los oficiales, y se hace devota. Ignora, a su turno, que los oficiales jóvenes no lo han sido nunca, y que la “política espiritual” de Frondizi los intranquiliza más que sus medidas temporales (petróleo, Dinie, etc.) impuestas por las circunstancias y también por la cobardía de los pequeños burgueses fubistas en la Casa de gobierno. El país necesita una ideología moderna; y el Ejército también, puesto que la “guerra es la continuación de la política, aunque por otros medios.” El ejército de un país semicolonial, situado en el extremo austral de un continente periférico, no puede permanecer ajeno al debate de los grandes problemas nacionales. Los acontecimientos mundiales del porvenir harán de América Latina el campo geográfico de la historia. La nueva generación militar, junto al pueblo del que ha salido, debe prepararse a contribuir a la segunda emancipación del continente. Tampoco debe olvidar que el proletariado argentino está llamado a dirigir esa campaña que inició hace más de un siglo José de San Martín. Nuevas ideas guiarán viejas tareas.

EL ÚLTIMO CONDOTTIERO⁸

El general Toranzo Montero ha coronado su carrera con un sublime adiós. Su carta a Fraga resulta reveladora. Todo el país, incluida la oficialidad, comprenderá ahora sin equívocos la personalidad y las ideas del Comandante en Jefe del Ejército que acabamos de perder.

La habitual reserva con que se han tratado las divergencias con los militares y entre los militares, ha impedido, hasta el pronunciamiento literario de este guerrero, que la opinión pública se impregnara de su generosa y audaz visión de los problemas argentinos. Pero nadie tiene hoy derecho a quejarse, nadie puede declararse ignorante acerca de quién es Toranzo Montero. Digamos, académicamente, que se trata de un perfecto contrarrevolucionario, de un reaccionario de los pies a la cabeza, de un típico ejemplar del militarismo sudamericano clásico, de esos pretores criollos que se han asimilado todos los valores “éticos” del capital extranjero y de su estilo cultural para emplear las armas contra su propio pueblo. En la India se los llamaba “cipayos”; aquí, el pueblo, que legisla el idioma vivo, los llama “gorilas”; Toranzo Montero se propuso, de acuerdo a los términos expuestos en su arenga escrita, “ubicar la fuerza armada.... En situación de Ejército de operaciones, capaz de rechazar a tiempo la ofensiva total desencadenada contra nuestras instituciones por la guerra revolucionaria, que el comunismo internacional ha logrado desatar en éste y otros países del mundo occidental”.

El comunismo, en este país, es un partido menos turbulento que Toranzo Montero, pero a semejanza de Toranzo Montero, si bien no participó en la realización física del golpe del 16 de setiembre de 1955, que derribó al gobierno popular de Perón, lo usufructuó. Si el ardor pasivo de nuestro heroico general fue retribuido con ascensos fulminantes y sustanciosas

⁸ Publicado en el semanario “Política”, número 5, 29 de marzo de 1961.

retroactividades, el Partido Comunista recibió numerosos sindicatos obreros; mediante la ayuda de la policía, ese partido los controló desde 1955 hasta que las elecciones gremiales dieron fin a un ilegítimo mandato.

¿De qué comunismo habla, en consecuencia, el general Toranzo Montero? En realidad se refiere a algo diferente; se refiere al espíritu revolucionario de las masas obreras, a la voluntad de emancipación nacional y social del pueblo, al odio general contra el imperialismo y sus agentes oligárquicos, estén o no de uniforme – a todo lo que el propio ejército conserva, aunque bien oculto por ahora- de las tradiciones montoneras y sanmartinianas. Toranzo Montero ha estado demasiado tiempo fuera de los cuadros (se trata de un conspirador profesional), para recordar que las montoneras que proveyeron hacia el final de las guerras civiles la mayor parte de los generales del viejo Ejército, no eran sino la manifestación argentina de la guerra revolucionaria. Pero si Toranzo Montero es un conocedor de los problemas de Argelia, ignora la historia de su país y de su propio ejército. Es una lástima que se la recordemos cuando ya no puede servirle para nada.

En otro párrafo de su misiva, el ex comandante en jefe afirma que procuró “apremiar al gobierno nacional... para que adoptara perentoriamente medidas tendientes a lograr el cambio definitivo de rumbo a su política integral”. ¿Y qué política quería cambiar Toranzo Montero?, cabe preguntarse. ¿Seguramente quería suprimir a Alsogaray, denunciar los contratos inconvenientes, recordar la plenitud de la soberanía en nuestra política exterior, afrontar a los grandes imperios, quebrar al parasitismo ganadero y terrateniente? No sueñe, cándido lector: Toranzo Montero ejercía esos “apremios ilegales” movido por otros designios. Lo que Toranzo Montero exigía era “detener de una vez por todas la infisión comunista en el gobierno, en la administración, en las universidades y en los gremios, con vista a impedir, en esta parte del continente americano, la conquista del más feroz imperialismo.”

Con la ruda franqueza del soldado, el ex comandante nos ha mostrado el fondo de su pensamiento. Resulta ahora que el gobierno no era todo lo anticomunista (léase antinacional, antiperonista) que debía ser. A semejanza de esos tristes reyezuelos africanos que cuando la “City” entra en guerra con algún potente rival se apresuran a “romper hostilidades” con el adversario de su opresor, Toranzo Montero ha planteado, mediante el respaldo circunstancial de un puñado de generales, una política pro occidental e imperialista que no corresponde al desenvolvimiento histórico argentino, a nuestra tradición militar ni a la voluntad de nuestro pueblo. Este servilismo ideológico no podía ser más deplorable y no podía arrastrar a un nivel más bajo el prestigio del Ejército nacido en la lucha contra el imperialismo inglés, en 1806. ¿Lo recuerda, general?

Toranzo Montero ha compendiado en un sólo párrafo, merced a un admirable esfuerzo, todo su programa. Esta proeza intelectual permite que lo veamos a plena luz, sin sufrir las disgresiones más o menos doctrinarias a las que se abandona dulcemente este ideólogo retirado. He aquí el párrafo en toda su belleza:

“Comprenderá que resulta inexplicable que nada se haya hecho por remediar todo lo señalado, por insistir acerca de la modificación de la Ley de Asociaciones Profesionales, por evitarle al país la vergüenza de la integración y entrega de la Central Obrera en medio de vítores a los delincuentes de la dictadura y al son de cánticos del régimen depuesto, por corregir la corrupción administrativa, sólo comparable a la de la tiranía depuesta, así como que no haya rectificado la torcida gestión internacional de público conocimiento que abre las compuertas al más crudo izquierdismo.”

Dicho en otros términos, Toranzo Montero proponía complicar el Ejército en un fraude contra la mayoría peronista de la clase obrera y retrotraer la actual posición frente a Cuba y América Latina a la infortunada política anterior. Toranzo Montero aparecía así ante los Estados Unidos como el último “condottiero” del continente, que cuida celosamente la estrategia del coloso del Norte. Pero esa política no podía prevalecer y no ha prevalecido. Nuestro arrojado general, que ganó sus ascensos sin batallas, ha perdido su fuerza sin librarlas. La ha perdido porque lo mismo que en el seno del gobierno, de las organizaciones sindicales y de los sectores económicos, también en el Ejército, conscientemente o no, se miden dos tendencias fundamentales: las fuerzas nacionales y las antinacionales. Pasiva o activamente, con claridad en los objetivos de la lucha o a pura “intuición de pensamiento”, como decía Don Hipólito, el país forcejea para salir adelante. El fundamento de esa lucha es la clase trabajadora. También podría serlo la oficialidad de la juventud militar que recobre la lucidez de su propia historia, y no se deje maniobrar por el generalato.

Toranzo Montero ha caído porque era un anacronismo; el fracaso de los acuerdos con Estados Unidos; la iniciación a pactar con el bloque capitalista europeo y el comercio con el Este; la necesidad del gobierno de buscar para su nueva política una opinión pública menos hostil; la ausencia de una política concreta de Perón y el fracaso de las quimeras insurreccionales; la devolución de la CGT, fruto de las circunstancias anteriores, y que obligará a los dirigentes peronistas a negociar con la Casa Rosada: tales son los hechos que determinaban la eliminación, más tarde o más temprano, de este experto en “guerra revolucionaria”. El imperialismo pierde su espadón. Se nos va el último “condottiero”.

SOCIALISMO Y EJÉRCITO EN LA SEMI-COLONIA

Dice el Evangelio que el número de tontos es infinito: y Lenin (citemos a Lenin, que siempre da prestigio) coincidía en cierto modo con ese aforismo, comentando que el socialismo solucionará los problemas fundamentales de la humanidad, pero no todos, porque aún en la sociedad socialista habrá lugar para los tontos.

Cubriéndose cautelosamente bajo estas dos autoridades, es que nos atrevemos, un poco tímidamente, a mencionar esta del Ejército. Como la ciudad de Buenos Aires engendra cipayos a mayor velocidad que nuestras ubérrimas vacas paren terneros en la infinita pampa, porque para eso nació como ciudad puerto, vuelta de espaldas al país, y donde los cipayos pululan como masa consumidora de productos de importación (sea nylon o ideologías) es lógico que la mayor parte de los temas difundidos entre los muchachos de “la izquierda” europeizante, sobre todo si es de cuño eslavo y cubre sus desnudeces teóricas con el pabellón “leninista”, se encuentra el de la interpretación del Ejército argentino. Nada suscita entre los neófitos más aversión que el planteamiento de una posición nueva: la observan como una aberración y la juzgan como una “revisión” del marxismo. ¡Qué destino el de Marx, el de Lenin, el de Trotsky y en general el de todos los maestros del socialismo! No los han enterrado sus adversarios de clase, sino sus seguidores ciegos. No por casualidad Marx exclamó un día amargamente que había sembrado dragones y cosechado pulgas.

La cuestión del Ejército argentino tiene sin embargo, la más alta importancia. Viene de muy lejos, desde los orígenes de la vieja izquierda europea en nuestro país, esa negativa a

considerar el Ejército como un fenómeno vivo, en evolución, contradictorio y sujeto a las luchas internas del pueblo argentino. Esto se explica:

Los fundadores de los movimientos socialista y comunista en la Argentina provenían, en su inmensa mayoría de países europeos, en especial del Imperio zarista, o de su dominio polaco, de los países eslavos atrasados en general y también del extinto imperio austro-húngaro, que oprimía a múltiples nacionalidades menores. La aplicación de las nociones socialistas, o del marxismo “en general” a la realidad argentina, era improcedente, desde luego, pero en lo relativo a la función del Ejército, estaba envuelta en la visión que traían los inmigrantes de sus lugares de origen. Para ellos el Ejército, en general y el argentino en particular, era similar a las castas prusianas, a las castas grandes rusas del zarismo (que hablaban francés entre el generalato, ahondando más aún el abismo entre ellas y el pueblo) y a las castas austro-húngaras, con los brillantes oficiales cubiertos de alamares y condecoraciones, lanzados de los salones con espejos al huracán de las represiones sangrientas.

Dicho de otro modo, asimilaban los ejércitos de los países opresores e imperiales a los ejércitos de los países dependientes o semicoloniales. Los inmigrantes de izquierda proyectaron esa visión de su pasado nacional a la óptica deformada de un país que apenas conocían y cuyo desarrollo histórico les era profundamente extraño. Hicieron escuela y las generaciones posteriores adoptaron ese criterio antimilitarista a secas, coincidiendo, cosa harto sospechosa, con la doctrina “antimilitarista” de “La Nación” y de “La Prensa”, de la United Press y de los partidos oligárquicos, que sólo admiten a los abogados y a los civiles como estadistas legítimos. Esta confusión de ideas e intereses se explicará si se juzga el problema diciendo que también el imperialismo anglo yanqui es antimilitarista, pero en América Latina, no en Estados Unidos, donde cuando les conviene hacen de un inepto general como Eisenhower héroe nacional y dos veces presidente. Para el imperialismo, alentar a la izquierda latinoamericana, “fubista” o “marxista” en un antimilitarismo abstracto, significa imbuirlo de su propio contenido, esto es, impedir al marxismo o a sus portavoces influir en las corrientes del Ejército, así como en el pasado argentino influyeron en él el partido federal, el alsinismo, el roquismo, el yrigoyenismo, el peronismo y el nacionalismo católico. Del mismo modo, el imperialismo no mira con malos ojos la propagación de la doctrina del “socialismo puro”, del “internacionalismo” vacío y de tendencias aquellas que prescinden de considerar en su programa las tareas nacionales de nuestra revolución democrática.

Persigue con esta actitud, a la cual sirven los grupos “marxistas puros”, separar a la clase obrera del resto de la población no proletaria, despojarla de su condición de caudillo natural de la Nación y someterla, por ese aislamiento, sea a la dirección de los jefes burgueses nacionales o a la acción reaccionaria del imperialismo y la oligarquía que pueden así imponer su voluntad al país y a la clase obrera simultáneamente.

El Ejército argentino puede jugar, como las restantes clases, un papel muy diverso. Se trata, en primer lugar, de una formación estatal armada, compuesta esencialmente de oficiales provenientes de la clase media, de ahí su heterogeneidad política, sus vacilaciones y sus reagrupamientos. Los estratos más altos del ejército han representado, y no solamente en nuestros días, la doble condición a que ha estado sometido el país en su conjunto: los intereses nacionales y los intereses de las potencias extranjeras. De ahí que hubo un ejército de Rondeau y uno de San Martín, un ejército montonero y otro del mitrismo porteño, un ejército contra la clase obrera en la semana trágica y otro con la clase obrera en las jornadas del 45.

La condición preliminar que define a un revolucionario es su aptitud para comprender la naturaleza de las fuerzas reales que desempeñan un papel en la sociedad argentina. Pero como el marxismo ha sido en nuestro país un artículo de importación, en muchos cerebros aún no ha

florecido con raíces propias. La esencia del pensamiento socialista es su poder crítico para repensar todo de nuevo y para extraer de la realidad nacional sus propias originalidades. Frente a los generales golpistas, gorilas y cipayos que se han empatotado desde 1955, no cabe sino una sola posición. Pero el Ejército en su conjunto refleja todas las tendencias de la sociedad argentina, no una sola.

Ya sabemos que el número de tontos es infinito, y que no se reclutan tan solo entre los izquierdistas del viejo estilo. Pero no nos interesan los tontos de otros campos, sino los de éste. Que recuerden, si esto no constituye un esfuerzo intelectual exagerado, que Lenin no vaciló en saludar la gesta de los “dekabristas”, oficiales zaristas jóvenes que subrayaron con su sangre su oposición al absolutismo. Se nos dirá que eran “dekabristas”, célebre palabra rusa, y no algo tan prosaico como “montonero” o “Perón”. Pero para Lenin, esa palabra no era extranjera sino propia, porque casualmente Lenin también era ruso, y Chernichevsky era para él algo tan cercano como para nosotros el apellido Gómez. Por eso, porque era un revolucionario, no temió ser él mismo en su país. No participó jamás del “occidentalismo” y del “europeísmo” de los reformistas mencheviques. Esa fue la causa de su triunfo.

1961

FRONDIZI Y EL EJÉRCITO

El diario “Democracia” ha tenido la gentileza de solicitar mi opinión política, económica y social. También el reportero me ha dicho que puedo expresarme con toda claridad, pues en el país existe “libertad de prensa”, lo que no ha dejado de asombrarme. No me cabe la menor duda de que esta libertad existe, si por ella se entiende la que poseen las empresas periodísticas comerciales para publicar lo que sus intereses les dictan y para silenciar lo que exigen los intereses del país. Los partidos cipayos en tiempos de Perón protestaban porque la “prensa” estaba dirigida y reclamaban, a su vez, que el gobierno peronista otorgara plena libertad a los capitalistas de la “opinión pública”, que eran en verdad voceros de la opinión privada. La Revolución Libertadora primero, y el gobierno del Dr. Frondizi después, procedieron como pedían los partidos entreguistas. Devolvieron a las empresas la libertad de publicar todo aquello que coincide con el imperialismo extranjero y de ahogar las noticias y las ideas que convienen al país y a la clase trabajadora. Libertad de “prensa” existe en la Argentina, de lo que carecemos es de prensa nacional. Pero si el diario “Democracia”, por cualquier motivo considera que un ciudadano independiente puede decir lo que piensa, no estoy dispuesto a dejar escapar esta rara ocasión.

No dispongo de tiempo ni, posiblemente, de espacio, para abrazar en estas breves declaraciones todo lo que puede decirse sobre la situación argentina. Me parece que su rasgo dominante es que mientras el mundo entero evoluciona hacia la izquierda, lo mismo que nuestras masas populares, los “factores de poder” en nuestro país lo hacen hacia la derecha. Este anacronismo es evidente y puede medirse por la impotencia de la burguesía nacional y del doctor Frondizi para realizar, aunque sea en mínima parte, su programa de “desarrollo” y una actitud independiente en materia de política exterior. Esta situación escandalosa se debe en primer lugar, al funesto papel que están jugando los mandos actuales de las fuerzas armadas en el manejo general de la conducción gubernamental. Lejos de reaccionar y enfrentarse a este poder extralegal, extrapopular y reaccionario, el Presidente de la República no ha hecho más

que retroceder sistemáticamente hasta hoy. Ya no queda ni sombra de poder real en sus manos, y si el programa del 23 de febrero, que era una adaptación y si el crítica para uso de la clase media del programa del peronismo se ha convertido en un espectro, el propio programa ulterior de “Estabilización y Desarrollo” no constituye a esta altura de las circunstancias más que un sarcasmo. Es posible que el imperialismo desee “estabilización”, pero resulta hartamente dudoso que esté dispuesto a apoyar un programa de progreso industrial en los sectores básicos. Este conformismo de Frondizi parecería ser el conformismo de la burguesía industrial y la demostración de sus ímpetus revolucionarios.

Los mandos que el Ejército ha heredado de la contrarrevolución septembrina se han arrogado la función de Fiscales de Occidente en esta tierra, y toda su acción parece consistir en marchar contra la corriente de la historia. Por su ideología y sus actitudes, los jefes superiores del Ejército recuerdan los tiempos del general Rodríguez, ministro de guerra de Justo, aquel presidente de la década infame que estableció el Estatuto Legal del Coloniaje. Es imposible vaticinar durante cuánto tiempo esos mandos prevalecerán en la conducción de las Fuerzas Armadas. Pero la historia marcha muy de prisa, aquí y en todo el mundo, y los generales deberían leer los diarios. A la eficacia del Pentágono norteamericano, que con sus servicios de inteligencia no ha hecho más que cometer errores en los últimos años y cubrirse de ridículo, no se le puede otorgar mucha confianza. Si la defensa de Occidente dependiera de esos estrategos, no hay duda que Occidente imperialista estaría definitivamente condenado, si no lo estuviese por causas mucho más profundas.

Toda la doctrina de nuestros generales se funda en un “anticomunismo” trasnochado que no resiste el menor análisis. Del imperialismo no hablan. Pero si se considera que los comunistas en la Argentina constituyen un puñado insignificante y reaccionario; que nadie ignora su alianza con Braden en 1945, su apoyo a la Revolución Libertadora y, más lejos, todavía, su oposición a Yrigoyen, podrá advertirse que nuestros generales pelean con molinos de viento.

Nuestra clase trabajadora sabe muy bien cuáles son sus amigos y cuáles sus enemigos. Los comunistas la han traicionado demasiadas veces como para olvidarlo. Cuando yo me refería a la “evolución hacia la izquierda”, daba por supuesto que no aludía al encuentro de los comunistas con el pueblo argentino. Mencionaba otra posibilidad muy distinta. La clase obrera busca una salida al bloqueo político que los reaccionarios del Ejército, de la oligarquía y del gobierno le han establecido. Una ideología de izquierda, nacional y revolucionaria, fundida con la clase trabajadora, podría ser, y lo será, una posibilidad para un reagrupamiento de las grandes masas populares que en tiempos no muy lejanos siguieron a Yrigoyen y luego a Perón. Nadie puede prever con certeza los ritmos de esta evolución necesaria.

La reciente proposición del Poder Ejecutivo de establecer el sistema de representación proporcional apunta a ese peligro para las clases dominantes. Se intenta dividir un gran movimiento popular, alentar las ambiciones electoralistas de los pequeños partidos, crear condiciones del cretinismo parlamentario, base para todas las combinaciones antinacionales y antipopulares, y convertir en una gran minoría impotente a cualquier movimiento mayoritario del presente o del futuro. Nunca podría un gobierno nacional moverse con las cámaras “proporcionalizadas” para obtener sanciones legislativas de fondo; atrapado por este sistema, todo gobierno popular debería pactar en los corrillos parlamentarios con los peores representantes de la oligarquía y del imperialismo. Esa proposición revela qué lejos han ido Frondizi y la UCRI de la posición de Yrigoyen. Resulta además lamentable que el doctor Tieffenberg, en nombre del socialismo argentino, haya apoyado la representación proporcional, tesis política de la reacción.

Por otra parte ninguna argucia leguleya podrá evitar que la Argentina soslaye el proceso de deshielo que recorre el planeta. Para nosotros, los argentinos, las decisiones del pueblo y de la clase obrera serán más decisivas que las fórmulas jurídicas circunstanciales impuestas por el gobierno que sucedió al golpe de setiembre. Cuando hablamos de una “izquierda nacional” queremos decir que la clase obrera criolla nacida del proceso industrial de las últimas décadas, necesita crear su partido político independiente del imperialismo, de la burguesía nacional y de la burocracia soviética. Sólo esa independencia de clase podrá calificarla para encabezar la lucha por la Revolución Nacional, que no se detendrá en los límites del país, sino que sólo alcanzará su corolario victorioso en toda América Latina. La unidad nacional de nuestros pueblos, concebida por San Martín y por Bolívar, desterrará para siempre el atraso, la barbarie agraria, la abyección indígena, la opresión imperialista y la colonización cultural. Seamos de nuevo “americanos del Sur”, como lo fueron los revolucionarios de Mayo, los montoneros de ayer y los soldados de los Andes. Dejemos que los conservadores gocen su efímera victoria de la “libre empresa”, que los radicales se olviden de Yrigoyen, que los comunistas piensen en Rusia antes que en la Argentina y pisoteen el marxismo, que los generales estudien la guerra contrarrevolucionaria en lugar de seguir el ejemplo de San Martín, libertador de negros y de pueblos, que practicaba la guerra revolucionaria; y que los teóricos de la burguesía “nacional”, como Frigerio, quieren salvar al país con la ayuda de su verdugo, el imperialismo y reconstruir su historia equiparando a Mitre con el Chacho, a Rivadavia con Roca y al general Justo con el general Perón.

Todo eso pasará. Pero el pueblo, base de la soberanía, tomará al fin su destino con sus propias manos.

1961

LA ARGENTINA EN PUNTA DEL ESTE⁹

1.- América Latina atraviesa diversos estadios de su desenvolvimiento. Cuenta con países en estado colonial (Puerto Rico); semi-coloniales (Centro América y otros semejantes), y países dependientes (Perú, Colombia, etc.). En cuanto a la Argentina, Brasil, México, Chile, la evolución industrial ha engendrado una burguesía nacional con mayor fuerza que la de aquellos Estados mencionados. Esto no significa que estos últimos sean países que gocen de la plenitud de su independencia política o económica. Significa tan sólo que están en mejores condiciones para resistir las exigencias monstruosas del imperialismo. Pues el carácter semicolonial de nuestro país reside precisamente en su aislamiento, similar en esto a los otros Estados hermanos, que forman las provincias de la gran nación latinoamericana que habrá de constituirse. La autodeterminación nacional, en nuestro caso, no reside, como en el imperio zarista o el austro-húngaro, en nuestro derecho a separarnos, sino en nuestro derecho a uniros. Sólo seremos nación si nos unimos a los 19 Estados latinoamericanos. Esto le resultará incomprensible al General Fraga, pero un general más importante, el general San Martín, así lo comprendió y por eso luchó. De todo lo dicho se desprende que la posición argentina en Punta del Este ha sido el resultado de que la burguesía nacional, representada por Frondizi, no ha querido plegarse al chantaje imperialista; demasiado débil para enfrentarlo abiertamente, ha suplantado el coraje por la hipocresía jurídica y en lugar de defender el derecho de Cuba a hacer la revolución, ha

⁹ Declaraciones publicadas en “Democracia”, en febrero de 1962.

preferido solidarizarse en palabras con los Estados Unidos y en la práctica con Cuba. Teniendo en cuenta la ambigua política exterior del Presidente y la tradición inglesa del doctor Càrcano, era lo mejor que podía ocurrir. Como Frondizi carece de fuerza para mantener a raya a los Estados Unidos, nombró canciller a Càrcano, que, como Quintana en 1889, termina por enfurecer a los yanquis con las sutilezas del derecho internacional. No hay como un diplomático probritánico para dialogar con los norteamericanos. A esto se reduce la potencia de fuego de la burguesía argentina en este momento. Pero, de todos modos, más vale Càrcano que Zavala Ortiz. Este último quiere la rendición incondicional del país. Lo lamentable es que el Ejército y las fuerzas armadas en general estén más de acuerdo con los traficantes de guerra del pentágono que con la dignidad nacional. Ya se preveía por otra parte, pues estos mandos sobrevivientes de la “revolución libertadora”, se han convertido en la expresión químicamente pura de los intereses imperialistas en el país. Estos generales y almirantes pertenecen al mismo género de los Vernengo Lima del 45, responden a la misma orientación antinacional y tendrán el mismo destino. En lugar de sostener al gobierno nacional prefieren sostener al gobierno norteamericano; en lugar de felicitar al Presidente por las migajas de soberanía que logró salvar en Punta del Este, lo jaquean; en lugar de estar con los países débiles, están con los explotadores del mundo. ¡ Que soldados han salido últimamente de ese ejército fundado por San Martín! Siempre están listos para servir de policía, para romper huelgas y para exigir sumisión a los dictados de Washington.

Cabe preguntarse si los altos mandos que deliberan perpetuamente representan realmente la opinión de la masa de la oficialidad. Pues una de dos: si la deliberación se ha establecido definitivamente en el Ejército, es preciso que sea realmente total y democrática; que todos los oficiales del país se reúnan y discutan los problemas políticos y económicos de la República y decidan por mayoría su criterio público. Esto sería muy interesante y dejaría precedentes. Pero si los generales gordos rehúsan llevar la discusión a los niveles inferiores de la oficialidad por “razones de disciplina”, pues entonces que dejen ellos mismos de discutir las decisiones de su Jefe Supremo, que según la Constitución que han jurado defender, es el comandante de todas las fuerzas armadas. Tiempo al tiempo. Los oficiales jóvenes se encargarán ellos mismos de sorprender a sus supuestos representantes políticos que llevan uniforme de generales.

He leído las opiniones de diversos partidos políticos sobre la Conferencia de Punta del Este. Los diputados oficialistas son lamentables. Se han vuelto mudos. Le tienen miedo a la palabra Cuba y se ahogan en un mar de vaguedades jurídicas. En cuanto a los radicales del pueblo, no tienen más remedio que seguir el funesto sino marcado por Braden. Si en 1945, junto a los comunistas, socialistas y conservadores pedían la intervención militar extranjera, contra la Argentina, ahora la piden contra Cuba. La “izquierda” – socialistas y comunistas- se pronuncian como siempre, en la misma orientación que los gorilas de las fuerzas armadas. Mientras Frondizi estaba en “clinch” con los Estados Unidos, la izquierda cipaya lo acusaba de entregarse al imperialismo, y el Ejército de entregarse al comunismo. Esta vieja coincidencia mide muy bien el carácter “nacional” de la izquierda cipaya.

2.- En cuanto al discurso del Presidente, despojémoslo de todos los elementos accesorios. Ni siquiera en la Europa capitalista la burguesía logró asumir enteramente el poder; debió compartirlo siempre con la aristocracia feudal o, como en Inglaterra, debió aceptar hasta la corona. ¡Qué diremos de la Argentina, donde la burguesía industrial es mucho más débil! Por eso Frondizi refleja la ambigüedad de las clases sobre las que se apoya: oligarquía ganadera, industriales, elementos del comercio importador. Acorralado por los mandos militares, no se atreve a llamar al pueblo a rodearlo para practicar una política de gran vuelo, dismantelar los bolsones contrarrevolucionarios del Ejército, imponer el sacrificio del “desarrollo” también a las

clases parasitarias y apretar las clavijas a los eternos chupasangres del país. ¿Cómo podría hacerlo? ¿Cómo puede defenderse de los gorilas si todo su elenco y toda su política carecen de coherencia? El discurso habla de los “conspiradores” con deliberada vaguedad. Pero no los nombra, no los destituye. Sin embargo, los tiene muy cerca. Es todo su gabinete militar. Y estos reaccionarios matamoros conocen un solo lenguaje: el del arresto.

EL EJERCITO Y LA REVOLUCION NACIONAL¹⁰

Los problemas teóricos de nuestra revolución comienzan a despertar la atención de la vieja izquierda, o para decirlo mejor, de aquellos jóvenes de los viejos partidos que se enfrentan a la nueva realidad. Se establece así una primera contradicción, muy explicable, por lo demás, entre los cauces anquilosados de las antiguas formaciones políticas en el Río de la Plata y las preguntas irreverentes de la nueva generación. Entre las cuestiones más resistidas y desfiguradas por la izquierda tradicional figura la de una política socialista frente al Ejército. Intentaremos con unas pocas observaciones situar el problema en sus verdaderos términos.

LAS FUENTES DEL ANTIMILITARISMO TRADICIONAL

El repertorio de ideas del socialismo rioplatense se nutrió, en sus orígenes, de la ideología importada por los artesanos europeos que constituyeron a principios de siglo la clase trabajadora. De origen socialistas unos y de ascendencia anarquista otros, todos coincidían en enjuiciar a nuestros países sudamericanos como simples provincias europeas. Había cierta lógica en esa óptica incorrecta, debemos admitirlo, pues el imperialismo había creado en los dos grandes puertos pequeñas sociedades que de un modo u otro reflejaban las características de la sociedad capitalista europea. Pero a espaldas de Montevideo estaban los hombres de a caballo y las legiones gauchescas de Saravia; y a espaldas de Buenos Aires morían de una muerte lenta los últimos recuerdos de las montoneras. La izquierda nació en las ciudades y nació sin historia. Su historia verdadera estaba, si estaba en algún lado, en Europa y sus ideas eran las ideas generales del socialismo nacida en los grandes centros del poder mundial. Si el imperialismo acopló a nuestros Estados como granjas y los unió medularmente a su Imperio, también la izquierda de comienzos de siglo no se proyectó desde el interior de nuestros pueblos a la conciencia política, sino que se inyectó desde afuera como una prolongación europea de la penetración imperialista.

Todo, entre nosotros, hablaba el lenguaje de las armas, pues si éramos, éramos por las armas; invasiones inglesas, revolución de 1810, abogados hechos generales, invasiones portuguesas, ejércitos artiguistas contra Buenos Aires y contra Portugal, disensiones civiles resueltas por la pólvora o la lanza. Guerra Grande o guerras chicas, todo había sido hecho por la milicia. Y ¿de dónde provenía, entonces, ese “antimilitarismo” tenaz de que haría gala más luego la izquierda rioplatense? Pues provenía de la tradición europea, no de la nuestra.

EL EJÉRCITO Y LA FORMACION DE LAS NACIONALIDADES

¹⁰ Publicado en la revista “Presente”, Montevideo, Número 1, abril de 1962.

En Europa, en efecto, el régimen capitalista, que para triunfar llevó la guerra desde Valmy hasta Austerlitz y llamó a los ciudadanos “a las armas”, se había consolidado y se había transfigurado en imperialismo. En el interior de sus fronteras, el poder civil de la burguesía había logrado subordinar al poder militar y lo usaba para las aventuras coloniales; en casos de guerra civil empleaba al ejército para ametrallar al pueblo (1870, la Comuna). La Nación se había realizado y sobre todo a partir de 1870 las principales naciones europeas presentaban al mundo el espectáculo de clases sociales perfectamente diferenciadas: Marx estudió el papel de la burguesía, la clase media y el proletariado en Inglaterra, no en Colombia. El papel desempeñado por el Ejército en el Viejo Mundo no dejaba lugar a duda alguna: era un ejército de clase, era el brazo armado de la burguesía. Sobre esa realidad europea, la socialdemocracia elaboró sus puntos de vista contra el militarismo. Pero de esa realidad no podía inferirse de ninguna manera que el movimiento obrero socialista renunciase a adoptar una política destinada a “ablandar” las fuerzas armadas en la lucha revolucionaria. Y como es simple suponer, el sector más revolucionario de la socialdemocracia, que estaba constituido por los socialistas rusos, encabezados por Lenin, demostró teórica y prácticamente que el socialismo no es una abstracción intelectual, sino un método viviente. Pues fue precisamente Lenin, durante el desarrollo de la revolución de 1905, quien advirtió la enorme importancia que el desarrollo de la revolución estaba ejerciendo en el ánimo de los oficiales y soldados del ejército zarista. En su libro “La Revolución Democrática y el Proletariado”, el genial dirigente señalaba que después de la insurrección del acorazado Potemkin, grandes sectores de la oficialidad zarista (formada en parte por la nobleza) vacilaban en su fidelidad al Zar, se amotinaban y se pasaban al campo revolucionario. Lenin consideraba ese hecho como un hecho fundamental para el destino de la revolución, pues no era un hombre que gastara frases hechas (aborrecía la fraseología “revolucionaria”) y enseñó durante toda su vida que la clase obrera y el pueblo no pueden por sí solos tomar el poder sin una profunda crisis en los órganos de coacción y sin que parte de estos se pronuncien por la revolución.

Y esto ocurría en la Rusia Imperial, en el seno de la autocracia, donde la oficialidad provenía de familias y generaciones de terratenientes, donde todavía subsistía la servidumbre y donde los privilegios de casta y de clase tenían un carácter monstruoso. Esto ocurría en el Ejército de un Imperio que oprimía a más de sesenta nacionalidades, no en países como los nuestros donde los generales son nietos de inmigrantes, hijos de almaceneros o sobrinos de empleados públicos

EL ANTIMILITARISMO SOCIALDEMOCRATA

Pero la tradición “socialista” que llegó a nuestros países no procedía de la Rusia prerrevolucionaria de Lenin, que era mirado por sus colegas de la Segunda Internacional como un energúmeno sin domicilio constituido, sino de los santones de la socialdemocracia alemana, inglesa o francesa, que se desempeñaban como Oposición de Su Majestad de la burguesía imperialista. Para estos “maestros”, el antimilitarismo servía en los días feriados: y en caso de guerra, se volvían social patriotas. Es así que Juan B. Justo en la Argentina practicaba un pacifismo en tiempos de paz y un belicismo en tiempos de guerra, pero al servicio del imperialismo inglés, entonces predominante. El “antimilitarismo” del socialismo rioplatense y de todas sus variantes “izquierdistas” posteriores se fundaban en la ignorancia del pasado nacional y, en el fondo, en la renuncia a luchar seriamente por el poder.

Pues, a decir verdad, la política proletaria no puede prescindir en países semicoloniales que deben realizar la unidad nacional, de tener una posición frente al Ejército. Muchas veces nos hemos referido a la diferencia funcional que existe entre el Ejército argelino y el Ejército

francés, para tomar el ejemplo más actual. Sin embargo, en el ejército argelino no actuaban como dirigentes jefes socialistas o marxistas; por el contrario, lo dirigían jefes de la burguesía nacional y lo apoyaban hasta jeques feudales. ¿Esa es una razón para que le neguemos nuestra simpatía? ¿Poseía el mismo significado el Ejército de la Bolivia semicolonial de 1943 con Villarroel o, antes aún, con Busch que el Ejército norteamericano “democrático” de Mac Arthur? No, no era lo mismo, al menos para un marxista. En el ejército boliviano se expresaba la desesperación, y la esperanza, todo a un tiempo, de la pequeña burguesía del altiplano frente a la opresión imperialista. Los mismos fraseadores que se pavonean hoy con el triunfo de la revolución cubana, como si hubiera sido cosa de ellos, eran los que calificaban de “nazi” a Busch o a Villarroel. ¡Y olvidemos piadosamente las cosas que dijeron Perón y del “fascismo militar argentino”!

A esta clase de “antimilitaristas” que pululan en los partidos de izquierda se les aplicará el verso de Fierro, que “olvidarse de algo también es tener memoria”. No ha faltado quien adujese, en relación con la revolución cubana, que “allí sí se había hecho lo que convenía, enfrentar al ejército y destruirlo.” No es este el lugar ni el momento más oportuno para examinar la revolución cubana; sólo diremos ahora que precisamente en Cuba la revolución no enfrentó un ejército, pues Cuba carecía de él. Lo que había en Cuba era una policía militar creada durante la ocupación norteamericana, una guardia pretoriana al servicio del imperialismo. Cuba no tenía Ejército, porque había sido durante cuatro siglos una colonia española; la tragedia se coronó cuando Martí se hizo matar por la independencia justo a tiempo para no ver a Estados Unidos reemplazando a España y la Enmienda Platt en lugar de las ordenanzas españolas. ¿Qué clase de ejército podía tener Cuba? ¿El del sargento Batista? Su fuga hizo desmoronar el aparato policial, que no estaba insertado como factor activo en la historia cubana, sino que por el contrario se había construido contra Cuba.

Pero lo que a nosotros los marxistas nos interesa en este problema es la especiosa utilización que de la revolución cubana se hace en nuestros pagos para confundir el sentido y la estrategia de nuestra propia revolución. ¡Es el destino habitual que sufren todas las revoluciones a manos de sus vividores!

EL EJERCITO SEMI-COLONIAL

Pues en lo que a nosotros respecta, no será ocioso recordar que el Ejército argentino está presente a lo largo de ciento cincuenta años de vida independiente. Está presente para bien y para mal, al servicio del país y en contra de él, ha sido mitrista y montonero, porteño y nacional, artiguista y antiartiguista (Ramírez y López), roquista y portuario, yrigoyenista y antiirigoyenista, peronista y antiperonista, librecambista y proteccionista, aliado al pueblo y convertido en policía militar, defensor del puerto y constructor de la unidad del Estado, exterminador de gauchos y conquistador del Desierto. Ha sido todo eso y quién sabe qué destino le aguarda aún.

Al aparecer las nuevas clases sociales en la Argentina, también el Ejército se ha integrado en ellas y sus oficiales, los mismos que ahora estudian a Marx para los cursos de guerra contrarrevolucionaria, no añoran a sus antepasados en las Cruzadas ni las baronías

brumosas de estirpe normanda¹¹. A lo sumo, recordarán en sus guarniciones al abuelo gringo que labró su chacra en el litoral o al padre bolichero que juntó peso sobre peso para costearle la carrera. Sus hermanos serán universitarios, burócratas o industriales. Son clase media, tan definida como puede serlo esta clase. Y en el panorama convulso del mundo actual, saben leer diarios como cualquier izquierdista porteño. Saben que la balanza de poder mundial se está inclinando irresistiblemente hacia el lado del socialismo y que la ideología del siglo es la del socialismo.

Corresponde al socialismo revolucionario que sea realmente latinoamericano y que no tenga compromisos con ningún centro exterior de poder; hablar a la oficialidad el lenguaje de los latinoamericanos. Nos corresponde, y así lo haremos, considerar al Ejército como una entidad que será desgarrada, como la sociedad entera, por el dilema contemporáneo y persuadir a sus mejores hombres que el partido proletario, al frente de la Nación latinoamericana, es el mejor guardián de las tradiciones nacionales, es la encarnación misma del heroísmo pasado, de la sangre vertida y la única garantía del porvenir.

Si en un país semicolonial dividido, como América Latina, el socialismo revolucionario no es capaz de arrastrar tras su bandera no sólo al proletariado, sino también a las clases medias urbanas y rurales, con todas sus profesiones, sectores y grupos, para asumir plenamente su soberanía, ese movimiento está condenado.

A los reaccionarios del Ejército les tocará la suerte de todos los reaccionarios. Pero a todos los demás, las puertas estarán abiertas para ese otro gran Ejército latinoamericano que habrá de realizar el programa inconcluso de San Martín, de Artigas y de Bolívar.

Estos tres nombres señalan al socialismo de este tiempo que en unos días no muy lejanos todos éramos americanos, todos estábamos armados y todos luchábamos bajo la misma bandera. Esa y no otra, es la verdadera actitud que un socialista revolucionario debe tener frente a las fuerzas armadas de una Nación fragmentada que no se pertenece a sí misma.

¹¹ Un ejemplo típico del hundimiento político del ejército argentino en el último período, lo ofrece el cambio de mandos que se produce después de la caída de Perón en 1955. La generación militar que lo acompañó diez años atrás fue barrida de los cuadros activos. La suplantó un núcleo de “reincorporados”, rápidamente ascendidos a partir de ese año, y que estaban hasta ese momento fuera del ejército por varias razones: oposición cipayea a la Revolución Nacional; incompetencia profesional; divergencias ideológicas de varios órdenes, unas de índole nacionalista reaccionaria, otras nacidas del mitrismo porteño siempre latente en un ala del ejército. El tono dominante de los mandos del ejército argentino desde 1955 hasta la fecha, está dado por el “occidentalismo” declarado, su adhesión irrestricta a los postulados internacionales del imperialismo, en particular del norteamericano, su aversión a la clase obrera, su ciego anticomunismo. Una clara manifestación de servilismo político de estos mandos que hoy dirigen el ejército argentino, lo demuestran los cursos de “guerra contrarrevolucionaria” que se dictan actualmente en todas las unidades del arma. Se trata de una combinación de las enseñanzas de la escuela colonialista francesa y de las doctrinas de la “subversión” nacidas en el cráneo de los estrategas del pentágono. Se han introducido en un terreno peligroso. Los oficiales jóvenes, por imperio de dichos cursos, están leyendo ciertas obras de Marx, Engels, Lenin y Mao-Tse Tung. Se enterarán, qué duda cabe, que el marxismo no es la fórmula de una conspiración insensata y diabólica, sino una concepción del mundo, una interpretación de la historia universal y lo que un jesuita llamaría la “idea terrena de la justicia”. La introducción de los textos marxistas en las filas del ejército por obra de los generales reaccionarios es la broma más cruel que la historia se complace en jugar a las fuerzas del pasado. La doctrina revolucionaria que San Martín puso en la base inicial de la milicia criolla, se ha transformado en manos del actual generalato en una doctrina contrarrevolucionaria. Las enseñanzas de la historia argentina y del marxismo operarán en las cabezas de la nueva generación militar. Ya tendrán oportunidad de enterarse los generales.

LOS PELIGROS DEL EMPIRISMO EN LA REVOLUCION LATINOAMERICANA¹²

El triunfo de la revolución cubana ha dado lugar a una considerable bibliografía. Sociólogos, periodistas, visitantes ocasionales (tanto de Cuba como de los problemas revolucionarios), interesados amigos y burgueses de izquierda no menos interesados han desfilarado por la espléndida isla, en las diversas etapas de su proceso.

A su regreso sintieron la íntima exigencia de escribir su “testimonio”. Pero sería un grave error juzgar a los maravillosos cubanos por los “cubanistas”. La revolución producida en Cuba tiene suficientes títulos para la historia como para impedir que pueda ser confundida por esa marea inevitable de “simpatizantes” que suscita toda victoria. La osadía de sus jefes, su indudable firmeza y la rapidez de su aprendizaje ya es un lugar común de la literatura política y está fuera de toda discusión. Pero acontece frecuentemente que, cuando se inaugura un nuevo punto de partida en la historia universal, las cabezas visibles de un gran proceso político son envueltas por la ola de encomios originada precisamente en aquellos que nada hicieron para el triunfo y que se convierten en los más celosos guardianes de la reputación y de la infabilidad de la revolución triunfante. En este sentido la revolución cubana parece seguir el mismo destino corrido por la revolución rusa, a saber, que sólo se legitiman dos posiciones: la del enemigo imperialista, que la cubre de infamia, o la del “amigo”, que al tiempo que la canoniza, declara sospechosos a aquellos revolucionarios para los cuales la revolución cubana es susceptible de análisis y para quienes sus incidencias internas, las fuerzas que en ella se debaten, son capitales para su destino. La revolución en Cuba ha roto las compuertas de una administración indiscriminada y de una especie de delirio “cubanista” en las izquierdas latinoamericanas que, sustancialmente sano en su origen, amenaza con paralizar el funcionamiento del pensamiento marxista en relación con tan importante problema. Y no sólo el pensamiento marxista, sino ante todo la acción revolucionaria que ese pensamiento guía.

Si la revolución cubana reviste una importancia tan singular, se debe ante todo al hecho de que con ella la revolución latinoamericana ha experimentado un gigantesco paso hacia adelante. Pues si Cuba fuese en realidad una isla, como afirman los geógrafos, su revolución aparecería notablemente disminuida en el campo de la historia mundial. Sería un puro falansterio insular, una criatura prodigiosa sin porvenir. Lo que proyecta a la revolución cubana al plano de las grandes perspectivas históricas es que Cuba es una provincia de la Nación Latinoamericana. Se nos permitirá añadir que salvo Fidel Castro, nadie hasta hoy ha expresado este punto de vista. Es preciso añadir que, por otra parte, la revolución latinoamericana es, a su vez, una etapa hacia el establecimiento de la sociedad socialista en este planeta. Los “cubanistas” que se han pronunciado en Latinoamérica sobre la revolución cubana, en particular, los stalinistas y los socialistas de “izquierda”, han evitado hasta hoy, como es tradicional en la izquierda cipaya, decir una sola palabra sobre el carácter latinoamericano de la revolución cubana. Ellos insularizan las revoluciones como el imperialismo balcanizó nuestros estados. Pero lo que podría pasarse en silencio tratándose de los “cubanistas” o de los “amigos de Cuba” es imposible que ocurra con el Che Guevara. La influencia que dimana del papel que ha jugado y juega en Cuba y el prestigio genuino de que goza por sus actos, vuelve imperiosa la

¹² Publicado en “Izquierda Nacional”, febrero de 1964, Número 4.

tarea de impedir que bajo su autoridad las ideas erróneas que expresa Guevara sobre algunos aspectos de la estrategia revolucionaria cubran el oportunismo o el aventurerismo de aquellos que si no hicieron la revolución cubana fue porque, casualmente, estaban ocupados en apoyar la contrarrevolución de 1955. Nos estamos refiriendo a las múltiples variantes de la izquierda cipaya de nuestro país, que han encontrado en Cuba un excelente pretexto para ocultar su oportunismo en la propia patria.

EL ORIGEN DE LA “EXCEPCIONALIDAD” DE LA REVOLUCION CUBANA

En un trabajo que publica “Monthly Review” (Octubre de 1963, edición argentina) Guevara expone sus ideas acerca de la experiencia que la revolución cubana puede prestar a la revolución en la América Latina. Resulta penoso comprobar que el tratamiento del tema es sensiblemente inferior al tema mismo, de suyo importante. Aunque Fidel Castro, en diversos discursos, se ha referido con particular énfasis al destino común de la revolución en Latinoamérica, Guevara no parece reparar en este ensayo sobre el carácter unitario – histórica y políticamente considerado- de nuestra revolución. Por el contrario, disuelve el gran problema estratégico de la revolución latinoamericana en la adopción de “fórmulas únicas” para realizar la revolución en cada uno de nuestros veinte Estados. Si bien es cierto que Guevara, al soslayar la existencia de una cuestión nacional latinoamericana incurre en un serio error, sus fórmulas de “medicina empírica”, para usar su infortunada expresión, agravan ese error y lo transforman en un trágico equívoco. Pues si la propia existencia de América Latina balcanizada en 20 Estados es la demostración más evidente de la acción imperialista inglesa primero y norteamericana más tarde, la provisión de “fórmulas” para tomar el poder en Panamá o en la Argentina, en Uruguay como en Venezuela, demuestra que ni en la esfera estratégica, ni en la esfera táctica, las ideas de Guevara están en orden. El hecho de que Guevara sea uno de los principales jefes de la revolución cubana duplica su responsabilidad, pero al mismo tiempo sus apreciaciones adquieren un valor público independiente que requiere la más clara y rápida respuesta.

Ridiculizando a algunos “excepcionalistas” que juzgan el triunfo de la revolución cubana como producto de condiciones sumamente especiales e irreproducibles en el resto América Latina, Guevara admite ciertas particularidades que gravitaron en Cuba. La primera de ellas, según Guevara, es *“esa fuerza telúrica llamada Fidel Castro Ruz, nombre que en pocos años ha alcanzado proyecciones históricas...”* Y agrega: *“¿Y cuáles son las circunstancias excepcionales que rodean la personalidad de Fidel Castro? Hay varias características en su vida y en sus compañeros y seguidores. Fidel es un hombre de tan grande personalidad que en cualquier movimiento en que participe debe llevar la conducción y así lo ha hecho en el curso de su carrera desde la vida estudiantil hasta el premierato de nuestra patria y de los pueblos oprimidos de América. Tiene las características de gran conductor que, sumadas a sus dotes personales de audacia, fuerza, valor y a su extraordinario afán de auscultar siempre la voluntad del pueblo, lo han llevado al lugar de honor y sacrificio que hoy ocupa. Pero tiene otras cualidades importantes, como son su capacidad para asimilar los conocimientos y las experiencias, para comprender todo el conjunto de una situación dada, sin perder de vista los detalles, su fe inmensa en el futuro y su amplitud de visión para prevenir los acontecimientos y anticiparse a los hechos, viendo siempre más lejos y mejor que sus compañeros.”*

De modo que, para Guevara, la particularidad primera de la revolución cubana sería la personalidad dominante de Fidel Castro. Explica esta personalidad... Por los datos de la personalidad misma. Si Guevara no hubiera proclamado su condición de marxista, esta tautología no dañaría más que la claridad de Guevara, pero como Guevara se confiesa marxista y es al mismo tiempo un dirigente de la gran revolución cubana, son las ideas marxistas las que resultan, en definitiva, lesionadas con esta pobre enunciación. Si Guevara nos hubiera dicho que después de 400 años de vida colonial – de la Cuba precolombina hasta la guerra

hispanoamericana y desde 1898 hasta la revolución de 1959- la isla se alzó a la historia del mundo personificando en Fidel Castro toda su indignación y todo su orgullo, en otras palabras, que Fidel Castro resume en su persona a su pueblo, no habría dicho sino la verdad. Ninguna personalidad puede explicarse por sí misma, salvo para la concepción idealista de la historia. El culto del héroe pertenece al irracionalismo romántico, se funda en Carlyle, Schopenhauer y Nietzsche, antes que en Marx. No dudamos que Guevara no tuvo el propósito de ir tan lejos en su elogio de Fidel Castro, puesto que planteado en esos términos, lejos de magnificarlo, lo disminuye, al sustraerlo al poder modelador de la historia que tan intensamente vivió. Puesto que el Fidel Castro que “Life”, Time” y Jules Dubois aclamaron cuando veían en él a un luchador por la libertad y un castigador de la tiranía, no era ya el mismo Fidel Castro que expropia la industria del azúcar y luego proclama la lucha por el socialismo. Tampoco Fidel Castro era un marxista en sus comienzos, ni era un fingido populista. En “El Capital” Marx había observado que el hombre, al actuar sobre el mundo exterior y modificarlo, modifica por ello mismo su propia naturaleza. Explicar a Fidel por sí mismo, y a su personalidad por sus virtudes intrínsecas, equivale a sustraerlo del proceso histórico, a establecer una hipertrofia del factor personal y, resueltamente, a transformarlo en producto sacro. Los peligros del irracionalismo filosófico están a la vista, pero más alarmantes resultan todavía los efectos del empirismo en la esfera de la estrategia y la táctica.

LA SEGUNDA EXCEPCIONALIDAD: EL IMPERIALISMO

Guevara afirma: *“La condición que podríamos calificar de excepción, es que el imperialismo norteamericano estaba desorientado y nunca pudo aquilatar los alcances verdaderos de la Revolución Cubana.... ¿Qué golpe más inteligente y más hábil que quitar el dictadorzuelo inservible y poner en su lugar a los nuevos muchachos que podrían en su día, servir altamente a los intereses del imperialismo?”*

En efecto, ciertos sectores del imperialismo, sobre todo las corporaciones exportadoras y el capital bancario, simpatizaban abiertamente con los guerrilleros de Sierra Maestra y el gran periodismo amarillo de Estados Unidos lo elevó al pináculo de la fama mundial. Era justamente el período en que los revolucionarios del mundo entero, nosotros entre ellos, poco crédito hacían a Fidel Castro. Eran “fidelistas” en la Argentina todos los partidos y personalidades de la Revolución Libertadora, los hombres y mujeres de la oligarquía, en suma, los enemigos jurados de la clase obrera y de los intereses nacionales, los lacayos tradicionales del imperialismo. Ellos veían en Fidel una especie de Almirante Rojas. El imperialismo yanqui observaba con inquietud el quebrantamiento del régimen de Batista, y la creciente peligrosidad de su antigua servidumbre. La corrupción que el propio imperialismo había instalado en Cuba, se volvía contra la estabilidad de una sociedad colonial en disolución. Fidel Castro apareció ante el imperialismo como una posibilidad de regenerar la superficie de la dominación imperial, de “parlamentizar” el status de la factoría. Pero como lo demostraron los acontecimientos, el dominio del imperialismo sobre Cuba tocaba a su fin. No bastaban las armas de Fidel para triunfar; se había hecho impostergable el apoyo de los campesinos expropiados para proseguir la lucha. La lógica interna de las guerrillas desbordó todos los planes del imperialismo y los esquemas populistas revolucionarios de Fidel: la revolución agraria en marcha y sus diversas etapas no sólo fueron modificando las relaciones de Fidel con el imperialismo, sino también su ideología. Reemplazó las ideas a medida que la revolución se profundizaba; la revolución amplió su dimensión a su vez por el cambio de Fidel. Así pudo decir el general Eisenhower que “era un traidor”, es decir, que había defraudado las esperanzas del imperialismo. Del mismo modo, los revolucionarios cubanos se elevaron desde una concepción liberal populista de la revolución contra la tiranía hasta la ideología socialista. En eso consistió la singularidad de su grandeza.

A lo dicho cabría añadir que Guevara se refiere en el mismo trabajo a que *“la burguesía nacional, acogotada por el imperialismo y por la tiranía... viera con simpatía que estos jóvenes rebeldes de la montaña castigaran al brazo del imperialismo, que era el ejército mercenario.”* En realidad, en Cuba no había “burguesía nacional”; actuaba una burguesía comercial importadora, cuya vinculación con el imperialismo era la razón de su existencia y que participaba de las ilusiones del imperialismo con relación a Fidel, todo lo cual está narrado con mucho detalle en el libro de Jules Dubois, “Fidel Castro”, escrito cuando Dubois era amigo de la revolución cubana.

No tenemos motivo alguno para rechazar esta “excepcionalidad” de la revolución cubana, que apunta Guevara. Por el contrario, creemos que se trata de una particularidad tan profunda, tan original, que difícilmente pueda encontrarse un paralelo en la historia de las revoluciones contemporáneas, ni siquiera en la historia de las antiguas. También coincidimos con Guevara en que difícilmente el imperialismo pueda engañarse otra vez en América Latina, como le ocurrió en Cuba. Pero prescindiendo de la sagacidad del imperialismo, importa mucho que los revolucionarios de América Latina no se engañen en cuanto se refiere a sus propias perspectivas estratégicas. Pues provienen del Che Guevara, precisamente, en el curso del trabajo que estamos analizando, las mayores confusiones concebibles en torno a nuestros problemas.

BALCANIZACION Y MONOCULTIVO

Sorprende que Guevara emplee el vocablo “América” sin aditamentos. Ya sabemos que hay dos Américas. Pero más asombra que al mencionar la segregación de Panamá se refiera a ella como la expresión de la “lucha interimperialista” entre “los grandes consorcios monopolistas del mundo”. En esta observación incidental, por lo demás, aparece bien claro que Guevara ha carecido de tiempo para reflexionar sobre el rasgo fundamental de la historia política del continente, es decir, sobre la fragmentación de la nación latinoamericana. En 1903 la transformación de la provincia norteña de Colombia en “República de Panamá” no fue la expresión de la “lucha interimperialista”, sino de la lucha entre el Senado de Colombia, que se negaba a entregar a Estados Unidos una faja de soberanía colombiana para construir el Canal y el gobierno de Washington. Esto se llama “balcanización”, como lo fue la disociación de los viejos virreinos, la creación de la República del Uruguay en el Río de la Plata por el Imperio Británico o la ruina de la República de Centroamérica creada por Morazán.

La balcanización no surge por el monocultivo, sino el monocultivo por la balcanización. La cuestión nacional latinoamericana irresuelta es la base política de la deformación unilateral de nuestras economías estadales. Guevara rechaza, como es natural, las monstruosas manifestaciones económicas de nuestra subordinación; pero parece desconocer su origen histórico y político, por lo que recae, sin proponérselo, en el “antiimperialismo estadal” de nuestros stalinistas e izquierdistas cipayos. La lucha por la unidad nacional de nuestros pueblos latinoamericanos, que proceden de una misma historia, viven en contigüidad territorial, hablan una misma lengua y se alimentan de una misma tradición cultural, es el eje de la revolución de América Latina. Hasta el presente, el destacamento avanzado de esa revolución es el pueblo de Cuba. Guevara no debe olvidarlo.

MEDICINA EMPIRICA Y LUCHA ARMADA

Los aspectos más peligrosos del ensayo de Guevara se refieren, sin embargo, al papel de “consejero revolucionario” que espontáneamente se arroga en los asuntos de la Revolución latinoamericana. Nuestra cálida simpatía por la revolución cubana y sus hombres, no obstante, se funda en nuestra condición de revolucionarios. Por esa razón no podemos permitirnos la menor condescendencia con las ligerezas en que incurre Guevara al abordar estos problemas.

“Aplicamos algunas fórmulas, dice, que ya otras veces hemos dado como descubrimientos de nuestra medicina empírica para los grandes males de nuestra querida América Latina; medicina empírica que, rápidamente se enmarcó dentro de las explicaciones de la verdad científica”. ¿Cuáles serán estas “fórmulas”, no “científicas”, pero útiles, que Guevara “ha descubierto” y que ahora se dispone a recomendarnos?

Son muy simples. Las “condiciones objetivas” para la revolución, lo sabemos, “están dadas”: colonialismo, miseria, degradación biológica del pueblo, etc.”*Faltaron en América condiciones subjetivas de las cuales una de las más importantes es la conciencia de la posibilidad de la victoria por la vía violenta frente a los poderes imperialistas y sus aliados internos. Estas condiciones se crean mediante la lucha armada, que va haciendo más clara la necesidad del cambio... y de la derrota del ejército por las fuerzas populares y su posterior aniquilamiento.*” Para aclarar mejor su pensamiento, Guevara añade:”*Apuntado ya que las condiciones se completan mediante el ejercicio de la lucha armada, tenemos que explicar que el escenario una vez más de esa lucha, es el campo y que, desde el campo, un ejército campesino que persiga los grandes objetivos por los que debe luchar el campesino (el primero de los cuales es al justa distribución de la tierra) tomará las ciudades.*” El lector podrá pensar que Guevara establecerá ciertas diferencias en la medicación para los miembros de una familia, como lo harían hasta los curanderos. Pero la medicina empírica, cuyos descubrimientos nos ofrece Guevara, no distingue matices. Nuestro autor habla de “América” (suponemos que se refiere a América Latina) y extiende su receta a todo el continente. Advierte, sin embargo, que *“un campesino argentino no tiene la misma mentalidad que un campesino comunal del Perú, Bolivia o Ecuador, pero el hambre de tierra, permanentemente presente en los campesinos, da la tónica general de América y, como en general, están más explotados aún, de lo que habían sido en Cuba, aumentan las posibilidades de que esta clase se levante en armas.”*

Es evidente que como guerrillero práctico Guevara ha resultado ser más eficaz que como teórico de la revolución. La “teoría” de la revolución latinoamericana reposa sobre el conocimiento de la realidad de América Latina. Guevara, que es médico (no empírico) no acudiría para operar después de un combate a los consejos de un chapucero, por más empírico que fuese. Es más probable que recordase sus clases de anatomía y de técnica quirúrgica. Y habría procedido correctamente, pues estaría en juego la vida de un combatiente. La vida y la existencia de millones de latinoamericanos se pondrán en juego cuando la revolución en este continente alcance su punto crítico. No podemos permitirnos improvisaciones al respecto. ¿Cómo ha podido concebir Guevara la idea singular de que en América Latina han faltado alguna vez las “condiciones subjetivas”, es decir la decisión personal, la audacia, la fe en la victoria, el desprecio del enemigo? Son precisamente las “condiciones subjetivas” las que han sobrado y costado ríos de sangre en Latinoamérica. Túpac Amaru, ¿no era expresión de “condiciones subjetivas”? ¿Y Sandino, en Nicaragua, carecía de “condiciones subjetivas”? ¿Y los obreros y marinos de El Callao que se levantaron en 1948, estaban huérfanos de “condiciones subjetivas”? ¡Toda la historia del siglo XX en América Latina es la historia de los motines, levantamientos y luchas más audaces! No, compañero Guevara, en nuestro continente no han faltado “condiciones subjetivas”, han sobrado. Lo que han faltado, por cierto, son las otras, las “condiciones objetivas”, las que tuvo Cuba, por ejemplo, cuando el imperialismo se autoengaño y apoyó la revolución de Sierra Maestra, mientras el ejército mercenario de Batista se deshacía víctima de su propia gangrena. El imperialismo no ha apoyado hasta ahora ninguna revolución en América Latina: y cuando lo ha hecho, como en el caso de Bolivia actual, ha logrado paralizarla. Esta teoría revolucionaria de las “condiciones subjetivas” es un puro subjetivismo, nihilismo voluntarista elevado a la jerarquía “teórica”, a la candorosa creencia del “descubrimiento”. Guevara ofrece como descubrimiento algo que refiere toda la historia de México y de Bolivia: que en América Latina la clave de la revolución es la cuestión agraria. Lo

que no dice es que en México la revolución agraria está fundamentalmente realizada, lo mismo que en Bolivia. Que en Chile existe una agricultura minifundista de tipo capitalista. Que en Uruguay el imperialismo inglés creó en el siglo pasado una economía agraria capitalista para facilitar la exportación masiva de cereales, carnes y lanas. Que en la Argentina ocurrió el mismo fenómeno y por las mismas causas. Y que ese “campesino” argentino con el que sueña Guevara (y no solamente Guevara, ay!) es el campesino de nuestra pampa gringa, que “tiene hambre de tierra”, naturalmente, pero que no desea comprarla a los precios del mercado, pues prefiere adquirir autos y camiones e invertir su capital en la usura prendaria. Guevara reduce a América (América Latina) a un solo campo, el campo servil o comunal, la estrategia revolucionaria a la lucha armada (basta fijar un punto y aguantar) el parlamentarismo a una quimera, la lucha legal a una farsa y para que nada falte en esta embriaguez insurreccional apunta la posibilidad de *“una rebelión popular con base guerrillera dentro de la ciudad”*. Para alertar contra las manifestaciones de este irracionalismo político Lenin escribió un volumen. Se titula “El extremismo, enfermedad infantil del comunismo”. Guevara reduce un proceso infinitamente rico y complejo a dos o tres “fórmulas” mágicas, fundadas en el libre albedrío. No le arredra adoptar el mismo consejo para países con una economía agraria fundamentalmente capitalista como el Uruguay, México, Chile o la Argentina, donde el foco revolucionario está en la ciudad, con aquellos países donde la cuestión cardinal no está en la ciudad, sino en el campo precapitalista, como Perú, Colombia, o el noroeste del Brasil. Esta monstruosa simplificación lo faculta para demostrar al auditorio de maravillados pequeños burgueses de Buenos Aires, Montevideo o Santiago de Chile, lo fácil que será lanzarse a la conquista del cielo. Debemos convenir que esta perspectiva que ofrece Guevara es realmente una perspectiva celeste en el sentido más galáctico de la expresión.

Por otra parte, Guevara todavía no ha “descubierto” cosas que el marxismo ha enseñado desde hace un siglo: que existe una correlación entre las condiciones “objetivas” y las “subjetivas”, correlación que establece oportunamente el partido revolucionario y que es su más alta y delicada función. Pues las masas populares, las clases medias, el ejército (no mercenario) y hasta las clases dominantes en agonía, al disgregarse la vieja sociedad, sienten profundamente la necesidad de un cambio. En el proceso revolucionario (que no es precisamente un golpe de fortuna) esos pocos, o sea el partido revolucionario, ganan a su causa a la mayoría de las masas populares, incluso a sectores del ejército, y los que hasta entonces constituían parte de las “condiciones objetivas” (es decir, la situación general externa al partido) pasan a formar parte de las “condiciones subjetivas”, vale decir, de las masas populares que van adhiriendo a las banderas de la revolución.

No sólo desconoce los principios elementales del marxismo quien levanta un muro impenetrable entre las “condiciones objetivas” y las “condiciones subjetivas” sino que se veda a sí mismo la posibilidad de derribarlo.

¿Y EL PROLETARIADO?

Para Ernesto Guevara parece haber un gran ausente en la revolución latinoamericana. La clase obrera es raramente aludida; cuando se la menciona, aparece en un segundo plano, aunque con los debidos respetos: *“Sobre la base ideológica de la clase obrera cuyos grandes pensadores descubrieron las leyes sociales que nos rigen, la clase campesina de América dará el gran ejército libertador del futuro...”*

Sería la “clase campesina de América” (lo que es una monstruosa abstracción según lo hemos indicado) la que formaría un “ejército libertador”, aunque con la “ideología de la clase obrera”, de donde podría inferirse que no con la clase obrera misma. Esta establecería, para esa

eventualidad, un poder vicario en los “revolucionarios” de las guerrillas. Idea tan profundamente errónea, reaparece en el estudio de Guevara una y otra vez. “*Ese ejército, afirma, creado en el campo en el cual van madurando las condiciones subjetivas para la toma del poder (que va conquistando las ciudades desde afuera, uniéndose a la clase obrera y aumentando el caudal ideológico con esos nuevos aportes...) etc.*” Según se ve, al tomar las ciudades, el ejército campesino se enriquecería con los “nuevos aportes ideológicos de la clase obrera.” Pero el rol de la clase obrera en la lucha revolucionaria aparece como un mero espectro, alusivo y elusivo. Aquí no hay partido revolucionario de la clase obrera, no hay participación ni dirección obrera en el proceso de la revolución agraria y popular; sólo se descubre un ejército campesino, es decir, pequeño burgués, que se dirige a sí mismo con las ideas de Marx depositadas en su seno por la divina intermediación. Por algo rechaza Guevara la “excepcionalidad” de la revolución cubana; esa excepcionalidad, (en otras palabras, las particularidades y originalidades de toda revolución en cualquier latitud y cualquier época) lo obligarían a estudiar las características de la revolución en América Latina, antes de pontificar sobre ella. Pero al negar la “excepcionalidad” de la revolución en Cuba, somete al resto del continente a un patrón único que libera a nuestro autor de enojosos problemas y de respuestas no menos enojosas.

Sus ideas sobre las guerrillas en aquellos países latinoamericanos que poseen grandes concentraciones urbanas no son menos peregrinas; peca de una inaceptable ambigüedad. Su empirismo mueve a Guevara a desplazarse de párrafo en párrafo de las nociones teóricas más generales a recetas caseras puramente pragmáticas; si en el orden gastronómico este método es saludable, en la esfera de la medicina resulta más inquietante. Pero en lo que concierne a la estrategia revolucionaria todo esto tiene un nombre: aventurismo. Sin preocuparse de las condiciones reales de la situación social y política de un país dado, Guevara aconseja que la “*lucha en las grandes ciudades debe iniciarse por un procedimiento clandestino, para captar los grupos militares o para ir tomando armas, una a una, en sucesivos golpes de mano.... En este segundo caso se puede avanzar mucho y no nos atreveríamos a afirmar que estuviera negado el éxito a una rebelión popular con base guerrillera dentro de la ciudad.*”

Así, Guevara habla de la “guerrilla en las ciudades”. Parece una broma, pero el tema es demasiado grave. En la época del Segundo Imperio, Engels declaraba cerrado técnicamente el ciclo de la lucha e barricadas en el viejo París. Las grandes avenidas abiertas por el Barón Huysmann en la capital francesa, al eliminar las callejuelas tortuosas y estrechas de la ciudad medieval y permitir el emplazamiento de la artillería, ponía fin al estilo clásico de las luchas populares análogas a la revolución de 1830 y 1848. Ni lucha de barricadas, ni lucha de guerrillas eran posibles en las condiciones de la ciudad moderna. Guevara tendría que repasar, o leer, a Engels, que algo conocía del tema, y no sólo de oídas. Pero si en lugar de hablar de las “guerrillas en la ciudad” Guevara pretende indicar la posibilidad de una lucha armada dentro de la ciudad, sin duda tendría que referirse al proceso general de la insurrección armada, de un pueblo y en un país dado, según condiciones específicas que sólo la realidad indicará en su momento. Imaginar consignas y procedimientos tácticos para una situación abstracta, es caer en la teorización más estéril.

Santiago de Chile pertenece a América Latina, lo mismo que Buenos Aires, Montevideo, Asunción o Río de Janeiro. Si esa asombrosa fórmula no es un conjunto de palabras, como lo tememos, ¿piensa Guevara también en estas capitales? Por lo demás, esa “guerrilla dentro de la ciudad”, según se deduce de su exposición, ¿Podría sin duda iniciarse en cualquier momento ya que lo que importa es la voluntad “subjetiva”? En consecuencia, si el campesinado de la Argentina forma una de las columnas más sólidas del régimen capitalista agrario de este país y es el bastón de la propiedad privada ¿de qué fuerza se nutrirá ese “ejército

campesino” que proyecta Guevara? Es curioso que a pesar del origen argentino de Guevara, su ignorancia sobre nuestro país posea tal magnitud. Lo que resulta más curioso es que se funde en ella para formular consejos sobre una revolución cuyas leyes y datos objetivos parece desconocer. Iguales consideraciones podríamos formular sobre otros países latinoamericanos de cierto desenvolvimiento capitalista donde el papel del proletariado resultará decisivo para la victoria revolucionaria y donde la ideología del marxismo deberá expresarse a través de un partido proletario, caudillo del país, y en modo alguno como un conjunto de ideas descendido desde lo alto. El ejército campesino de Mao estaba construido sobre miles de obreros y estudiantes revolucionarios de los centros urbanos que se retiran de las ciudades hacia el norte después de las grandes derrotas de 1927. Era un ejército- partido de una dirección proletaria, con un estado mayor y una oficialidad revolucionaria que educó en las grandes marchas a miles y miles de campesinos pobres. Esa fue una de las “excepcionalidades” de la revolución china. Sólo se puede repetir esa “excepcionalidad” china, como la cubana, en el papel; la realidad latinoamericana nos prepara “excepcionalidades” nuevas, propias y sorprendentes, ante las cuales la actitud de un revolucionario serio debe ser estudiar sus bases objetivas, tal cual salieron de manos de la historia. Sólo el proletariado latinoamericano podrá constituirse en el guía y la cabeza de las grandes masas campesinas o pequeño-burguesas del continente en la lucha por la independencia económica, la unidad nacional y el socialismo. Esto no rige tan sólo para los países con un gran proletariado, como Argentina o Brasil, sino también para el Perú, cuya revolución agraria está fuera de discusión. Pues aún en el Perú ya existe una clase obrera que tendrá como misión dirigir al campesinado, y no ser dirigido por él. La historia de todas las luchas sociales señala que las insurrecciones campesinas sólo dieron origen a la creación de nuevas dinastías, como en la antigua China, o trasladaron el poder a manos de la burguesía nacional, como en México.

Ernesto Guevara ha prestado grandes servicios a la revolución cubana; su presencia en ella nos enorgullece como argentinos. Pero sólo la verdad nos hará libres. Si las revoluciones triunfantes necesitan de ella para no morir, las revoluciones que han de hacerse no triunfarán sin ella.

LAS CUATRO DECADAS DEL EJERCITO ARGENTINO

En un libro reciente¹³ el Teniente Coronel Orsolini deploraba que el Ejército Argentino no haya contado hasta hoy sino con un solo historiador y, para colmo de males, que ese historiador solitario sea un marxista. Esta reflexión no ha impedido al pundoroso militar emplear pródigamente en su trabajo algunos puntos de vista que pueden rastrearse en mi lamentado libro.

De todos modos, la observación es legítima. El ejército no se ha examinado a sí mismo, clave de toda sabiduría. Tampoco los partidos o tendencias de izquierda o derecha clásicos, salvo los hombres del Socialismo de la Izquierda Nacional, han estudiado una institución que en las últimas cuatro décadas ha intervenido tan decisivamente en la vida política del país. Pero una omisión no es un azar. Estudiar la historia contemporánea del Ejército permite retratar la evolución de las clases fundamentales de la Argentina. Nacionalistas fascistas, liberales decimonónicos o izquierdistas cipayos carecen de la óptica adecuada para entender un

¹³ Teniente Coronel Mario Horacio Orsolini, “Ejército argentino y crecimiento nacional”; Ediciones Arayù, Buenos Aires, 1965, página 245

fenómeno típico de la sociedad argentina moderna. Esta sociedad se debate en la más profunda confusión. El ejército es el espejo de ese caos. Los partidos políticos tradicionales son los más perplejos observadores de esa extraña escena y ya no están en condiciones de introducir “el orden en el caos” que, según Ortega, favorito de ciertos comentaristas banales, es el signo distintivo del político. Resulta pues completamente natural que sea justamente el pensamiento marxista el único capaz de aprehender un problema reservado hasta hoy a una retórica de pujos patrióticos.

1930

Después de un prolongado período de subordinación militar al poder civil, un pintoresco general asesta en 1930 un golpe de palacio y derriba al Presidente Yrigoyen. La completa ceguera de este último, anciano y enfermo, permite que el Ejército, que hasta ese momento sostenía al Presidente, se incline ante el audaz vencedor. La ausencia de reflejos defensivos en el gobierno yrigoyenista señalaba bien claramente el fin del “radicalismo histórico”. Así abandonaba la escena un movimiento nacional, predominantemente agrario y pequeño burgués. Había pretendido redistribuir la renta agraria del país exportador creado por la generación del 80, en beneficio de las clases postergadas del sistema. Pero nada estaba más lejos de sus designios que remodelar esa estructura tradicional. La crisis mundial descoyunta el sistema agrario y promueve la industrialización. Ante el asombro de las dos clases fundamentales – oligarquía y clase media agraria y urbana- comienzan a diseñarse los contornos de una nueva clase – el proletariado- y de una débil burguesía industrial. El Ejército se “despolitiza” y es empleado por el general Justo como guardián de su régimen fraudulento y colonizador. Los militares yrigoyenistas son apartados de sus cuadros sin piedad. En sus filas se forma, sin embargo, una nueva generación militar que bajo las divisas ideológicamente reaccionarias del totalitarismo europeo en auge promoverá con la revolución de 1943 un nuevo curso a la política económica.

El ejército juliano, bajo la dirección de Perón y el torrente popular de 1945, adopta una orientación diferente a partir de ese año, uniendo en una potente fórmula la movilización popular y el nacionalismo económico. Es la era del “estatismo” y la planificación.

AGRARISMO E INDUSTRIALIZACIÓN

El Ejército de 1945-55 fundó su política económica en el empleo de las divisas producidas por la ganadería y la agricultura para promover la industrialización y elevar el nivel de vida en el pueblo. Como era de esperar, esta base de capitalización era por completo insuficiente para sentar las bases indestructibles de una gran industria pesada y romper las relaciones de dependencia seculares del país. Al llegar a cierto límite la fórmula demostró su vulnerabilidad. Era imposible asegurar el crecimiento nacional sin expropiar al parasitismo oligárquico. La impotencia de Perón para derribar las fronteras del derecho de propiedad agraria permitió a la oligarquía, jaqueada pero intacta, derribarlo y recuperar el poder perdido. Pues la originalidad de la revolución argentina consistía en que para asegurar el dominio irrestricto de un capitalismo nacional, debía derribarse el capitalismo agrario vinculado al imperialismo británico, la clase social más retardataria y opuesta al desarrollo industrial argentino. ¡Para instaurar el régimen burgués puro se imponía adoptar medidas socialistas! Este dilema no podía ser resuelto por el Ejército de Perón, que encabezaba un movimiento nacional, popular por sus bases sociales y nacionalista burgués por su contenido histórico- económico.

Una vez más el Ejército debió cambiar de casaca para salvarse. Los oficiales más resueltos y nacionalistas fueron depurados de los cuadros. Otros fueron reducidos a silencio y la

mayoría se vio obligada a quemar lo que había adorado y adorar lo que había quemado. Esto último en muchos casos, adquiriría un sentido literal, si se recuerda al Jockey Club.

EL CAMBIO DE IDEOLOGIA

El nuevo Ejército de la revolución libertadora, por lo demás, aparecía en escena en circunstancias diametralmente distintas a las de 1943. El imperialismo ya no estaba dividido entre “democráticos” y “totalitarios”. Estos últimos habían dejado de ser los enemigos de nuestros enemigos. Los militares argentinos, para asumir su nacionalismo, ya no podían apoyarse en un bando imperialista contra otro, como en los tiempos de la guerra mundial. Pues la simpatía de 1943 hacia los imperios totalitarios, muy exagerada, por lo demás, consistía en admirar al bando imperialista que justamente carecía de influencia directa en la semicolonía británica. Esa sólida base del nacionalismo juniano había desaparecido por completo en 1955. Los imperios fascistas habían sido aniquilados militarmente y en el campo imperialista dominaban los “democráticos”, que eran nuestros explotadores directos.

En el bando de enfrente aparecían los Estados Socialistas, o sea el “peligro comunista”. Se volvía poco menos que imposible, ante esa distribución mundial de las fuerzas, postular una “tercera posición”. El terrorismo ideológico de la oligarquía identificaba el “tercerismo” con la tiranía depuesta y el terrorismo ideológico del imperialismo lo hacía con el “peligro comunista”. De este modo, la oficialidad argentina quedó metida en una trampa mortal. Durante años los oficiales habían sido educados en los textos, los uniformes y las teorías del ejército prusiano, la aviación, en las glorias del poder aéreo francés y la marina, en el culto a Nelson. A partir de 1955, el poder militar dominante en Occidente es el de los Estados Unidos. Los oficiales empiezan a ser educados con la lectura de las memorias de los estrategas yanquis de la última guerra; los textos militares se traducen del inglés. Hasta los uniformes nuevos serán cortados de acuerdo a las normas de la sastrería militar norteamericana.

Correlativamente, y en una esfera mucho más peligrosa que la de los sastres, la oligarquía hace condenar desde 1955 todas las ideas “estatistas”. La intervención del Estado en el proceso económico es conceptuada como satánica, prueba decisiva de ineptitud, derroche y corrupción. A la planificación se opone el “libreempresismo”. Todo el detritus de la escuela manchesteriana se ponen nuevamente en circulación para remachar en la conciencia militar la utopía de una política estatal planificada. Así son relegadas al olvido verdades elementales de la historia moderna. Se considerará una aberración sostener el hecho irrefutable de que un país atrasado o semi-colonial sólo puede emerger de su atraso contraponiendo a la centralización de los monopolios mundiales un Estado centralizado y director de su economía.

EJÉRCITO Y PERONISMO

Al caer el régimen peronista, el movimiento nacional y su caudillo son expuestos a la infamación pública. La oligarquía dirige el coro y a la masa polifónica rinden su tributo todos los sectores: ciertos nacionalistas, el “izquierdismo” en masa – reformistas y “revolucionarios por igual- liberales desenterrados y voces de ultratumba. El Ejército se especializará durante los últimos diez años en el aborrecimiento de su antiguo jefe. Los mandos se reclutarán con preferencia entre jefes retirados por el “tirano”. Pero, a su vez, otra generación militar renueva los cuadros once años después de 1955. Las más variadas teorías frecuentan ahora la cabeza de los oficiales. La influencia peronista es tan indiscutible en los sectores decisivos del pueblo argentino, que ya los sociólogos que asesoran al Estado Mayor aburren con sus teorías “carismáticas”, síntesis final de su ciencia. El Ejército comienza a advertir que ya no es posible gobernar en la Argentina sin la “neutralidad” o la simpatía de la clase obrera. Si los obreros pueden ser ganados a la idea del “orden” ¿cómo negarles su derecho a vivir mejor? Y si los

obreros peronistas llegaran a romper con Perón ¿no sería maravilloso? Naturalmente, los jefes militares que especulan sobre tales perspectivas detestan en Perón lo que más suscita la adhesión de los obreros, esto es, la idea de que Perón era en verdad un revolucionario, aunque fracasado, y de que ese peronismo de Perón no debería volver jamás. Disociar a Perón del peronismo forma parte de las utopías más en boga entre los militares desconcertados por las dificultades de una sociedad en crisis.

El proyecto de quebrar la unidad del peronismo en relación con su jefe y de negociar directamente con los sindicatos ha cobrado estado público y formaría parte de una política cuyo nacionalismo estaría por verse en el terreno de los hechos. La historia se da dos veces, según Hegel, pero Marx añadía que la primera vez se da como tragedia y la segunda como comedia.

GOLPISMO Y EJÉRCITO

Al carecer de ejemplos o modelos internacionales aceptables para la situación rioplatense, su nacionalismo larvado sólo podría adquirir vuelo, por primera vez, como resultado de las condiciones internas. De ahí los vagos temores que un golpe militar inspira a la oligarquía terrateniente. Esta última, con su larga experiencia política, sabe que nunca puede adivinarse adónde puede terminar un gobierno militar en la Argentina. En la otra banda, algunos sectores económicos y políticos ligados al imperialismo yanqui, como los petroleros y su prensa, azuzan “el golpe” con la noble aspiración de reconstruir los contratos y volver a los empréstitos norteamericanos con los *bandeirantes* del desarrollo. El golpismo Kennedyano se mezcla así raramente con los conspiradores de oficio, los nacionalistas auténticos y los ambiciosos de espada.

Lo que no se advierte todavía en el Ejército es una tendencia que reasuma la tradición del nacionalismo democrático de los tiempos de Roca, Baldrich y Savio. La animadversión recíproca entre gobierno y militares no se funda tampoco en el carácter linfático del radicalismo del Pueblo en el poder. La “lentitud” de Illia es el símbolo visible del nacionalismo agrario del interior, que teme enfrentar a la oligarquía, como el chacarero teme y odia al terrateniente, al tiempo que odia y teme al obrero y al peón. Colocado entre dos mundos sociales definidos – la oligarquía y el proletariado urbano y rural- el agrarismo radical pequeño burgués no sabe luchar a fondo contra unos y contra otros. Llegaron al poder como fruto de una elección fortuita; no saben qué hacer con él. Los herederos de Yrigoyen lo consideran como una gratificación tardía del ostracismo de 1930. Pretenden gobernar el país con las fórmulas que ya eran inadecuadas hace cuarenta años. El gobierno radical del Pueblo es el testimonio moribundo de una Argentina arcádica: señala la etapa de paralización del crecimiento económico, la crisis de la industria, la pérdida del segundo sueño de la Grande Argentina.

Si la generación del 80 erigió la grandeza argentina con los ganados y las mieses, y esto fue cierto hasta 1930, la Argentina industrial de Perón apareció desafiante en 1945 para proclamar la era de la Independencia económica. Pero era una ilusión. Mientras la oligarquía terrateniente y la burguesía comercial no hayan sido eliminadas, la independencia argentina será una pura quimera. Después de cuarenta años de política y cuartelazos, el Ejército argentino no termina de comprender este dilema. La clase obrera es más joven que el Ejército y quizás lo comprenda más rápidamente. Pero ya Engels señalaba que no toda sedición militar es necesariamente mala. No siempre en nuestro país los conspiradores comprenden lo que hacen ni advierten siempre el peligro de practicar el oficio de aprendiz de brujo¹⁴ (2).

¹⁴ Publicado en “*Izquierda Nacional*”, Número 2, Buenos Aires, 1966

EL EJERCITO ARGENTINO Y LA TEORIA DE PAVLOV

En vísperas de la revolución del 28 de junio, el pánico del gobierno de Illia se había contagiado a sus aliados de izquierda – stalinistas e “izquierdistas fubistas- que alertaban sobre la inminencia de un golpe militar, capaz de trastornar la paz de invernadero del “gobierno constitucional”. A los indudables peligros de una dictadura militar oligárquica, oponían el feliz remanso de las libertades democráticas concedidas por el gobierno radical fraudulento. Esas libertades eran dignas de disfrutarse para tal género de “izquierdistas”, aunque fuesen a costa de la proscripción del peronismo. Entre los personajillos más típicos, por su verba insustancial y los idiotismos genéricos del fubismo, se encontraba Ismael Viñas, funcionario de la Revolución Libertadora y del gobierno de Frondizi, recientemente convertido a la terminología marxista. En el semanario “Marcha” del Uruguay, este caballero disertaba semanalmente sobre la Argentina, vertiendo al papel todas las impresiones y reacciones psicológicas que en él reemplazan al análisis político objetivo. Producida la revolución militar, se permitió referirse a la Izquierda Nacional y a sus dirigentes como una de las fuerzas que, junto a la Sociedad Rural, la Unión Industrial Argentina, los monopolios, etc., se “sentían representados en el gobierno de Onganía”. Con la bufonería del perfecto falsario, el señor Viñas difundió en “Marcha” tal infundio, a pesar de que era notorio el manifiesto publicado días después del 28 de junio por la Izquierda Nacional. Nuestro Director, Jorge Abelardo Ramos, envió un artículo a “Marcha” proponiendo un ensayo de disección del citado Viñas, que la Dirección de ese semanario publicó, después de cierta espera, pero con posteridad a la prohibición de “Marcha” en la Argentina. De este modo, la calumnia del fubista pudo difundirse entre nosotros, no así la respuesta de Ramos. Es por esa razón que la damos a conocer textualmente, tal como se publicó en la edición de “Marcha” del 19 de agosto de 1966. (N. de la Redacción de “Izquierda Nacional”).

Cuando un pronunciamiento militar tiene lugar en la Argentina, tanto la izquierda cipaya como el nacionalismo fascista obedecen instantáneamente a sus reflejos condicionados. Los trogloditas, herederos de los septembrinos de 1930 y de los junianos de 1943, saludan en el primer general que aparece en la escena pública al salvador de la patria. Se arriman al poder para susurrar al jefe triunfante la fórmula más apta capaz de transformar el país en un monasterio militar – una especie de Escorial policíaco. Por su parte, la izquierda cipaya segrega la salivilla del perro pavloviano y no vacila un sólo segundo en lapidar al régimen militar por las mismas causas que inducen a los fascistas a idealizarlo.

Como es natural y previsible, la historia se resiste con frecuencia a seguir este estereotipo, pero los cuzcos de Pavlov repiten sus reflejos década tras década. El poderoso y muchas veces fantasioso curso del proceso ejerce entonces lo que Hegel llamaba la “ironía de la historia” y deja generalmente muy mal colocados a ambos sectores extranjerizantes de la política argentina. Es lo que acaba de ocurrir una vez más a raíz del golpe de estado del 28 de junio.

TODAVIA FALTA EL “DIA SIGUIENTE”

El gobierno de Illia representaba las formas declinantes de un nacionalismo agrario de pequeños productores y comerciantes rurales: detestaba a la oligarquía terrateniente, pero capitulaba sistemáticamente ante ella. Sus relaciones con la clase obrera eran diferentes: le era profundamente hostil, en lo que hacía frente único con la oligarquía; y la jaqueaba cuando era posible hacerlo. Era una porción considerable de la clase media sobreviviente de los tiempos de Yrigoyen; pero ya no pertenecía a esta época y no podía resolver ninguno de los problemas capitales de la era industrial argentina. Por lo demás no era un “gobierno constitucional” sino que había llegado al poder gracias a la proscripción del movimiento peronista en 1963; sólo

podía aspirar a mantenerse en él mediante nuevas proscripciones, cuyas formulas eran públicamente comentadas desde el difunto Ministerio del Interior. El gobierno que acaba de desaparecer no era, pues, representativo de la voluntad mayoritaria de la Argentina. Este es un hecho que hay que dejar categóricamente establecido. Su último acto gubernamental, es útil recordarlo, fue reglamentar la Ley de Asociaciones Profesionales de tal manera que equivalía a derogarla y a fragmentar el poder nacional de los sindicatos de industria. El país no había deseado ese gobierno y lo vio caer sin sobresalto. El gobierno de Onganía reviste la singularidad de que el Ejército, por primera vez desde la caída de Perón en 1955, asume públicamente y declaradamente la responsabilidad del poder. Las fuerzas que inicialmente lo apoyan están condenadas a enfrentarse tan pronto el nuevo gobierno defina su carácter. El resorte último del pronunciamiento, lo sepan o no sus protagonistas, es preciso buscarlo en la decadencia del sistema capitalista argentino que había alcanzado altas curvas de crecimiento gracias a la segunda guerra mundial y a la política nacionalista de Perón. Desde 1955 las fuerzas productivas están paralizadas, el aparato estatal tiende a disgregarse, los sistemas de seguridad social y la tecnificación del Ejército presencian una declinación irresistible. Las fórmulas de la “libre empresa” habían fracasado con Aramburu, lo mismo que la “estabilidad y el desarrollo” de la época de Frondizi. La arcadia rural de Illia no hizo sino poner al desnudo, con su indiferencia fatal, la crisis argentina.

Ante la impotencia de los partidos políticos tradicionales y el carácter inaceptable del populismo peronista para los militares, el ejército ha recurrido en su primera etapa a lo que podría llamarse una “política maurrassiana”: instrumentar a la Iglesia, por medio de sus tendencias más diversas, para cubrir ideológicamente los primeros pasos del nuevo gobierno. Parecería insinuarse una combinación de “desarrollismo económico” y *Opus Dei* a la española. Si los nacionalistas fascistas y los libreempresistas como Alsogaray han quedado al parecer desplazados por igual, los acontecimientos que se preparan pondrán en evidencia que resulta imposible conciliar todas las clases. El gobierno deberá optar. Como lo enseñan todos los golpes militares en la Argentina, su primer día es jubiloso y unánime; el segundo trae consigo la crisis y la definición. A la revolución del 28 de junio le falta todavía “el día siguiente”.

LOS PAVLOVIANOS DE LA IZQUIERDA CIPAYA

Esta apreciación alternativa de la situación, que aconseja la metodología marxista y hasta el sentido común, no es compartida por el Partido Comunista, ni por las restantes sectas de la izquierda cipaya que, refunfuñando, siguen sus pasos. Estos caballeros califican al nuevo gobierno de agente “del pentágono” o de “pro imperialista y oligárquico”. Barletta, desde el oficioso órgano “Propósitos”, voz oracular del stalinismo, lo mismo que el señor Ismael Viñas desde “Marcha”, anticipan proféticamente esta caracterización. Claro está que la filiación de estos augures lo explica todo. El stalinismo había contribuido en 1930 a derribarlo a Yrigoyen. Durante la “década infame” se distinguió en el dilema “democracia versus fascismo”, ignorando desdeñosamente al imperialismo. Al estallar la segunda guerra imperialista abrazó la causa de los imperialistas “democráticos”, a los que quería vender, junto con el trigo y la carne, la sangre de nuestra generación. En 1945 bautizó al naciente peronismo como “nazi- peronismo” y a los obreros “lumpemproletariat”. Su amistad con el embajador norteamericano Braden los hizo justamente célebres. Es perfectamente natural que estos “antimilitaristas” hayan encontrado en los gorilas de 1955 militares auténticamente “democráticos”. Como su facultad para el error roza los límites de la infalibilidad, su anticipada condenación del régimen de Onganía constituye uno de los elementos más dignos de considerar para no apresurarse a juzgarlo antes de tiempo.

En cuanto al señor Viñas, su importancia no es política sino psicológica: refleja con exacta ambigüedad los estados de espíritu – impresionistas, repentistas, irresolutos- de la

pequeña burguesía porteña “de izquierda”, que entiende de todo, menos de las cosas de su propio país. Bastará señalar a su respecto que su impaciente caracterización del actual régimen militar reconoce algunos ilustres antecedentes: fue antiperonista en 1945, funcionario del general Aramburu en 1955 y funcionario de Frondizi en 1958. Como Secretario de la Intervención Romero a la Universidad de Buenos Aires, ayudó a limpiar los establos de Augias ocupados por el profesorado peronista. Conoce mucho de militares y revoluciones, según se ve. Desde hace algún tiempo, no encuentra palabras para expresar su ardor marxista. Pero los reflejos condicionados lo traicionan invariablemente. Cada nuevo acontecimiento hace brotar su cipayismo, sin que la retórica marxista oculte la mercancía. Por eso no resulta asombroso que en el número de “Marcha” del 15 de julio incurra - ¿cómo diré?- en una manifiesta falsedad. Incluye mi nombre, junto a la Sociedad Rural, la gran burguesía, Alsogaray y los gorilas, entre las fuerzas que apoyan a Onganía. Yo no diré que el Sr. Viñas es un falsario, pero actúa en este caso como si lo fuera. En los períodos normales, comentar la política es algo más o menos rutinario que no exige la “fuerza física del intelecto”. Cuando sobrevienen bruscos cambios y nuevas situaciones históricas, los gacetilleros se estremecen de impotencia y sustituyen los hechos por los deseos. Quizás sea este pequeño desequilibrio psíquico el que haya movido al Sr. Viñas a cometer una acción incorrecta. Esta impostura es típica de la izquierda cipaya y no valdría la pena detenerse en ella si no ofreciera genéricamente un retrato penetrante de sus nerviosos hombres de pluma, cuya única autoridad para juzgar los hechos presentes reposa sobre los errores que cometieron en el pasado.

Es suficiente decir que el Partido Socialista de la Izquierda Nacional, cuyos locales fueron clausurados el sábado 9 de julio, dio a conocer un manifiesto en el que se exponían claramente nuestros puntos de vista. En un párrafo podía leerse:

“Para aquellos que identifican el nacionalismo de un país imperialista con el nacionalismo de un país semicolonial, resulta muy fácil asimilar un ejército imperialista a un ejército de un país dependiente. Este obtuso criterio les cierra el camino para comprender el rol progresivo que, bajo ciertas circunstancias, pueden desempeñar los militares en el poder, como lo prueba toda nuestra experiencia histórica. Pero de esta misma experiencia debe inferirse que una idealización del ejército como expresión perpetua e inmodificable del interés popular y nacional no es menos peligrosa. Castelo Branco, por un lado, y Perón o Nasser por el otro, simbolizan tres caminos posibles para el régimen militar que se inicia. La historia puede ofrecer aún otras muchas inesperadas variantes... En consecuencia, el socialismo de la Izquierda Nacional no está dispuesto a sumarse a la glorificación de Onganía o a su condenación... La Izquierda Nacional actuará frente al gobierno, como este gobierno actúe frente a la clase obrera, al pueblo argentino y a los intereses de la Nación... El nuevo capítulo que se abre está pleno de incógnitas, pero no habrá en definitiva ningún progreso histórico real, ni posibilidad de liberación verdadera y profunda sin la presencia activa y creadora del pueblo en la elaboración de su destino. Ningún despotismo ilustrado – civil o militar- reemplazará al pueblo en esa tarea. La emancipación de los trabajadores ha de ser obra de los trabajadores mismos”. Marxismo y veracidad son sinónimos y lo que acabo de transcribir habla por sí mismo. Pues cualquiera sea la orientación que en definitiva adopte el régimen militar, en la Argentina, como ocurre desde hace 20 años, persisten dos sectores políticamente bien definidos e inconciliables: la izquierda cipaya en todos sus matices y la izquierda nacional, que es socialista, nacional y latinoamericana. Desde 1945 estamos en esta posición. Ni cipayos ni falsarios podrán arrojar sombras sobre ella.

ONGANIA: PRIMERA ETAPA

“Quién en tiempos inciertos tiene el espíritu incierto, multiplica el mal y lo agrava más. Pero aquel que mantiene una idea firmemente, crea un mundo nuevo.”

GOETHE

Al día siguiente de la revolución del 28 de junio formulábamos en un manifiesto nuestra interpretación de las causas últimas de dicho acontecimiento. En síntesis decíamos que, lo supiese o no, el ejército había asumido el poder en virtud de la profunda crisis que corroía el crecimiento del capitalismo argentino. Si la ilusión de la Grande Argentina del centenario, fundada en la expansión agraria mundial, se había hundido junto con la bancarrota de 1929, la utopía de una Nueva Argentina industrial expresada por Perón había agotado su impulso diez años después de concluida la gran guerra que la había originado.

En 1945 se habían unido dos cosas de naturaleza diferente: una política nacional burguesa del ejército y la incorporación a la acción política de la nueva clase obrera. Perón fue la expresión de ambos hechos y en su persona se encarnaron las fuerzas de un Frente Nacional implícito. La embrionaria burguesía industrial era impotente por completo, como lo es hoy, para enfrentar a la oligarquía agraria; y los partidos políticos que habrían podido incorporarse al proceso revolucionario por sus orígenes como el radicalismo, habían capitulado totalmente ante el imperialismo.

El ejército y la burocracia asumieron la dirección del movimiento, con el apoyo activo del proletariado, aislado a su vez de toda perspectiva independiente por la actitud antinacional y antiobrera de los socialistas y comunistas, que integraron la Unión Democrática. Pero detrás de los hechos políticos visibles que lo resumían todo – el odio, la esperanza y la pasión de millones de mujeres y hombres-, se expandía la economía industrial diversificada, que sentaba nuevas bases para disputar al imperialismo su antiguo poder. Como se demostró luego, estos puntos de partida eran demasiado débiles para independizar al país del abrazo mortal de la oligarquía y el capital extranjero. Perón cayó sin haber establecido ni esa soberanía, ni esa independencia.

Sus enemigos ocuparon la escena, entre los aullidos de júbilo de la jauría triunfante, dispuestos a volver hacia atrás la rueda de la historia. Pero esto también se reveló imposible. El fracaso de Rojas por aniquilar al peronismo se demostró tan poco viable como la tentativa de Frondizi de industrializar al país con el apoyo del imperialismo. La oligarquía y la burguesía nacional no lograban imponerse decisivamente la una a la otra desde el poder político. Esa fue la oportunidad para que el ejército demostrara su genio político por medio del General Villegas: el triunfo anacrónico de Illia significaba la resurrección del viejo nacionalismo agrario del yrigoyenismo, treinta años después de haber sido sepultado por la historia. Si la revolución de Perón había quedado a mitad de camino, la crisis del capitalismo nacional y la gangrena del Estado paralizado se manifestó con particular virulencia durante el gobierno de Illia. La oligarquía consideraba su gobierno un mal menor, la burguesía nacional hacía su eterna política de gestionar limosnas, la clase obrera lo repudiaba abiertamente. Cuando el ejército lo desplazó sin disparar un tiro, el país lo vio caer con una indiferencia glacial.

AL DIA SIGUIENTE

Como cabía esperar, los tres primeros meses de gobierno han engendrado una confusión raras veces vista en la materia. Si bien no se ha definido aún por entero el curso de su política, pueden señalarse desde ya varios hechos sintomáticos. Digamos en primer término, que el general Onganía ha asumido la suma del poder público. Si dejamos de lado los aspectos constitucionales e históricos de tan delicado asunto (hasta a nuestros más solemnes

constitucionalistas se los ha tragado la tierra y a alguno lo ha tragado la cartera del Interior) es evidente que esta circunstancia otorga al gobierno una inaudita capacidad de decisión –para bien o para mal, eso se verá-. La única fuente de ese poder son los tres comandantes en jefe, en otras palabras, las Fuerzas Armadas. Estamos pues ante un gobierno que encuentra su origen en las fuerzas armadas, pero también ante la peculiar circunstancia de que esas fuerzas no ejercen directamente el poder, lo que desde ya establece una virtual diferencia con el movimiento del 4 de junio de 1943.

Esta especie de “independencia” relativa del Presidente ante la fuente de su poder y ante las clases sociales y los mecanismos de representación anteriores, le confiere un típico carácter bonapartista. Sabemos que el bonapartismo – expresión nacida de la historia política de Francia, de Napoleón I y de Napoleón III- puede desempeñar en los países semicoloniales sea una dictadura en beneficio de la oligarquía y de su amo extranjero, sea una forma de resistencia nacional ante las pretensiones excesivas de esa oligarquía. La conciencia nítida de este papel en sus protagonistas no posee gran importancia en las primeras etapas. Pero eso son los hechos y no conviene olvidarlos.

Las primeras designaciones del nuevo gobierno destacaron la presencia de personajes del “apoliticismo” oligárquico extraídos de los cursillos, de los bufetes de letrados diocesanos o gorilas roncadores como el siniestro Botet. En su mayoría eran “liberales que van a misa”, otros católicos desarrollistas, discípulos de Maritain los de más allá o simplemente buenos y piadosos padres de familia. Congregóse así el plantel gobernante menos indicado para llevar a cabo ninguna revolución de cualquier género que se imagine y, hablando en general, ni siquiera ninguna contrarrevolución. Pero ya se sabe que la ley de las revoluciones militares argentinas tiene tres etapas: la víspera, el día siguiente y el día menos pensado, que es, naturalmente, la jornada en que las cosas terminan por definirse. Por eso estamos en el día siguiente.

El carácter confesional del elenco demostró rápidamente que se trataba de una simple cobertura. A falta de una mejor ideología y programa, el Ejército debió asirse a la Iglesia para instrumentarla en su beneficio, adquirir respetabilidad exterior y emplearla como escudo en sus primeros pasos. Un regalismo a la española o un desnudo maurrasianismo semejante ya no podían prevalecer en esta época y la Iglesia así lo dio a entender sin tapujos. El arzobispo Primatesta de Córdoba, entre otros obispos, dejó saber que no estaba dispuesto a dejarse maniobrar por el gobierno.

Al carro triunfante se encaramaron notorios agentes del imperialismo, que como Alsogaray, Goteli y el valetudinario Ingeniero Butty, aquel de la CADE y de la larga fama, tendieron a forjar la impresión de que estábamos en presencia de una restauración liberal bajo la forma de una autocracia militar. El copamiento de la Junta de Carnes y de la Junta de Cereales por personeros de los intereses ganaderos y de los monopolios robustecía al parecer esta tesis de nuestras casandras políticas. Pero las inquietudes de la Marina, de “La Nación”, de la opinión pública de Montevideo y del Partido Comunista con respecto al carácter del gobierno, nos ponían cavilosos. ¡Si conoceremos esas unanimidades!

Pues, en definitiva, la disolución de los partidos políticos, la confiscación y liquidación de sus bienes, la ley de “enmudecimiento político” que se anuncia significaría, en buenas cuentas, un nuevo decreto 4161 dirigido esta vez, ya no contra Perón, sino contra el resto de los partidos antiperonistas o no peronistas. Esta “igualdad en la proscripción” no puede ser juzgada abstractamente, sino a la luz de la política argentina de los últimos once años que se singularizó, ante todo, por la ilegalidad del movimiento peronista, ante la complacencia de los restantes partidos de izquierda a derecha.

La herencia más perdurable de la Revolución Libertadora – la extirpación del peronismo de la vida pública- encuentra aquí su fin, pues ahora están excluidos todos los partidos de la política. Si esta es una política oligárquica, habrá que redefinir esta palabra. Pero también debemos decir que si el gobierno proscribió el ejercicio de la política a todo el país, todos los problemas políticos de los argentinos refluirán sobre el Ejército.

Esta institución se convertirá, quiéralo o no el gobierno, en una caldera política sometida a una alta presión. La sociedad, como la naturaleza, “aborrece el vacío”. El apoliticismo militar, que tantas veces hemos visto en los últimos treinta años, se convertirá por la fuerza de las cosas en una acción política frenética de incalculables consecuencias. El nuevo gobierno aprenderá a su costa que la historia universal y la acción de los hombres que hacen su propia historia no han comenzado el 28 de junio, sino mucho antes.

DE LA ARMONIA AL ANTAGONISMO

Con el fin de esclarecer por vía analógica y con un sentido profesional la política de Onganía, diremos que la revolución libertadora intervino la CGT, inhabilitó gremialmente a 150.000 delegados de fábrica y envió a Ushuaia a los peronistas. En cuanto a la pequeña burguesía, su actitud fue radicalmente diferente: después de expulsar a los profesores peronistas de sus cátedras, restableció el gobierno tripartito, la libertad de cátedra para todos menos para los peronistas y afirmó la autonomía universitaria. La oligarquía liberal y la pequeña burguesía de izquierda (Dell Oro Maini y José Luis Romero) sellaron una sagrada alianza durante diez años. Esta misma universidad ha sido ahora brutalmente intervenida.

Los sucesos universitarios mostraron una ruptura entre la pequeña burguesía universitaria y la misma oligarquía que en 1956 habían marchado juntas. Por este camino, el gobierno no puede sino ganar el legítimo repudio del estudiantado y ceder el control de la universidad a la oligarquía liberal más estéril. Pero ni antes ni ahora, la Universidad estará imbuida de una conciencia nacional y democrática. En cuanto al movimiento obrero, el gobierno de Onganía ha practicado una política totalmente diversa a la llamada revolución de 1955. Devolvió la personería gremial que les había arrebatado el gobierno de Illia, a media docena de sindicatos, negoció con los obreros y aprobó nuevos convenios colectivos.

En el plano de la política económica, pueden observarse hechos no menos significativos. Un representante de grupos capitalistas nacionales como Salimei es designado Ministro de Economía y el bufón Alsogaray, embajador en Washington. Si los nombramientos estuvieran invertidos, este análisis estaría, naturalmente, viciado. Pero mientras Alsogaray, como descarado agente de la oligarquía, proclama que el primer deber del gobierno es luchar contra la inflación, el Presidente del Banco Central sigue emitiendo dinero. Salimei, por su parte, formula una política de industrialización para Tucumán. Su forma de aplicación es tan importante como su mera enunciación teórica y es sobre este aspecto que declaramos nuestras reservas.

El presidente Onganía, por lo demás, recibe sistemáticamente a dirigentes obreros y firma convenios laborales en su despacho. Ha declarado que estima necesarias la organización de empresarios y obreros en centrales únicas, lo que hiere directamente la opinión e intereses del grupo oligárquico de la Sociedad Rural y la Unión Industrial Argentina, que rechazan esa tesis y hasta se niegan a sentarse en un mismo banquete con la CGE, central empresaria de la pequeña y mediana burguesía industrial. Ante esta actitud, Onganía rehusó concurrir a la comida de celebración del Día de la Industria en la Sociedad Rural.

La celebración del 16 de setiembre no fue menos compleja. Mientras que la Marina declaraba la exigencia de mantener “vivo el espíritu” de dicho acontecimiento, el presidente, por

primera vez desde la batalla de Caseros, mencionaba el nombre de Rosas sin aditamento en un discurso de homenaje al general Guido, antiguo secretario de Mariano Moreno, amigo de San Martín y embajador de Rosas. Invocando así ese ejemplo, declaraba concluido el odio en la República e instaurada la paz argentina. Prohibía al mismo tiempo un acto de gorilas civiles en la Plaza San Martín. Pero las invocaciones a la paz no han detenido jamás la guerra.

Las gestiones “personales” de Alsogaray ante el Banco Mundial, postergando los créditos a la Argentina y la carta de esa institución al Banco Central conducirán sin lugar a dudas a una crisis interna del gobierno. Se enfrentan en este episodio los intereses imperialistas y los de la burguesía nacional. Otro signo de la lucha entablada en las cumbres gubernamentales lo ofrece Gotelli al declarar que aún no se ha resuelto si se construirá el Chocón o Salto Grande. Simultáneamente el Ministerio de Economía anuncia que la licitación para el Chocón se abrirá en diciembre. La lucha de tendencias en el gobierno se agravará cada día que pase. Esa lucha reflejará, con las particularidades del nuevo régimen, las contradicciones fundamentales de la sociedad argentina aún bajo su forma más desfigurada. Solo los “izquierdistas” resecos de espíritu pueden suponer que el proceso histórico se agota en fórmulas simples y populares.

Con su poderoso olfato, los voceros clásicos de la oligarquía – “La Prensa” y “La Nación”- otean el horizonte. Los dirigentes conservadores de Buenos Aires y Córdoba hablan ya de la amenaza de un “fascismo” o de un “falangismo”. La hoja de los Mitre caracteriza como “peligrosa” la tentativa de Onganía de formar centrales obreras o empresarias “únicas” y de “hecho inusitado” la firma del Presidente en la homologación del convenio metalúrgico. Se trata naturalmente de hechos puramente tendenciales y debemos tomarlos por su exclusivo valor. Pero agreguemos que si el “libreempresismo” es la doctrina económica moderna de la oligarquía y sus amos, el criterio “desarrollista” es típico de las burguesías nacionales en los países atrasados.

Es muy frecuente que los desarrollistas burgueses observen con desconfianza la “planificación” económica, en recuerdo de la experiencia peronista. Ahora bien, la planificación es la forma con que los militares entienden el desarrollismo. Son justamente esas propensiones planificadoras que el general López Aufranc dirige desde la Secretaría de Guerra y que impondrá sus pautas al CONADE, las que alarman a la oligarquía. A todo lo dicho se une la resistencia del Banco Mundial a otorgar sus créditos y la negativa de Estados Unidos en ratificar a Buenos Aires como sede de la conferencia interamericana, lo mismo que el papel agrario que el Departamento de Estado asigna a la Argentina y el rol industrial que atribuye al Brasil. En materia de temas explosivos, la situación actual no deja nada que desear.

DESARROLLISMO BURGUES Y APOLITICISMO MILITAR

Los antagonismos señalados no provienen de la voluntad de Onganía o de la perversidad personal de sus adversarios. Esos antagonismos están en la naturaleza misma de la sociedad argentina y ningún gobierno por distante que pretenda colocarse de los intereses concretos podrá soslayarlos. Más todavía, es precisamente el oscuro e indirecto poder de esos antagonismos, velados por la superestructura política que acaba de ser abolida, el que ha originado, en último análisis, el actual régimen. Síntesis de desarrollistas y apolíticos, el nuevo gobierno pretende desenvolver las fuerzas productivas del capitalismo nacional sin enfrentarse con la oligarquía ni con el imperialismo, a los que aún no distingue como enemigos. Pero estos últimos ya están conociendo al régimen actual. Es lógico, pues la oligarquía posee una larga experiencia política y no en vano ocupa posiciones en el propio gobierno. Se verá hasta qué punto la autocracia constituye una ventaja desde el punto de vista de los intereses nacionales.

Pero debe quedar perfectamente claro que a la oligarquía solo pude quebrantarla la lucha más denodada en todos los planos: económico, político, ideológico. Para esta lucha implacable nada sería peor que la quimera desarrollista de la burguesía y el apoliticismo militar de pretender solucionar los problemas políticos con medidas económicas o administrativas. Los países semi-coloniales no pueden darse ese lujo. Por el contrario, la política y solo la política, es decir la acción clarificadora de los fines y medios de la revolución nacional inconclusa pueden movilizar a la clase obrera y al pueblo y salvar a la Argentina, el despotismo semi-ilustrado, jamás. Hoy más que nunca el pensamiento socialista de la Izquierda Nacional es el único que ve claro y lejos y es hacia el socialismo donde marcha la historia¹⁵.

APENDICE

LA CUESTIÓN NACIONAL Y EL MARXISMO

La interpretación marxista de la cuestión nacional es rechazada con singular tenacidad por los “marxistas” argentinos. Esta ignorancia no obedece a ningún descuido bibliográfico. Abundan las fuentes y, por lo demás, en los últimos veinte años la corriente revolucionaria de la Izquierda Nacional, aún antes de constituirse como partido, ha dejado su testimonio escrito en toda una serie de libros, folletos y revistas. Pero aunque las generaciones se renuevan, “el peso de las generaciones oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos.” La izquierda cipaya ha muerto históricamente, sin duda, pero se sobrevive políticamente bajo la forma de sectas. Por el contrario, si los antiguos revolucionarios eran confinados por el aislamiento objetivo a la condición sectaria, ahora se proyectan a la acción pública por la modificación favorable de aquellas condiciones. La madurez de la época se vuelve contra las otroras imponentes organizaciones de la izquierda cipaya y tiende a convertirlas en sectas. Tal es el destino actual de los distintos fraccionamientos del “socialismo” y del “comunismo” en la Argentina. La diferencia obvia entre unos y otros salta a la vista. En los períodos de la reacción los núcleos aislados definen la voluntad revolucionaria de resistir la corriente hostil, mientras que en los segundos, su condición sectaria en el período mundial de avance retrata la completa impotencia de la cipayería para comprender la realidad nacional e influir sobre ella.

LENIN Y LA CUESTION NACIONAL

Nada ha sido objeto de una desfiguración más profunda por el stalinismo, la socialdemocracia y otros “izquierdistas” que la posición leninista sobre la cuestión nacional. Prevalece todavía en esos medios en completa desintegración un sinnúmero de ideas peregrinas sobre la “burguesía nacional”, sobre la naturaleza de nuestra revolución y sobre la estrategia certera para triunfar en ella. Como cabía esperar, el imperialismo es el principal usufructuario de esta confusión. Habiendo desaparecido Américo Ghioldi como expresión oligárquica en el seno de la pequeña burguesía izquierdista, su necesaria sustitución debía asumir un carácter más “revolucionario”, para cumplir los mismos fines, esto es, separar a la clase obrera de la pequeña burguesía radicalizada y a ambas de los intereses nacionales de un país semi-colonial. Los ultraizquierdistas emplean un lenguaje rotundo; pero su práctica política es mucho menos

¹⁵ Publicado en “*Izquierda Nacional*”, Número 3, setiembre de 1966

arrojada. Son revolucionarios de palabra y oportunistas de hecho. Como es bien sabido, el oportunismo en los países atrasados tiene un doble carácter, que refleja las dos grandes fuerzas prevalecientes en él: el imperialismo y la burguesía nacional. Mientras que algunos traducen al lenguaje “Marxista” los puntos de vista de la burguesía, idealizando su papel revolucionario, a la manera del Stalin de 1927, otros, en cambio, cubren su oportunismo hacia el imperialismo con la verba exaltada del intransigente tribuno: eso son los ultraizquierdistas, más peligrosos que los anteriores por cuanto toda la historia argentina contemporánea ha sido modelada por el capital extranjero en la doctrina “anti burguesa” y “anticapitalista” fundada por Juan B. Justo. Se recordará a este respecto que Justo dividía al capital en dos categorías: el capital “espùreo” y el capital “sano”. El primero era el capital argentino, raquíto y ansioso de proteccionismo; el segundo, el capital extranjero, fuerte y seguro de sí mismo. Justo prefería el segundo. Es en épocas muy recientes que la burguesía nacional ha hecho su tímida aparición y que los movimientos que actualmente la interpretan – peronismo y frondizismo- actúan en la escena. Diremos de paso que mucho antes que existiera como tal la burguesía industrial, ya existían en nuestro país “movimientos nacionales” y que la diferencia entre “burguesía nacional” y “movimientos nacionales” es un enigma sellado con siete llaves para nuestros “izquierdistas”.

La pequeña burguesía urbana ha sido la víctima tradicional de la influencia izquierda-imperialista. Los ejemplos de 1930, 1945 y 1955 son demasiado conocidos a este respecto como para que insistamos en analizarlos. En esta nota sólo nos ocuparemos del oportunismo hacia el imperialismo, que es el más corriente entre los sectores en apariencia más antagónicos de la izquierda cipaya. Por otra parte, estos sectores o sectas, multiplicados por el ciclotrón de la crisis “ad nauseum”, difieren entre sí en mil problemas: Stalin o Trotsky, Mao o Jrushev, Togliatti o Gramsci, revolución campesina o colectivización, Ben Bella o Tito, etc., pero coinciden unánimemente en condenar las tareas nacionales de nuestra revolución y en sepultar horrorizados los textos de Lenin y Trotsky sobre la revolución en los países semi- coloniales.

EL IMPERIALISMO HABLA

La quiebra total de la izquierda cipaya, ha movido al imperialismo a usar su propia voz en el debate sobre la naturaleza de las clases sociales en la Argentina. La publicación de la revista “Fichas de investigación económica y social” posee ese significado¹⁶. Dirigida a “economistas y sociólogos” profesionales, este órgano enmascarado con el pseudo-cientificismo yanqui, se propone en realidad remachar la vieja sumisión de la izquierda cipaya a las categorías abstractas y extranjerizantes que siempre la distinguieron. Todo esto no pasaría de una simple

¹⁶ El redactor principal o único de la revista “*Fichas de investigación económica y social*” es el señor Milciades Peña, titular de una empresa de publicidad, relaciones públicas e investigación del mercado que actúa en esta plaza. Vastamente relacionada con las grandes empresas extranjeras radicadas en el país, esta firma les proporciona profesionalmente informes mediante importantes contratos por prestación de servicios. La “investigación de mercado” es una invención yanqui típica del mercado imperialista, donde el despilfarro publicitario esconde la evasión de réditos y una forma indirecta de ejercer presión política sobre la prensa, la radio y la TV. La “investigación de mercado” constituye una de esas especialidades características de la anarquía capitalista, un subproducto del derroche y un método derivado del espionaje industrial. El señor Peña publica avisos en la sección financiera del diario “Clarín” con el sugestivo título de: “Se buscan empresas con más de 10 millones de pesos anuales de ventas”. En la revista imperialista “Primera Plana”, el señor Peña ha sido reportado acerca de los mejores métodos de investigación del mercado requeridos por las grandes empresas instaladas en la Argentina. Se trata pues de un personaje altamente calificado para lanzar una ofensiva publicitaria desinteresada contra el desarrollo industrial argentino. La aversión confesada del señor Peña contra la “burguesía industrial” es completamente sincera a la luz de tales antecedentes.

curiosidad “sociológica”, si no fuera que su perceptible redactor, el Sr. Milciades Peña, no intentara emplear una amalgama de “marxismo” y estadística destinada a volver más accesible a los incautos su mercadería antinacional y antimarxista. Este nuevo método imperialista, mechado de alusiones a la “clase obrera”, a “Trotsky”, etc., exige que se le preste cierta atención.

JUAN B. JUSTO YA NO SIRVE

El tradicional órgano de los intereses comerciales porteños, “La Nación” de los Mitre, ha difundido siempre la doctrina de que las industrias argentinas estaban “sobre-protegidas”. El fundador del Partido Socialista y campeón del librecambismo, Juan B. Justo, argüía que las industrias en este país eran “artificiales”. Aconsejaba a los industriales combatir el proteccionismo. Los ultraizquierdistas posteriores, inventaron variantes originales: al no poder negar la existencia de una industria y de una burguesía nacional, pretendieron suprimir a esta última con un ingenioso subterfugio, que consistía en afirmar que el “imperialismo es un factor interno” de la economía. En otras palabras, que la única respuesta para la revolución argentina, ya que el enemigo estaba adentro y afuera, era la revolución socialista, lo que eliminaba de un solo trazo las *tareas nacionales en un país semi-colonial*. La revista “Fichas” y su agente de Relaciones Públicas, por fin, agrega a esa lista su propia contribución: la industrialización argentina sería tan sólo una “seudo- industrialización”. Con la inclusión de una sola palabra, aunque sea una seudo-palabra, este experto ingresa a la galería de los teóricos cipayos, lo que no es hazaña pequeña, sobre todo tratándose de un hombre de negocios.

BURGUESIA EUROPEA Y BURGUESIA NACIONAL

Mientras que algunos socialistas combatían abiertamente la idea misma de industrializar la Argentina, otros izquierdistas considerarán a la industria obra exclusiva del imperialismo, pero todos ellos declararán que sólo “el socialismo” puede introducir el orden en este valle de lágrimas. No es ajeno al debate añadir que tanto unos como otros, cada uno a su hora, fueron enemigos acérrimos del yrigoyenismo y del peronismo. Estos dos grandes movimientos del siglo XX argentino, como es bien sabido, sobre todo el segundo, expresaban un frente de clases antioligárquico y de un marcado carácter burgués- populista, o sea históricamente progresivo.

Los cipayos que redactan la revista “Fichas”, y agobian al lector (sea o no “sociólogo”) con especiosas estadísticas, ignoran por completo las condiciones que rodearon la aparición de la burguesía en los países imperialistas. Es un error corriente afirmar que la burguesía europea fue “revolucionaria” y que realizó su propia revolución, mientras que la burguesía de los países atrasados, por venir al mundo en la época de declinación del régimen capitalista, adquiere forzosamente una naturaleza contrarrevolucionaria. En realidad, la burguesía no fue revolucionaria en parte alguna del mundo, ni en época alguna. Si el proletariado, sometido a las condiciones de explotación capitalista, aliena su existencia global y sólo puede alzarse a una conciencia sindical de sus intereses económicos inmediatos (lo que exige la formación de un partido revolucionario) la misma burguesía no ha sido menos enajenada, en el otro polo del sistema, por la contracción cotidiana que le exige la defensa de sus intereses como capitalista individual. El pensamiento colectivo es más extenso y profundo en el proletariado que en la burguesía, que frecuentemente pierde de vista los intereses empresarios por la exclusiva y estrecha vigilancia del capitalista privado a su propio “status”. De donde resulta que las revoluciones burguesas clásicas no fueron dirigidas ni inspiradas por la burguesía, sino por otras clases que se subrogaron a aquella en la fundación del Estado Nacional o en la conducción del proceso revolucionario. Pero esos “movimientos nacionales” tenían un marcado contenido económico y social burgués, puesto que toda la época y la situación general de la sociedad imponían a esos movimientos ese contenido. El capitalismo había penetrado por todos los poros

del régimen feudal, mucho antes que la revolución conmoviera al régimen político. Así, el jacobinismo revolucionario del siglo XVIII fue un movimiento de la pequeña burguesía, pero los frutos de la gran revolución fueron gustados por la burguesía. La unificación de Alemania no la condujo la burguesía alemana, que apenas advertía las ventajas de un simple “Zollverein”, sino por la nobleza militar campesina de Pomerania, que la promovió teniendo en vista los intereses dinásticos de los Hohenzollen; pero la política bismarckiana, realizada por el ejército prusiano, amplió universalmente el vuelo del capitalismo alemán, sin que la burguesía alcanzara en modo alguno el poder político. No fue la burguesía industrial de Piamonte la que dirigió la lucha por la unidad de Italia, sino la Casa de Saboya, Cavour y los garibaldinos, con toda la pequeña burguesía peninsular. Sin embargo, esa unidad nacional fue la condición primera para que la burguesía expandiese el capitalismo en Italia y fundase su poder económico. Quizás la única excepción sea la revolución inglesa del siglo XVII, si dejamos en claro que su cabeza pensante y jefe supremo tampoco era un burgués, sino el hidalgo campesino Oliverio Cronwell. El carácter enajenante de la producción capitalista se manifiesta más particularmente en el capitalista privado que en el proletariado y si éste sólo puede adquirir la conciencia “Tradeunionista” de sus fines, el burgués individual ni siquiera llega a percibir los intereses de su clase en su conjunto, y mucho menos la clase en su conjunto logra forjar una autoconciencia de su política. El rasgo distintivo de la burguesía en los países imperialistas, como lo demuestra toda la historia de la Rusia prerrevolucionaria, fue justamente que la burguesía liberal rusa estaba más dispuesta a sellar un acuerdo con la nobleza feudal que con el pueblo y prefería una ventaja circunstancial a una revolución democrática. Pero si esta ha sido la actitud habitual de la burguesía como clase, se impone establecer las diferencias existentes entre la burguesía y los movimientos nacionales en los países atrasados.

La burguesía semi-colonial se forma como un resultado directo de la crisis del sistema capitalista mundial. Está ligada desde su origen al capital extranjero, a sus mitos, ideas y a la reverencia a su gigantesco poder. Todo esto no impide que sus intereses se enfrenten frecuentemente con el imperialismo. Los intereses de la burguesía no se manifiestan a través de la burguesía misma, atada a sus preocupaciones cotidianas y a su odio de clase al proletariado nativo, mucho más agudo que su aversión al capital extranjero. Dichos intereses encuentran su expresión en los movimientos nacionales. Si bien es cierto poseen el contenido nacional burgués consiguiente, están compuestos de distintas clases sociales, entre ellas el proletariado y asumen frecuentemente en su lucha un carácter plebeyo que aterra a la propia burguesía nacional. Baste recordar la actitud de los industriales frente a Perón para medir recíprocamente las relaciones entre la burguesía nacional y el movimiento nacional.

Esta distinción en apariencia terminológica está lejos de ser obvia. Los cipayos de hace veinte años veían en Perón a un “dictador fascista” y en el proletariado a un “lumpenproletariat”; hoy ya no es posible afirmar cosas semejantes. Por esa razón los cipayos de la revista “Fichas” y sus congéneres prefieren enfilear sus baterías contra la “burguesía industrial”, para esconder su odio contra el movimiento nacional, que también incluye al proletariado. El antiperonismo de la revista “Fichas” es transparente. Ese hecho bastaría para situar políticamente a su editor, y a concluir con el asunto si otros temas que imprudentemente toca la revista no exigieran debida puntualización.

LOS PAISES OPRESORES Y LOS PAISES OPRIMIDOS SEGÚN LENIN

La burguesía nacional oscila perpetuamente entre el temor a su propio proletariado y su ambición de disputar al imperialismo el control del mercado interno. A esta contradicción es preciso añadir otra: como el capital imperialista posee importantes intereses en la industria argentina, es habitual que ciertas ramas de la industria de capital extranjero tiendan a establecer un dominio monopólico en el mercado, que hiere directamente a los sectores industriales de

capital nacional del mismo rubro, carentes de la protección fiscal, aduanera y bancaria con que cuentan sus competidores interiores o exteriores.

Esta situación desgarrá continuamente la dirección de su política y recrea sin cesar una dualidad irresoluble y convulsiva. Si Juan José Real considera erróneamente que la burguesía nacional es definitivamente progresista (como traslación mecánica del estado semi-colonial del país) la revista “Fichas” estima que es abiertamente contrarrevolucionaria (por considerarla mero agente del capital extranjero). Ambos se equivocan, pues ambos practican una política oportunista, uno hacia la burguesía nacional y la otra hacia el imperialismo. Si en lugar de rendirse ante los productos microestadísticos de los “sociólogos” norteamericanos el Sr. Peña y su empresa hubiesen destinado unos momentos a la lectura de Trotsky, habría encontrado en la obra de ese gran revolucionario, “El gran organizador de derrotas”, las líneas siguientes:” Es evidente que la burguesía no viene al campo de los revolucionarios al azar ni a la ligera, sino por la presión de sus intereses de clase. Después, por temor a las masas abandona la revolución o le manifiesta abiertamente el odio que había disimulado. Pero no puede pasar definitivamente al campo de la contrarrevolución, es decir, liberarse de la necesidad de “sostener” de nuevo a la revolución, o, al menos, de coquetear con ella, más que cuando con métodos revolucionarios o de otra especie (bismarckianos, por ejemplo) logra satisfacer sus aspiraciones fundamentales de clase.” (pág. 216). La revista “Fichas” no coincide con este punto de vista. Por el contrario sostiene que la burguesía (movimiento nacional) “no puede dejar de ser una clase contrarrevolucionaria... Ella es una clase contrarrevolucionaria y antinacional...” (“Fichas”, pág. 80). Como todos los que ignoran la dialéctica, los redactores de “Fichas” inmovilizan una categoría, aíslan de su contexto histórico una clase, la fijan como un elemento inmóvil en el fluir del proceso histórico y la consideran como una fracción de eternidad. Pero al lanzar a la burguesía(movimiento nacional) a la barricada de la contrarrevolución, el Sr. Peña crea un vacío, que se apresura a colmar con la fórmula socialista pura, la fórmula predilecta del imperialismo para separar el proletariado de la Nación y de sus posibles aliados en la revolución democrática. Lenin llamaba a estas actitudes “anarquismo pequeño burgués”, Trotsky las juzgaba como “una imbecilidad equivalente a la traición”; nosotros preferimos designarlas como expresiones de la izquierda cipaya.

La revista “Fichas” resume en su contenido todas las ineptias marxistas de tres cuartos de siglo, enderezadas a impedir la adopción de la política leninista en la cuestión nacional. Las citaremos por su orden:

- 1 - Desconocer el carácter semi- colonial de la Argentina como provincia de la Nación Latinoamericana.
- 2- Atribuir a su industria una dependencia completa del capitalismo imperialista.
- 3- Negar en consecuencia todo nacionalismo a la burguesía industrial o al movimiento nacional burgués.
- 4- Negar, además, toda divergencia entre terratenientes e industriales.
- 5- Negar toda “movilidad social” en la industria, o en lenguaje más simple, afirmar que la inmensa mayoría de los directivos industriales son actualmente los mismos que dirigían la industria antes de 1946.
- 6- Afirmar que la oligarquía agropecuaria fue la más enérgica promotora de la industrialización argentina.
- 7- Negar, además, que el gobierno de Perón propulsó la industrialización.

8- Negar la existencia en la política argentina de una *política nacional* entre los diversos grupos de las clases dominantes. Cada uno de ellos sería servidor de uno u otro imperialismo extranjero.

9- Propugnar un gobierno de obreros, peones y... Chacareros.

Que una empresa de Relaciones Públicas y Publicidad engendre esta fórmula no es lo menos sorprendente de la revista "Fichas". Los izquierdistas cipayos cuentan con un nuevo aliado.

Desde hace veinte años hemos combatido tesis semejante. Y durante dos décadas la realidad argentina se ha encargado de demoler con su evidencia a sus estériles sostenedores. Si consagramos estas líneas a refutar a los cipayos de la revista "Fichas" no es porque tengamos en cuenta su insignificancia – salvo en el campo comercial- sino porque esta curiosa revista nos permite reiterar con fines educativos ideas sustanciales del marxismo en los países atrasados.

El imperialismo y la propia burguesía nacional, al emplear el púdico vocablo cepaliano de "país subdesarrollado" convienen en aceptar el carácter semi- colonial de la Argentina, notorio para todo el mundo, excepto para el "investigador" de "Fichas". La Argentina de 1964 no ha cambiado esencialmente el carácter histórico- social que le atribuía Lenin en su libro sobre el imperialismo, escrito en 1916, y en el cual incluía a nuestro país en la serie de países oprimidos. El 26 de julio de 1920, durante el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, Lenin definía del siguiente modo el punto de vista marxista sobre la cuestión nacional y colonial: "En primer lugar, ¿Cuál es la idea más importante y fundamental de nuestra tesis? La distinción entre pueblos oprimidos y opresores. Subrayamos esta distinción en oposición a la II internacional y a la democracia burguesa". De esta situación histórica especial de los países atrasados, Lenin extraía no menos evidentes conclusiones tácticas y estratégicas: "La dominación extranjera impide el libre desenvolvimiento de las fuerzas económicas. Es por esta razón que su destrucción es el primer paso de la revolución en las colonias y es por esto que la ayuda aportada a la destrucción de la dominación extranjera en las colonias no es, en realidad, una ayuda aportada al movimiento nacionalista de la burguesía nativa, sino la apertura del camino para el propio proletariado oprimido".

¿REVOLUCION NACIONAL VERSUS REVOLUCION SOCIALISTA?

En el período en que Stalin idealizaba a la burguesía china, la burocracia soviética separaba las tareas nacionales de la revolución democrática de las medidas propias de la revolución socialista en compartimentos estancos, separados por amplios períodos históricos. Era una variante de la ideología nacional burguesa en ciertos países atrasados, que persiguen la completa capitulación del proletariado y su partido al programa de la burguesía. Por el contrario, ciertos ultraizquierdistas o agentes imperialistas, según los casos, sostienen una tesis inversa, no menos peligrosa que aquella. Afirman que la revolución socialista es la única tarea concebible en un país atrasado. Al exponer semejante tesis, sustituyen la "etapa democrática" por la "socialista", en lugar de entender de una vez que el proceso de la revolución permanente en los países atrasados significa simplemente que la lucha por la liberación nacional sólo puede emprenderla el proletariado siempre y cuando acaudille a masas no proletarias, e incluya en su programa consignas no solamente socialistas, sino nacionales. Es en el duro proceso revolucionario, cuyas alternativas y dificultades nadie puede prever, salvo algún Cagliostro yanqui, que el proletariado puede asumir la dirección de la lucha nacional e introducir las medidas socialistas que convengan a la Nación para arrancarla ante Chiang-Kai-sehk, la política ultraizquierdista de los cipayos sólo puede conducir a debilitar el movimiento nacional, a aislar al proletariado de su seno o a consolidar dentro de él la primogenitura de la burguesía nacional.

Lo más frecuente en estos casos, es que los pequeños burgueses de “izquierda”, lectores de “Fichas”, permanezcan al margen de los grandes procesos revolucionarios, preservando en sus bolsillos la pureza de la doctrina, como en 1945 o en 1955, si es que no salen a la calle para contribuir a derribar al “gobierno burgués”, del brazo de la oligarquía. Esto el señor Peña lo debe saber muy bien. El “internacionalismo abstracto” es la máscara de los socialimperialistas en los países opresores y de los más declarados opresores en los países semi-coloniales.

La revista “Fichas” afirma que la “burguesía es contrarrevolucionaria “y propone luchar contra la burguesía (movimiento nacional) y el imperialismo al mismo tiempo. Coloca en un mismo plano al país opresor y al país oprimido. “Aguardar que la burguesía nacional saque al país del atraso para recién después llamar a la clase obrera a la conquista del Poder no es apoyar el desarrollo nacional sino renunciar a él, ya que aparte del proletariado no hay ninguna clase capaz de realizar esta tarea. En estas condiciones hablar de “revolución democrático- burguesa” o de “revolución nacional” es caminar en el vacío o engañarse conscientemente”, afirma en la página 80 el señor Peña. Fuera del hecho notable de que un agente de Relaciones Públicas exponga tales ideas, queda en pie el hecho de que fuera del proletariado “no hay ninguna otra clase” interesada en la independencia nacional. En la Argentina, que es nuestra patria, mal que le pese a los “Public Relations”, existen otras clases interesadas en el crecimiento económico y en la independencia nacional: existen el proletariado rural, la pequeña burguesía urbana y rural, clase gigante y en muchos sectores empobrecida, los pequeños comerciantes y los pequeños industriales. La inmensa mayoría del país está interesada en la liberación nacional, pero si bien es indiscutible que sólo el proletariado puede conducir a esas masas, no es menos cierto que el proletariado librado a sus solas fuerzas no puede realizar ni la liberación nacional ni por supuesto su liberación social. Para este tipo de cipayos Trotsky afirmó lo siguiente: “Lenin ha escrito centenares de páginas para demostrar la necesidad capital de distinguir las naciones imperialistas de las colonias y semicolonias, que constituyen la mayor parte de la humanidad. Hablar de “derrotismo revolucionario” en general sin distinguir entre países opresores y oprimidos es hacer del bolcheviquismo una caricatura grotesca y miserable y poner esta caricatura al servicio del imperialismo.”

LA ESTADISTICA YANQUI O LA MENTIRA COMO CIENCIA

La “sociología” norteamericana ha impuesto en el pequeño mundo de sus imitadores internacionales un método estadístico para miniaturistas destinados a fragmentar el estudio del conjunto de la sociedad. De este modo se cierran la posibilidad de descubrir sus contradicciones y conservan sus bien remunerados empleos. La revista “Fichas” se aplica dócilmente a utilizar dicho método. Su propósito declarado es inventariar la ausencia de contradicciones entre las clases dominantes de la Argentina y la absoluta fusión de ellas con el imperialismo. Esta burda operación se realiza en varias etapas. La primera de ellas consiste en negar la “movilidad social” en nuestro país. La historia universal es la realización de la idea absoluta para Hegel, y para Marx es la historia de la lucha de clases. Nunca la historia del mundo ha sido tan convulsiva como en nuestra época, en la que agoniza el capitalismo. Los pueblos, las clases y los regímenes sociales y políticos se desplazan en luchas grandiosas. Para la revista “Fichas”, sin embargo, todo es estático. Como las cifras son manuable, los cipayos de la revista intentan demostrar con ella dicha tesis. Con la ayuda inapreciable de la Guía de Sociedades Anónimas ofrecen las pruebas. Es conocido el hecho de que dicha Guía no persigue un propósito científico, sino que está destinado a las agencias de publicidad, a los agentes de Relaciones Públicas a caza de nuevos clientes y otros menesteres semejantes. Por esa razón incluye en sus páginas a todas las empresas que radicadas en el país se rigen por el sistema jurídico de acciones. Dicha Guía contiene, pues, compañías comerciales, intermediarias, industrias importantes, grandes tiendas,

agrícolas-ganaderas, de transportes y hasta agencias de propaganda, que como se sabe, venden ilusiones. Esto último tampoco lo ignora el señor Peña, pues justamente es su oficio.

Con ese sapiente breviario en la mano, la revista “Fichas” sostiene que no ha existido entre 1946 y 1960 “movilidad social”, o sea el desplazamiento de individuos de una clase social a otra más elevada en la esfera de la industria. En otras palabras, dicha revista se proponía demostrar que la “burguesía industrial” carece de existencia y que los principales directores de Sociedades Anónimas industriales son en la actualidad básicamente los mismos que existían en la gran industria de 1946. Es fácil señalar también que la revista indicada pretende señalar que el peronismo no promovió la industrialización argentina, lo que se indicará explícitamente con la misma autoridad científica en otra parte de la regocijante publicación. Pero los números empleados por estas manos indiestras juegan una mala pasada a sus manipuladores. Ellos demuestran sin dejar lugar a dudas que la “movilidad social” de ese período constituyó una realidad demostrable.

Cabe advertir que el “inconsciente” de los “investigadores” de la revista “Fichas” ha trabajado más certeramente que su máquina calculadora: para designar a los directores de las Sociedades Anónimas industriales de antiguo arraigo (imperialistas) emplea el vocablo “clásicos” y para aquellos dirigentes de la industria incorporados a la actividad económica después de 1946, utiliza la palabra “advenedizos”. No otro es el criterio oligárquico para designar a los recientes ricos de la “nueva clase”, lo que psicológicamente implica una involuntaria confesión que desmiente la propia tesis sobre la identificación entre terratenientes e industriales, dentro de la mejor tradición de los actos fallidos freudianos.

Pero veamos las cifras de los cipayos: sobre 743 directivos hay 165 “clásicos”, 97 “dudosos” y 482 “advenedizos”. La revista “Fichas” considera “dudosos” a “aquellos directores que en razón de sus apellidos (González, García, etc.) resultaron de difícil identificación dentro del aquí y ahora del trabajo”. Los González y Garcías que son de “difícil identificación” no pertenecen evidentemente a la cohorte de directores “clásicos” de las grandes Sociedades Anónimas anteriores a 1946, bien conocidos por la Guía y por la revista “Fichas”: son apellidos típicos de la pequeña burguesía argentina que ascendía verticalmente hacia puestos directivos de la industria. Estos “investigadores de mercado” están por lo visto más familiarizados con los Parsons y Packard que con los García. Sólo a un cipayo en estado de beatitud perfecta se le puede ocurrir la idea de realizar una “investigación” para saber quién es García. Resulta concebible que al terminar esa encuesta, se encuentra acometido de una estadística perplejidad.

En resumen, esto obliga a sumar los 97 “dudosos” a los 482 “advenedizos”. El resultado aritmético es: 165 empresarios de la década pre-peronista y 579 “seudo-industriales” como diría nuestro seudo-investigador. La tesis le ha estallado entre las manos. Como dice el proverbio gaucho, el mal enlazador se enreda en su propio lazo. Se trata de un solo ejemplo de la solvencia intelectual de la revista “Fichas”. Pero toda publicación cipaya se funda en esos sólidos cimientos.

INDUSTRIA NACIONAL E INDUSTRIA EXTRANJERA

La revista “Fichas” y su solitario redactor fingen considerar que la industria argentina sólo puede concebirse bajo la forma de Sociedad Anónima. ¡Qué honestidad científica! Dejan a un lado sigilosamente a las sociedades de Responsabilidad Limitada, que es la forma jurídica adoptada en nuestro país para favorecer la organización de la pequeña o mediana empresa y a cuyas estipulaciones se acogieron miles de talleres y fábricas en el período que horroriza al señor Peña y sus mandantes y que apenas osan mencionar. Esos talleres, que la revista llama despectivamente “artesanales”, si habían sido ya excluidos de sus relevamientos por el Censo

Industrial de 1941, también son ignorados por el señor Peña. Pero se ve obligado a confesar que constituyen el 90% de los establecimientos y un 20 de los obreros”, lo que deja al margen de sus elucubraciones a casi un cuarto de millón de obreros argentinos. En un país semi-colonial, cuesta cierto esfuerzo tener que repetirlo, decenas de miles de pequeños y medianos industriales, que emplean entre 200.000 y 250.000 obreros, constituyen precisamente uno de los focos más peculiares de la “burguesía industrial” aborrecida por este agente extranjero, que considera “advenedizo” a todo industrial argentino y “clásico” a todo industrial imperialista. De un modo absolutamente típico, esos talleres forman parte del rudimentario capitalismo de un país atrasado. Las deficiencias de la información estadística (que entre otras cosas permite la manipulación inescrupulosa de cifras por estos “investigadores de mercado”) impiden que pueda contarse con guarismos actualizados. Una estadística completa ampliaría considerablemente su número e importancia: son legión los talleres que no pagan réditos y escapan a todo control. La recomposición de estadísticas sobre base de diversas fuentes, de años distintos, de pesos de valor diferente, ha dado nacimiento a un arte que más se vincula con la ficción literaria que con la investigación responsable. Sus resultados están a la vista

Las cifras no dicen nada por sí mismas. La propia revista “Fichas” lo demuestra amputando de la industria nacional un cuarto de millón de obreros. Pero estas conclusiones se derivan del pensamiento político fundamental que guía la penosa recopilación.

La industria de capital argentino, así como la industria argentina de capital extranjero, forman parte del aparato productivo del país. Emplean proletariado nacional, se enfrentan entre sí por la tendencia monopolista del capital extranjero a dominar el mercado interior y se distinguen por las diferentes bases financieras de su política. Mientras que la industria de capital extranjero cuenta con sus propios bancos y puede soportar una acción de “dumping” o los períodos de receso del mercado consumidor, la industria de capital nacional depende fundamentalmente de los bancos oficiales, es decir del Estado. Las consecuencias de la caída de Perón en 1955 se hicieron sentir agudamente en este campo. A menos que se ignore la realidad del país y se suspenda por un momento la lectura del “Times”, este hecho es de tal notoriedad que hasta la revista “Fichas” podría conocerlo.

La dependencia de la industria argentina del exterior, que apunta triunfalmente la revista “Fichas”, es la demostración del carácter atrasado del país. Las importaciones no han hecho sino crecer, pero se ha modificado con la industrialización su carácter. En lugar de importar artículos de consumo, el país importa del exterior bienes de capital, equipos, materias primas industriales. Antes de considerar esta transformación cualitativa como una prueba de la capacidad de maniobra que adquiere un país semicolonial frente a sus antiguos proveedores, la revista citada la juzga como una manifestación de que las grandes empresas imperialistas “ven complacidas la pseudo industrialización porque ella origina una creciente demanda de esos productos.”(pág. 48). La complacencia del imperialismo por la industrialización argentina se puede medir por la política económica por ellos practicada. Todo el país conoce los resultados de la “complacencia” imperialista por nuestra industrialización, a la luz del millón de desocupados que la política imperialista ha producido en los últimos años.

“No es posible comprender la industrialización ateniéndose exclusivamente a su contenido económico. Industrialización implica modificaciones en la estructura de la sociedad, ante todo modificaciones de las relaciones de propiedad, expropiación de las viejas clases propietarias y ascenso de nuevas clases al poder”, afirma la revista “Fichas” en la página 3.

Y ¿Cómo sería posible “comprender” la industrialización si no es por medio de su contenido económico? El señor Peña ha cometido un desliz, no menos grave que sus anteriores fantasías contables. ¿Querrá decir quizás que la industrialización también puede

“comprenderse” por el contexto histórico que la rodea y modela? Tampoco, porque la revista ignora la historia argentina y la estructura de nuestra sociedad, entre otras cosas que también ignora. En efecto, con un candor un tanto torpe descubre que en los países atrasados la industria se desarrolló de modo distinto que en los países clásicos. Ha oído que en este tipo de países frecuentemente las formas modernas de la economía industrial no alteran la estructura arcaica del régimen agrario y que se yuxtapone a éste como un elemento diferente, que se inserta en el anacrónico conjunto. Ese fue el caso de la Rusia Zarista, que parece conocer la revista “Fichas”, también de mentas, (no hay versión en lengua inglesa). La gran industria se instala en el corazón de un Imperio campesino feudalizado y bárbaro. Algo semejante ocurrió en la China pre-comunista. La revista ha inflado de aire sus débiles pulmones y de una sola bocanada ha generalizado estos ejemplos, abrazando a la Argentina como ejemplo latinoamericano de “desarrollo combinado”. El despertar es cruel, debemos admitirlo.

Todos los estudiantes saben que en nuestro país no hay “cuestión agraria”, en el sentido que se da contemporáneamente a esta expresión o sea que no hay tareas burguesas o capitalistas que realizar en esta esfera. Desde los tiempos de Rosas ya existía el capitalismo agrario. La influencia inglesa propagó el carácter capitalista de la producción agraria a la producción agrícola del Litoral, como forma idónea para exportar masivamente los cereales requeridos por el mercado europeo. Los propietarios de las estancias del Litoral y sobre todo en la provincia de Buenos Aires son propietarios capitalistas, producen vacas para la exportación o el mercado interno, extraen plusvalía de peones, industrializan sus haciendas en frigoríficos extranjeros o nacionales, y en muchos casos combinan la explotación ganadera con la agrícola, usan tractores y hasta aviones para transportar repuestos de tractores en sus inmensas propiedades. Su poder consiste en la fertilidad de nuestras praderas, que supera a la de Australia y que mediante la renta diferencial ubica a la oligarquía terrateniente argentina en un lugar de privilegio entre sus iguales. Es el sector más parasitario de las clases dominantes argentinas, no porque sea feudal, sino justamente porque extrae su poder de su índole capitalista. El desarrollo industrial del país hasta hoy no podía por vías burguesas proponerse “expropiar” a la oligarquía. En las condiciones descritas, sólo el proletariado, pero como una medida socialista, puede trazar esa perspectiva. En consecuencia, la “industrialización de este país no se ha instalado en un medio feudal”, como parece soñar la revista “Fichas”, sino que ha aparecido en un medio capitalista agrario. La oligarquía no puede ser expropiada por su hermana del sistema, la burguesía industrial, justamente por esa razón. Pero la expropiación de la oligarquía se impone como una necesidad urgente pues fundada en su poder económico se opone a la industrialización del país, que podría modificar no el mercado interior sino la estructura de nuestro comercio exterior, sobre la cual funda la oligarquía ganadera su fuente de ganancias. No hay “ascenso de nuevas clases al poder”, dice la revista para explicar por qué no existe “industrialización” en la Argentina, sino pseudo-industrialización. Esto nos lleva al problema político e histórico más amplio de las relaciones entre el bonapartismo, la burguesía nativa y el movimiento nacional. Los “investigadores de mercado” tampoco han investigado este tema.

BURGUESIA NATIVA, BONAPARTISMO Y MOVIMIENTO NACIONAL

Hemos visto que la industrialización en la Argentina, como fruto de las crisis del imperialismo, es tan genuina como la tontería de muchos de sus detractores. Es un hecho. Los números no pueden sino corroborarlo, por inepta que sea la mano que los esgrime.

Las “nuevas clases” no han ascendido al poder, como pretende el señor Peña con indignación, justamente porque la burguesía no asciende sino raramente al poder político. Lo hace generalmente a través de otras fuerzas, que no siempre son burguesas. Ya hemos dado abundantes ejemplos históricos. En la Argentina, como en América Latina, el bonapartismo cumple ese papel. El Ejército se subroga a la burguesía, especuladora y rapaz, para imprimir al

Estado una orientación nacional burguesa. No puede hacerlo sino a través de la movilización de grandes masas populares y proletarias, cuyas aspiraciones de todo orden debe satisfacer en parte. Ese fue el rol histórico del general Perón, apellido que no puede soportar la revista cipaya. La burguesía misma no hizo sino odiar al jefe militar que expandía el capitalismo nacional, pero que debía moverse dentro de esos límites sociales. Esto lo hemos explicado centenares de veces. Lo hacemos una vez más, no para los cipayos incurables, que se nutren de otros recursos de persuasión, sino para los jóvenes que nos leen.

Los “sociólogos profesionales” y los “economistas profesionales” que lean la revista “Fichas” buscarán en vano la explicación más importante del problema en sus páginas. El señor Peña no parece haber advertido que si la burguesía nacional es muy débil, no todo el capitalismo argentino es privado. Hay un sector muy considerable, impulsado por Perón durante esos doce años de gobierno, que debe designarse como un “capitalismo de Estado”. Por la importancia política y económica de este sector, puede medirse el papel que juega en los países atrasados el aparato del Estado como instrumento de crecimiento económico y de resistencia al capital imperialista. Lo encabeza la Dirección de Fabricaciones Militares, que dirige la construcción de la industria pesada, de acuerdo al Plan Savio. Los altos hornos de San Nicolás de Zapala, el carbón de Río Turbio (actualmente paralizado), las empresas nacionalizadas del transporte, comunicaciones, YPF, etc., etc., indican que en nuestro país, como en la Inglaterra del siglo XVII, después de la revolución de Cronwell y del Acta de Navegación, el Estado intentó convertirse, con el apoyo del movimiento nacional, en el principal propulsor del capitalismo. La burguesía industrial creció a su sombra y lo apuñaló cuando pudo hacerlo.

Ahora sufre las consecuencias de su imbecilidad.

LA OLIGARQUIA, DEFENSORA DE LA INDUSTRIA Y EL PERONISMO, SU ENEMIGO

El inefable “investigador” es un inveterado coleccionista de curiosidades “sociológicas”. Estas notas se han hecho demasiado extensas como para permitirnos examinar las perlas falsas una por una. Sólo mencionaremos la que sostiene la identidad de intereses entre la oligarquía terrateniente y la burguesía industrial. La otra, es que la primera impulsó el desarrollo industrial durante la “década infame”, a través de Justo y Pinedo, mientras que el régimen de Perón se distinguió por la declinación de la industria. El gobierno ganadero defiende la industria y el gobierno industrialista la sume en la decadencia! Como la pura enunciación de estadísticas nada evidencia, puesto que la política es la “expresión concentrada de la economía”, según Lenin, se impone dilucidar brevemente la impostura de este cipayo profesional. La crisis de 1930 redujo drásticamente el valor de las exportaciones agropecuarias. Los gobiernos oligárquicos de Uriburu y Justo se encontraron con un presupuesto insignificante de divisas. Enfrentaron la crisis no con criterio “liberal” sino con una política “dirigista”. La oligarquía utilizó el Estado para su propia protección; estableció un 10% de adicional aduanero para restringir importaciones que no podía pagar, cortó en redondo la inmigración europea y financió con los bancos estatales su propia quiebra. Esta política originó un desenvolvimiento industrial considerable, como cabía esperar. La oligarquía, a través de sus diversos órganos, no fue indiferente a este desarrollo, que contribuía a mantener activa la economía general en un período de crisis agraria. Pero cuando los precios agrarios comenzaron nuevamente a subir en el mercado mundial por la atenuación de la crisis y la proximidad de la guerra imperialista, la oligarquía renovó su aversión a la industrialización, justamente al restablecerse la ecuación estancia-fábrica con Gran Bretaña. La política de la época ilustra bien estas vicisitudes del

“industrialismo” de la oligarquía que sólo cipayos al estilo del señor Peña han podido calificar como una orientación orgánica de los terratenientes, pero que se cuida muy bien de explicar.

En cuanto al hecho de que “la ocupación industrial creció varias veces más” bajo el régimen de Justo que “bajo el gobierno del general Perón- llamado de la burguesía industrial” no hace sino demostrar que el proceso histórico argentino es para la revista “Fichas” un misterio total. Es justamente porque en el país, a raíz de la crisis del 30, se había producido un importante crecimiento industrial, que se explica la aparición del peronismo. Expresión política de ese nuevo ciclo de la economía nacional, Perón fue a su vez un agente propulsor de la industrialización, primero de la industria liviana y luego de la industria pesada. Invirtió para esos fines las divisas acumuladas por la guerra- no siempre con el criterio más acertado- y echó las bases de la siderurgia. La declinación que se observa desde 1948 obedece a la escasa capitalización nacional, propia de todos los países atrasados y que había encontrado en las reservas de la post- guerra su primer apoyo. Para realizar el proceso de acumulación sin interrupciones sólo podía orientarse la política sobre la perspectiva de la expropiación de la oligarquía y la planificación de los recursos nacionales, pero ese era el extremo límite del movimiento nacional burgués. La idealización de la oligarquía por la revista “Fichas” sólo persigue el propósito de ocultar la progresividad histórica del peronismo. Tal es la tesis de los cipayos. A lo dicho cabría agregar que la investigación realizada por el profesor José Luis Imaz con el título de *La clase alta de Buenos Aires* demuestra que en la llamada oligarquía porteña y bonaerense “el 56 por ciento percibía ingresos provenientes de la renta de la tierra y el 12,8 por ciento de la actividad industrial”. La separación económica social y psicológica entre ambos sectores no es menos evidente. Imaz advierte en su trabajo sobre el hecho de que en su encuesta a miembros de la oligarquía, sólo 36 figuraban “participando en los directorios o actuando como síndicos de sociedades anónimas. En ese total sólo se han computado las sociedades de capital nacional, no aquellas meras sufragáneas de las extranjeras ni sus representantes” (página 20). Pero al mismo tiempo señala que esa vinculación con la industria, extraída de la “Guía de accionistas” está expuesta a varios peligros. El primero, que la presencia de muchas de estas personas es más nominal que real, al sólo efecto, en algunos casos, de prestigiar con su nombre a la empresa interesada... El segundo grave peligro consiste en que dentro del total están incluidas también las sociedades de tipo agropecuario. Tampoco las restantes sociedades son todas industriales ya que, aunque en minoría, también las hay comerciales y de tipo mixto”. Agrega lo siguiente, que dedicamos piadosamente a la revista “Fichas”: “Tal como surgen los datos de la Guía de Sociedades Anónimas es imposible discriminar rubros”. Como el profesor Imaz es un sociólogo profesional mientras que la revista “Fichas” pertenece a investigadores comerciales de mercado, la autoridad respectiva en materia de encuestas no ofrece dudas.

FRENTE UNICO DE CIPAYOS Y CHACAREROS

Ofrecemos al paciente lector la última perla de la muestra. La revista analizada señala a la Unión Industrial Argentina como la entidad representativa de la burguesía industrial. Todo el mundo familiarizado con la política y la economía argentinas sabe muy bien que la UIA reúne las empresas de capital imperialista o derivados del agro, protegidas dentro del sistema imperial- oligárquico y cuya representatividad puede medirse por el simple hecho de que reúne entre sus asociados a fabricantes e importadores de un mismo producto. Pero además de incluir a la UIA como representantes de los industriales argentinos que significa lo mismo que aludir al Partido de Nicolás Repetto como expresión del pensamiento marxista, la graciosa revista de marras expone sus ideas sobre los chacareros de la pampa gringa. Como era lógico esperar, la revista “Fichas” no buscó estas ideas en la Argentina sino en el mundo anglosajón. Fundándose en el señor Carl C. Taylor, la revista “Fichas” dice: “Indiquemos tan sólo que el latifundio priva al chacarero de todo interés en construir una vivienda costosa sobre la tierra que no es suya. Por

eso el elemento más débil en el nivel de vida rural de la Argentina es la vivienda, lo que se debe principalmente al latifundio” (página 63). Toda la bibliografía conocida, pensada y escrita en nuestro país, es suplantada por este autor, que ha procedido para conocer la vida rural del país con los mismos métodos que su ligero discípulo. ¿Quién ignora entre nosotros que cuando el chacarero no es propietario de la tierra sino su arrendatario, compra casa en el pueblo? Afirma la misma revista que el chacarero vive aislado entre sí: “Este aislamiento bárbaro de la población rural argentina incide para restringir el mercado interno de la industria nacional”. La existencia de un mercado interno para la industria no está determinada por el “aislamiento” del chacarero, propio de la vida rural, sino por su condición de siervo de la gleba o productor capitalista, es decir, por su apartamiento o vinculación con la economía monetaria. Para que no pueda haber duda alguna sobre su ignorancia de los hechos más elementales, la estadística revista “Fichas” afirma que la burguesía industrial aprovecha la existencia del latifundio, pues aunque reduce su mercado interno, le permite obtener mano de obra barata para sus fábricas. Las torpezas se acumulan aquí en cantidad imposible de enumerar. Léase: “Desde entonces, el latifundio siguió abasteciendo a la industria con la fuerza de trabajo barata de los chacareros arruinados y empobrecidos que emigraban al Gran Buenos Aires. Durante la última guerra mundial, el chacarero vivió al borde de la miseria, en momentos en que no se exportaban sus productos, vegetando gracias al programa gubernamental de adquisición de las cosechas, elaborando para mantener el valor de la renta agraria. En consecuencia, durante todo el período de la guerra los chacareros se volcaron sobre el Gran Buenos Aires, facilitando a la industria la mano de obra barata que necesitaba para elevar la cuota de ganancia de sus capitalistas”(página 63). ¡Es el viejo cretinismo agrario de los socialistas, “La Nación” y de la oligarquía ganadera! El pequeño burgués urbano que en 1945 derramaba lágrimas de cocodrilo por los escuálidos chacareros arruinados por el peronismo, renace en la revista “Fichas” para recoger tales detritus “ideológicos”, que nadie creía ni en 1945. Es preciso desconocer totalmente la realidad argentina para proferir tales tonterías. Los cipayos de la revista “Fichas” ni mencionan al peón rural o al obrero agrícola, que fue quien realmente se volcó al Gran Buenos Aires, elevando así los jornales de sus compañeros que permanecían en el campo. Además, no fueron los peones o jornaleros con trabajo los que venían a la industria de la Capital, sino aquellos muchachos desocupados en las orillas de los pueblos rurales, que vivían de changas miserables y que ya no podían ser absorbidos por las faenas agrícolas. Ningún chacarero vino a Buenos Aires en esa época, como no fuera para escuchar “Il. Barbero” en el Colón. ¡La razón era tan simple! Si eran “felices propietarios” de su tierra, triplicaron sus ganancias con los altos precios de la guerra, y si eran “arrendatarios”, aprovecharon la congelación de los arrendamientos dictada por el gobierno militar en 1944. Por otra parte, el Estatuto del Peón impuesto por Perón, les obligó a dar sueldo regular y cama decente al peón criollo hasta entonces humillado y explotado en la chacra, como su hermana lo era en el servicio doméstico de la ciudad. Pero al imponerse por vía militar un Estatuto del Peón, el chacarero que hasta ese momento sólo trabajaba la cosecha fina y holgaba el resto del año, se vio obligado a utilizar la mano de obra cuya mensualización le exigía el Estatuto. Así fue como diversificó su producción, y trabajó todo el año para aprovechar al jornalero. Sembró no sólo trigo, sino avena, alternando los cultivos, e hizo algo de tambo y hasta ganadería. En otras palabras, acentuó su enriquecimiento durante la guerra, gracias al Estatuto del Peón, que maldijo en voz baja, y a la congelación de Arrendamientos, que no pudo sino aclamar.

¿Los viejos cipayos andan buscando criar cipayos nuevos? La revista “Fichas” miente con una impudicia solo comparable a “La Nación”. ¿De modo que durante la última guerra “no se exportaban sus productos” y por eso el chacarero estaba “arruinado”? el señor Milcíades Peña, que sólo lee en inglés las sonseras que traduce, ¿no sabe leer los archivos de los diarios, al menos? ¿No ha oído hablar de las “libras congeladas” en Gran Bretaña? ¿Alguien ignora en

nuestro país que esos fondos congelados en Inglaterra eran el fruto de las exportaciones argentinas e carne y cereales, que atravesaban el bloqueo marítimo?

¿Para qué seguir? Este teórico de la industria imperialista, de la oligarquía industrializadora, del industrial “clásico” y del chacarero arruinado, no da para más. En la última página de su cómico y algo envejecido opúsculo propone un gobierno de obreros... y chacareros. Será difícil que los chacareros se encuentren de acuerdo con tan ambiciosa postulación. Deberían abandonar en tan honrosa circunstancia la actividad usuraria a la que actualmente se consagran con pasión y los \$15.000 promedio que sacan hoy por hectárea sembrada. Los teóricos de chacra deberán buscar otros candidatos más “arruinados” para sus aventuras estadísticas.